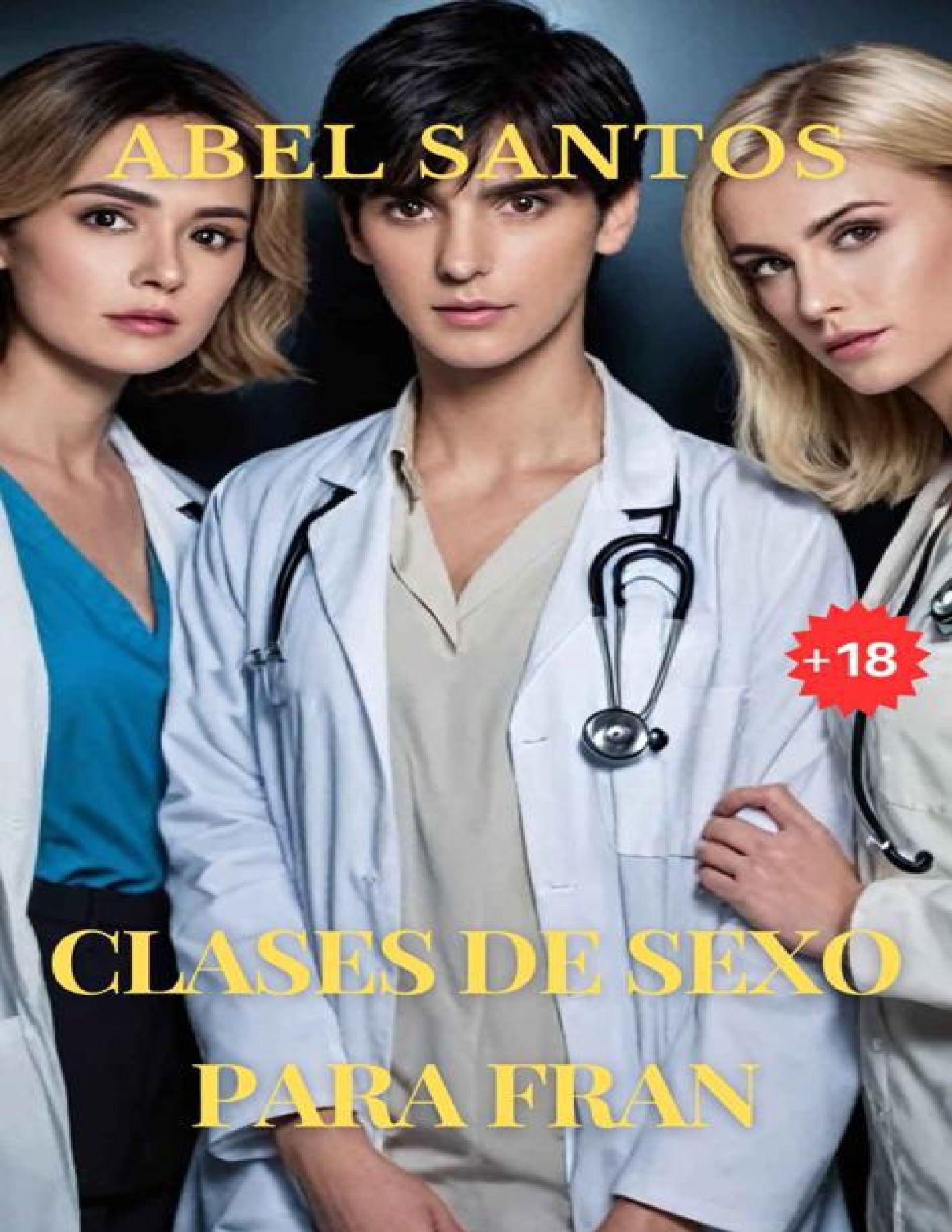

ABEL SANTOS
+18
CLASES DE SEXO
PARA FRAN

CLASES DE

SEXO

PARA FRAN

Abel Santos

Clases de sexo para Fran

Copyright © 2024 por Abel Santos

De ninguna manera es legal reproducir, duplicar o transmitir cualquier parte de este documento, ya sea en medios electrónicos o en formato impreso. La grabación de esta publicación está estrictamente prohibida y no se permite el almacenamiento de este documento a menos que se cuente con el permiso por escrito del autor. Todos los derechos reservados. Este libro es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia.

ÍNDICE

DOS PRIMOS MAL AVENIDOS
EL TRATO
ACUERDO CON LA SOCIÓLOGA
LA BRONCA FRATERNAL
LAS CLASES DE SEXO
LA AMIGA DE SONIA
PRIMERA TARDE CON HELENA
EL PRIMER POLVO
SEGUNDA TARDE CON HELENA
EL FINAL DE LA NOCHE
ÚLTIMA TARDE CON HELENA
LA VOYEUR
DOS PRIMOS RECONCILIADOS
EL NOVIO DE LA PROFESORA
EPÍLOGO
NOTA FINAL
OTRAS NOVELAS DEL AUTOR EN AMAZON

DOS PRIMOS MAL AVENIDOS

FRAN

Reconozco que mi medio hermana, Sonia, está que se rompe de buena, aunque yo la deteste y no pueda ni verla.

Su melena castaña, ojos claros, labios carnosos y sonrosados que suele morderse con sus dientes blancos cuando se queda pensativa… Y, cómo no, esa piel trigueña que no le blanquea ni en invierno, esas tetitas, que ni grandes ni pequeñas, y esas piernas largas que parecen hechas con piel de seda…

…Todo eso me la suda.

Y, sobre todo: ese conejito pequeño y afeitado —depilado con láser, regalo de Juan, el capullo de su novio— que se hincha hasta lo imposible cuando se toca… Cuántas veces me habré pajeado yo pensando en ese coñito… Imaginándolo en mi cabeza, eso sí, sobre el cuerpo de mi amor platónico: Lucy, una compañera de la facultad con la que me gustaría tener algún rollete, aunque ella me rehúya cada vez que le intento pedir una cita.

Porque yo no me pajearía fantaseando con Sonia ni loco.

Con solo dibujarse en mi cabeza se me corta el rollo.

Como tiene veintidós años, se cree la reina de la casa cuando mis padres no están —que es casi siempre— y se las apaña para imponerse sobre mis dieciocho, como si fuera mi ama y yo su criado.

Siempre me encarga las tareas que ella detesta.

Fran, haz esto… Fran, ¿aún no has hecho aquello otro…?

¡La odio, joder!

Debo aclarar que Sonia y yo no somos hermanos de verdad, sino primos lejanos —segundos, terceros o algo así—, pero como hermanos nos hemos criado desde que éramos pequeños y como hermanos nos tratamos: todo el día a la bronca. No, no nos llevamos bien, para qué engañarnos. Como muestra, ella solo me llama «hermanito» cuando está cabreada por cualquier cosa que haya hecho mal —o que no haya hecho, desobedeciendo sus órdenes…

En fin, como decía al principio, Sonia se rompe de lo buena que está. Pero a mí no me impresiona. Para nada. Se puede decir que la tengo más que vista. La he visto con mucha ropa, con poca ropa, sin ropa, en la ducha, en la cama… La he sorprendido tocándose de todas las formas posibles, en especial con su dedo índice —el de la mano izquierda es su preferido, aunque ella es diestra— o con alguno de los juguetes que le regala Juan, ese novio imbécil del que hablé antes.

Y, por si no lo habéis imaginado, os diré que la he visto y oído follar con ese macarra en el salón, en la cocina, en el baño —los cuatro baños de la casa—, en su habitación, en la de mis padres, en el trastero… A decir verdad, creo que han follado en todos los rincones del chalé donde vivimos, excepto en mi cuarto…

O eso espero, podría morirme del asco en ese caso.

Vamos, que al gilipollas de su novio le gusta presumir, y hace todo lo posible por follar con ella cuando yo ando por los alrededores. Creo que intenta impresionarme haciéndola gritar, como si me importara.

Pero a mí me la suda.

Si él se viera, se daría cuenta de que su polla es bastante pequeña, tirando a minúscula, y que es muy posible que la mitad de los orgasmos de Sonia sean fingidos.

Que les den a los dos.

Paso de Sonia, de sus piernas, de su coño depilado y del subnormal de su novio.

Y paso de sus líos.

O eso creía yo. Que pasaba. Hasta que todo cambió de la noche a la mañana.

*

Justamente por lo mal que nos llevamos, el día que me contó la última de sus ocurrencias me quedé petrificado, incapaz de creer lo que me proponía.

Mis padres —¿cómo no?— habían salido de viaje por trabajo durante un mes. Y, una vez más, Sonia y yo nos habíamos quedado solos en la «mansión» de los Pérez-Simón.

Cuatro semanas de tortura para mí, lo veía venir.

Y cuatro semanas para Sonia de follar a lo grande con su novio en todos los rincones de la casa.

Pero me equivocaba.

Porque el asunto que me dejó perplejo se me vino encima cuando hacía pocas horas que los viejos abandonaban el dulce hogar cargados de maletas. Era tarde, volvía cansado de la Facultad y pretendía irme a la cama temprano. Sin embargo, apenas había dejado los libros sobre la mesa de mi cuarto cuando mi hermana se metió dentro sin llamar, cerró la puerta con pasador y me miró con expresión suplicante.

—¿Qué haces? —le dije mientras la miraba sentarse sobre la cama—. ¿Por qué cierras la puerta con seguro?

—Es que tengo algo que decirte y no quiero que Juan nos oiga.

—Vamos, Sonia, estoy cansado —dije con fastidio indisimulado—, ¿no podemos hablar mañana?

—No, tiene que ser ya, es un asunto que no puede esperar.

—Joder, al menos abre la puerta —insistí—. Si tu novio nos pilla encerrados se va a mosquear… y como apenas es celoso el muy capullo…

Sonia lanzó un manotazo al aire, como restándole importancia.

—Tranqui, está en el baño —fingía despreocupación, pero el temblor de la mano revelaba su inquietud—. Le he preparado una bañera de sales para que no nos moleste. Tenemos para una hora o más.

Me empezaba a preocupar tanto misterio.

—Miedo me das… —dije sentándome sobre la silla de mi escritorio—. Venga, desembucha, que tengo prisa por acostarme. Mañana me espera un día jodido…

Se restregó las manos, azorada. Se le notaba un nerviosismo poco habitual en ella, acostumbrada a comportarse como una dictadora sin escrúpulos.

—Necesito tu ayuda, hermanito —dijo al fin, bajando la voz hasta hablar en susurros.

¿Hermanito? ¿Había dicho «hermanito»?

Lo primero que pensé es que se avecinaba una bronca. ¿Qué había hecho mal ese día?, me pregunté. Luego, pensándolo mejor, me di cuenta de que no mostraba aspecto ni tono de enfado, sino de súplica.

¿Sonia rogándome a mí? Imposible, no me lo podía creer.

Así que me preparé para lo que vendría a continuación, que no podía ser nada bueno.

Pero me equivoqué.

En ese momento no sabía que se estaba gestando un «negocio» que podría proporcionarme la bonita suma de dos mil euros, aparte de cambiar mi vida.

—Tú dirás… —balbuceé expectante.

*

Sonia tomó aire y por fin se decidió a hablar.

—Se trata del viaje de fin de curso —se arrancó—. ¿Te acuerdas de que papá había prometido dejarme el dinero para poder ir con los compañeros de clase?

Suspiré molesto.

—Para no recordarlo —respondí con malas pulgas—. ¡Tres mil eurazos! ¡A ti te presta tres mil euros y a mí no me deja suscribirme a Netflix, que cuesta una mierda en comparación…!

Sonia trató de apaciguar mi ánimo.

—Vale, tranqui, no es momento de discutir por eso…

¡Joder, claro que era momento de discutir por eso! ¿Por qué ella se llevaba siempre la mejor tajada y a mí solo me dejaban las migajas?

—Mira, Sonia… —comencé una protesta.

—No hay nada que discutir… —me cortó—, porque papá me ha dicho que al final no me los va a prestar…

Me removí en la silla alucinado. «¡Toma! —pensé feliz—, ¡que te den!».

Pero no podía expresar mi alegría ante ella, me arriesgaba a que se la tomara conmigo y que su venganza fuera terrible.

—¡Vaya, qué putada! —dije en lugar de lo que en verdad pensaba.

—¿Puedes creerlo? —continuó—. ¡Es una injusticia! Si no voy a ese viaje me voy a perder uno de los acontecimientos más importantes de mi vida. Es una gran putada, pero no hay forma de convencerlo. ¡Si pensaba devolverle hasta el último céntimo en cuanto trabaje este verano como monitora de campamento!

Me sentía feliz, por una vez era ella la perdedora y no yo.

Pero había algo en aquella confesión que no me cuadraba. Mi padre no era de los que cambian de opinión de la noche a la mañana. Algo tenía que haber ocurrido para haberse echado

atrás.

—A ver, a ver, hermanita… —le dije tomándola de los hombros—. ¿Qué has hecho para que ahora no quiera dejarte el dinero?

—Pues… —Sonia se mordió el labio de aquella forma que me desarmaba, como si fuera una niña a punto de echarse a llorar—. He rozado su coche contra una columna y ha quedado un poco abollado. ¡Pero muy poco, te lo juro! ¡Un simple arañazo!

—¡No-me-jo-das! —dije echándome las manos a la cabeza—. ¿Te has cargado el Volvo…? No, el «Volvo» no… —me corregí—. ¿El «super-Volvo» del 89, orgullo absoluto de nuestro viejo?

Hizo un puchero y no pudo sujetar un sollozo.

—Jo, que te digo que no… que es solo un poco de pintura y ya está… —protestó casi sin fuerza.

—Vale, vale, te creo —solté con un gesto de no creerme una palabra.

Ella suspiró y se dejó caer de espaldas sobre la cama. Las braguitas color malva se divisaban en su entrepierna, por mucho que pusiera las manos sobre su regazo y tirara de la falda para ocultarlas. Aquel triangulito no era para tanto, me dije, lo había visto docenas de veces… incluso sin braguitas. Si al menos fuera el «piquito» de mi amada Lucy…

—En fin, lo siento por ti, tía… —fingí lamentarlo—. Pero, ¿por qué me lo cuentas a mí? Si vas a pedirme que te deje tres mil euros, me voy a partir de la risa.

Se incorporó de nuevo y me miró fijamente.

—No, no es eso —aseguró—, ya sé que no tienes ni doscientos euros en tu caja fuerte.

Semejante afirmación me dejó lívido y me puse en pie de un salto.

—¿¡No me jodas que has estado hurgando en mi hucha!?

Fruncí el ceño y corrí hacia el armario donde escondía la caja en la que guardaba mis ahorros.

—Venga, Fran… —me amonestó mientras yo blasfemaba en varios idiomas—, deja de pensar en calderilla...

—¡Y una mierda! —casi le grité—. ¿Cómo te atreves…?

Pero ella volvió a adelantárseme.

—Me atrevo porque quiero ofrecerte algo mucho más interesante que esa miseria de ahorros que tienes.

—¿De qué hablas?

El tono de su voz había cambiado. Ahora se mostraba segura de sí misma.

—Hablo de un asunto que te puede conseguir dinero de verdad: dos mil euros, ¿qué te parece?

La sonrisa le había vuelto a la cara. Ahora sí que era la hija de su madre de mi «hermanita». Se había transformado de sollozante lastimera a la perversa habitual en un santiamén. Obviamente todo lo que había estado haciendo hasta ahora era puro teatro.

Me volví sin creerme lo que había oído.

—¿Dos… mil? —dije sin convicción—. ¿De dónde vas a sacar tú dos mil euros? Si tuvieras ese dinero casi podrías pagar el viaje…

—Es lo que quería explicarte… si me dejas…

Apreté la caja contra mi pecho como si temiera que me la fuera a robar.

—Además… si puedes conseguir ese dinero, ¿qué quieres de mí? —pregunté desconfiado.

—Pues, el caso es que… es justo para eso para lo que te necesito… —dijo poniendo una mano sobre las mías—. Ese dinero solo puedo conseguirlo con tu ayuda.

Me senté sobre la cama, la hucha entre mis brazos como un bebé, y la miré tembloroso.

—Está bien, cuéntamelo todo… —me rendí—. Pero no creo que pueda ayudarte. Me tienes harto, ¿lo sabes?

Sonia suspiró aliviada y luego me habló como se le habla a un niño.

—Lo sé, tranquilo, pero esto es diferente —volvió a morderse el labio. Sabía cómo desarmarme la jodida niña—. Mira, el caso es… Bueno, me da mucha vergüenza explicártelo, sobre todo si me miras con esa cara de odio. Anda, olvida tu caja fuerte y escucha.

Me tomó la caja de entre las manos y la dejó sobre la mesa.

Luego comenzó a explicarme los detalles de lo que denominaba el «asunto».

EL TRATO

FRAN

Sonia hablaba y hablaba mientras yo la miraba incrédulo. Había comenzado desde el principio y yo cabeceaba confirmando que entendía sus explicaciones, aunque cada vez me parecían más inverosímiles.

Al parecer, cuando nuestro padre le dijo que no le daría ni un euro tras machacarle el coche contra una columna del garaje, Sonia se puso como loca y empezó a buscar soluciones. Le había llorado de todas las formas que sabía y, esta vez, el viejo había pasado de ella por primera vez en su vida. El arreglo del Volvo le iba a costar cinco mil euros, por lo menos, y eso le había dolido en lo más profundo.

Tras insistir con todos sus trucos de niña mimada durante una semana, mi medio hermana se había terminado por rendir.

Y optó por cambiar de estrategia.

Si no podía conseguir el dinero en casa, lo conseguiría fuera.

Habló con sus amigos, los amigos de sus amigos, hasta con su novio… sin encontrar la forma de llegar ni a la décima parte de los tres mil euros que necesitaba.

Algún amigo le propuso una solución infalible: hacer porno. Con su cuerpo, y tres películas o cuatro, podría conseguir el doble de esa suma —menos la comisión del listo de turno, por supuesto.

Sonia mandó a hacer gárgaras al amigo aprovechado y siguió buscando.

Un día, cuando casi asumía que el viaje de fin de curso se le había escapado para siempre, se encontró con un extraño anuncio en el tablón de su facultad. Lo arrancó para evitar que alguien más pudiera leerlo y corrió a ver al autor —autora, en realidad— de la oferta.

Helena, profesora de dos asignaturas de la carrera de Sociología, era tal autora. Cuando Sonia se presentó en su despacho, esta le explicó en detalle el «asunto» que se mencionaba —solo de refilón— en el anuncio. Se trataba de un estudio sociológico para su Tesis Doctoral, un experimento de lo más «especial». Al menos, nada habitual.

Mi medio hermana tomó nota de todo lo que oyó en la media hora en que estuvieron conversando, pero, sobre todas las cosas, en su cerebro se grabó a fuego un detalle: ¡la dotación del proyecto para los «conejillos» del experimento era de cinco mil eurazos!

—Tres mil para mí… —repartió mi medio hermana relamiéndose los labios—, que soy la que ha conseguido el trabajo, y dos mil para ti. ¿Qué te parece?

Puse cara de no creerme nada.

—Sí, todo muy bonito —respondí—. ¿Pero cuando vas a contarme de qué va el dichoso experimento?

Hasta ahora solo había hablado de lo que más le atraía: la pasta. Pero aún no había entrado en el meollo de la cuestión, y yo no tenía claro que nadie nos fuera a dar cinco de los grandes por bailar una conga. En mi ignorancia llegaba a pensar que aquella doctora pretendía inocularnos un virus o alguna barbaridad semejante.

Y tras el Covid no estaban las cosas para virus, precisamente.

Ni de coña, que conmigo no contara. Pero necesitaba escucharlo todo, mi insana curiosidad se había despertado. Así que la presioné para que entrara en el fondo de la cuestión o que se largara con viento fresco.

—Vamos, que no tengo toda la noche… —la apremié.

—Pues… —dudó antes de comenzar. Se colocó el pelo detrás de una oreja y se volvió hacia la ventana de la habitación rehuyendo mi mirada—. Se trata de un experimento sobre el orgasmo femenino.

La última frase la dijo en susurros y a gran velocidad, se diría que intentaba que no la oyera.

—Espera… ¿has dicho… «el orgasmo… de las tías»? —pregunté con cara de alelado.

—Ejem… —carraspeó y sonrió forzadamente, casi una mueca—. Sí, eso he dicho… *orgasmo… femenino…*

Si hasta entonces mi cara era tan solo de «alelado», a cada segundo iba adoptando una expresión de imbécil absoluto. Aunque no estaba muy seguro de ser yo el loco de aquella conversación.

—Algo no me cuadra… —dije carraspeando—. Si la Tesis va sobre el orgasmo femenino, ¿para qué me necesitas a mí?

—Pues, hijo, pareces bobo… —dijo sin cortarse ni un pelo—. Tú entras en el asunto porque… esto… —ahora dudó—. Yo soy la que tengo que correrme… pero tú eres el que tienes

que conseguirme el orgasmo… «Orgasmos», para ser exactos… Tantos como haga falta hasta que se consigan los resultados buscados en el experimento.

Os juro que me habría echado a reír si no hubiera estado tan en fuera de juego. Aquello de lo que hablaba mi medio hermana era la mayor estupidez de la que había hablado con ella en mi vida.

Hasta la fecha, entre nosotros no habíamos intercambiado una sola palabra obscena ni de coña. Ni me hubiera atrevido a hacerlo. Porque, si por casualidad se me escapaba algún chiste machista, el capón que me soltaba ella me quitaba las ganas de bromear para una temporada.

Y ahora estábamos hablando de *orgasmos* como si habláramos de los resultados de fútbol de la última jornada.

Ver para creer…

—O sea que yo, para ganarme esa pasta… —dije con la voz temblona—, ¿tengo que follar contigo…? ¿Lo he entendido bien? —hablaba en voz tan baja que dudé de si me habría escuchado.

Resultó que sí.

Sonia puso un gesto entre fastidio y resignación y replicó:

—Bueno…sí… eso es… Tienes que follarme, claro… —suspiró—. Pero no solo follarme, sino tocarme, lamerme, introducirme dedos en el… chochito… y… todo eso…

Se abanicó con las manos antes de continuar. Se veía que su propia explicación la estaba calentando de lo lindo.

—Lo que sea con tal de hacer que me corra... —finalizó—. Y cuantas más veces, mejor…

Tragué saliva para evitar asfixiarme con la que se me había acumulado en la garganta. Sonia debía de haberse vuelto loca…

—¿Porculizar… t-también…? —dije simplemente por no permanecer en silencio.

Ahora se vino arriba con gesto de enfado.

—¡Y una mierda! —respondió airada—. ¡El culo ni se toca, te enteras! ¡Por ahí no paso! Mi culo ha sido virgen durante veintidós años… y así seguirá. Lo demás, lo que haga falta… pero por atrás ni de coña…

Había hablado como quien no quiere la cosa, como si me estuviera abroncando por no fregar los platos. Definitivamente, se le había ido la olla.

Sin poder evitarlo me eché a reír. Pero era risa de puro histerismo. Me levanté y empecé a

dar vueltas por la habitación.

—Ja, ja, ja —reía sin poder parar—. Ya sé lo que pasa, cacho cabrona… ¡Esto es una cámara oculta! ¡Me estás vacilando y lo estás grabando todo, pedazo de zorra! Mañana te descojonarás con tus amigos a costa del imbécil de tu hermanito.... ¡Pero lo siento, colegas…! —grité para que mi voz llegara nítida al micrófono de su teléfono—. ¡La he pillado, joderos!

Sonia se levantó, me puso una mano en la boca y con la otra me agarró por un brazo hasta hacerme daño.

—¡Calla, joder! —gritó en susurros—. ¡Que te va a oír mi novio!

Me solté de ella con malas pulgas.

—Pues lárgate de mi habitación si no quieres que me ponga a chillar. Ya estoy harto de tus bromas pesadas…

—¡Que no, joder, que no! ¡Que no es una broma! —me sujetó de los brazos de nuevo—. Que hablo en serio, ¡coño!

—¡Una mierda en serio! —repliqué—. Si tienes que follar como una loca y correrte como una perra, ¿por qué leches no se lo pides al gilipollas de tu novio?

Su mirada se nubló y se dejó caer sobre la cama de nuevo, derrotada, y la falda se le recogió sobre los muslos. Volvía la sesión de teatro, por lo visto.

Observé de nuevo el triángulo de su conejito bajo las bragas malva. Tan tierno y apretado como lo había visto —y admirado— otras veces. La rajita se mostraba claramente bajo la tela y una gota de humedad se dibujaba en el exterior.

Mi polla comenzó a despertar bajo los vaqueros. Y comprendí que la visión de su entrepierna no era casual. Se había subido la falda para calentarme… y lo estaba consiguiendo.

—No puedo contar con mi novio porque… —lanzó un sollozo—, porque es un gilipollas… Y un celoso el muy imbécil…

—¿Qué…?

—Pues eso… —dijo lloriqueando—, no creas que no lo he pensado, no soy tan tonta… Pero es imposible. Si le propongo hacer algo así, me manda a la mierda y me deja para siempre…

Estuve tentado de decir que si el tal Juan la dejaba no iba a perder mucho, pero me mordí la lengua y la permití seguir.

—Es el tío más posesivo que te puedas echar a la cara… —prosiguió—. De hecho, intenté

entrarle haciendo un rodeo y menuda la que montó.

—¿Qué tipo de rodeo...? —pregunté sin entender.

—Me refiero a que se lo conté como algo que iba a hacer una amiga con su novio y poco menos que terminamos discutiendo… Cualquiera le dice que lo hagamos él y yo… No puedo contar con él… Solo te tengo a ti, eres mi última esperanza…

Aquello si era verosímil.

Juan, además de un zopenco, era tremendamente celoso. Imaginé que follarse a mi hermana con extraños mirando no era mucho de su cuerda. Aunque, por mi parte, tampoco se podría decir que yo me sintiera entusiasmado de hacerlo. Menudo corte tendría que dar…

—Bueno… —intenté resistirme—. ¿Por qué no te buscas algún amigo de la universidad? Alguien que no se vaya a ir de la lengua con Juan. Si follamos tú y yo sería incesto, ¿no? Menuda paranoia, si se enteran los viejos nos matan a los dos, pero a mí el primero.

—¿Un amigo…? —se mosqueó—. ¡Ni de coña! No me fío yo de los tíos ni loca… Seguro que no tarda ni cinco minutos en enterarse todo el mundo, y solo para presumir de haberse tirado a la tía buena de clase. Menudos sois los hombres…

—¿Y yo, qué…? —pregunté medio ofendido—. También soy un tío, ¿no? ¿No te acojona que lo cuente…?

—¿Contarlo… tú…? —replicó con expresión incrédula—. Si va a ser verdad que no te llega el riego a la cabeza, «hermanito». A ver… tú te callarías porque si alguien se entera y llega a oídos de los viejos, el primero en cargársela serías tú… Pero si tú mismo lo acabas de decir…

Tenía razón, había pensado en todo. Yo era el único gilipollas que me la follaría, cobraría y mantendría el pico cerrado. Tosí sin saber qué más decir. Me tenía cercado, casi convencido y a punto de decirle que contara conmigo. Lo de follarse a mi medio hermana no era tan mala oferta… Y los dos mil euros del premio no eran un detalle a desdeñar.

—Te necesito a ti, *Francito,* ¡por favor! —dijo con la voz desgarrada ante mi silencio.

¿*Francito*? Pues sí que estaba desesperada, sí.

Y yo a punto de rendirme.

—No sé… —balbuceé una vez más tragando saliva. Luego me quedé mudo y esperé a que ella dijera la última palabra.

—Venga, hermanito, ¿tenemos un trato? —preguntó extendiendo su mano derecha y sonriendo morbosa.

Me senté sobre la cama, rendido.

Una vez más me había ganado por la mano.

No había forma de decirle que no.

—Tenemos un trato, que se le va a hacer… —respondí, estrechando la mano que me tendía.

Saltó de la alegría levantando los brazos y me propinó un beso lleno de babas en la mejilla izquierda.

Luego salió de mi cuarto a la carrera. De fondo se oía cantar a Juan saliendo del baño de la habitación de nuestros padres. Y más tarde tuve que escucharlos follar desesperados en la habitación de ella. Sonia gritaba como hacía tiempo que no la oía. Se notaba que el trato que acabábamos de hacer la había puesto cachonda como a una perra.

ACUERDO CON LA SOCIÓLOGA

FRAN

Dos días más tarde, entrábamos en la facultad de Sociología. Nos presentamos y nos hicieron pasar a un despacho, que al parecer era la antesala de un laboratorio. La profesora se hallaba dando clase y no tardaría en llegar. Nos sentamos en sendas sillas ante una mesa llena de papeles y esperamos en silencio, mirando con curiosidad las estanterías repletas de libros.

Sonia se había vestido con un atuendo con poca tela que mostraba más de lo que ocultaba. La falda, cuando se sentaba, apenas le cubría las bragas rosas con florecitas. Qué horterada de braguitas, pensaba yo. ¿Y por qué se empeñaba en enseñármelas?, me preguntaba. ¿Es que quería tenerme empalmado? Ni que nos tuviéramos que poner a follar en aquel mismo instante.

Bueno, esperaba que no… me moriría del susto… pero no las tenía todas conmigo. Sin poder evitarlo, comencé a empalmarme. Y por mi frente comenzó a deslizarse una gota de sudor.

Para evitar que mi erección fuera a más, decidí pensar en otra cosa.

Y me lancé a imaginar sobre nuestra misión en aquel laboratorio.

Llevaba algún tiempo preguntándome cómo habría sido posible que nos aceptaran a nosotros a la primera, sin mayor recomendación. ¿Con cinco mil euros en juego no había más candidatos? Imaginé que no, porque ¿quién se presta a hacer un numerito de sexo delante de una señora que está pendiente de cada movimiento que haces mientras lo va apuntando todo en su libreta?

Una *embestida*… apunte… un chupetón de teta… apunte… una *eyaculación sobre el ombligo*… apunte… un *orgasmo*… ¡apuntazo!

Yo, desde luego, no me habría presentado ni loco a no ser por la insistencia de Sonia… Ni siquiera los dos mil pavos del premio habrían conseguido convencerme.

En eso andaban mis pensamientos, cuando oímos a nuestra espalda el ruido de la puerta del despacho al abrirse. Al instante, alguien entró en la sala y, cerrándola de nuevo, se plantó ante nosotros.

—Hola, Sonia —dijo una voz de mujer desde atrás—. Perdona que os haya hecho esperar.

La clase se me ha alargado contra mi voluntad.

No me atrevía a girarme. Temía encontrarme con los ojos de aquella mujer. La vergüenza podía conmigo. Si todo iba como me había contado Sonia, iba a follármela delante de ella. Y más de una vez.

Finalmente, no pude evitarlo y volví la cabeza.

¡Ostras! ¿Aquella era la profesora?

Había esperado a una señora entrada en años, gordita y con el pelo canoso teñido de colores. La faja le llegaría hasta las tetas que, a su vez, le penderían colgonas por la gravedad sobre el ombligo.

Pero no podría haber estado más equivocado.

Porque aquella mujer era… ¡un puñetero monumento!

¡*Suputamadre*, la profesora estaba como un queso!

Joven, unos treinta; alta, con un tipo de infarto; rubia natural, media melena; ojos castaños que quitaban el hipo cada vez que pestañeaban; y unos labios gordezuelos que estaban pidiendo a gritos que se los mordieras.

La tía era guapa a rabiar.

¿Qué digo guapa? Era la mujer más espectacular que haya visto en mi vida.

Cuando sonreía con sus dientes perfectos, todo alrededor se derretía.

La mandíbula se me descolgó y los ojos se me salían de las órbitas. Sonia notó cómo la miraba y me arreó un codazo para sacarme del trance. No pude evitar la sospecha de un toque de celos contenido en aquel codazo.

—Hola, Helena —replicó Sonia estrechándole la mano—. Este es Fran, del que ya te he hablado. Fran, te presento a Helena.

La profesora se acercó a mí y me tendió la mano de igual manera. Yo me incorporé para recoger aquella mano —suave, blanda y caliente— y mi erección rebotó bajo la ropa.

—Así que este es Fran, tu novio…

Un cosquilleo me recorrió por entero. «¿Yo era su… novio?». Estaba claro que Sonia le había mentido. Se veía la habilidad «troleadora» de mi hermana, la misma que utilizaba para cargarme los marrones con nuestros padres. Y no sería esta la última trola que iba a oír aquella tarde.

—¿No es un poco joven? —continuó la mujer—. Yo lo esperaba más… más…

—Sí, es más joven que yo —terció mi medio hermana sin dejarla terminar—. Es que me gustan jovencitos… ya sabes… para que no se me desmanden. ¡Fíjate que me llaman la asaltacunas! —rió su propio chiste y la profesora se sentó sonriendo, tras dejar el maletín y el bolso en una mesita auxiliar.

Con un quiebro de cadera se sentó la tal Helena en su butaca de una forma increíblemente elegante. Toda ella era la elegancia personificada. Incluso su forma de vestir. Su *outfit* parecía hecho a medida: traje de chaqueta gris con falda recta a medio muslo, medias crema claro a juego con la blusa, y unos zapatos que conjugaban con todo: traje, blusa y medias. La piel, de un blanco nacarado, la asemejaba a una muñeca de porcelana.

Parecía sacada de la portada de una revista de sociedad.

Cuando se cruzó de piernas y mostró algo del interior de su falda que no llegué a discernir del todo, comencé a ruborizarme mientras mi entrepierna volvía a llamar mi atención. Porque… ¡cómo cruzaba las piernas aquella mujer! Durante toda la reunión no dejó de hacerlo de un lado para el otro, arrastrando mi mirada tras sus muslos sin poder remediarlo. Me fijé, sin embargo, en el anillo de su mano derecha: estaba casada. Aquella hembra estaba a mil años luz de un tipo como yo, me lamenté.

Si follar con Sonia era toda una proeza que se me antojaba un premio de la lotería, follar con la profesora debía de ser como tocar el cielo con las manos.

Sonia sonreía y me pegaba una patada en el tobillo cada vez que tenía una salida de tono, aunque solo fuera con la mirada. En aquel momento me gané una bien fuerte, mis vistazos a los muslos de la profesora no estaban siendo tan disimulados como pretendía.

—Bueno, Fran —se dirigió la profesora a mí en un momento de la conversación—. Imagino que tu novia te habrá comentado todos los detalles del experimento. ¿Hay algo que quieras preguntar?

Dudé un instante. ¿Había algo que no entendiera?

La respuesta era obvia: no entendía ni una palabra.

Así que decidí preguntar.

—Sí… —balbuceé—. En fin… me gustaría que empezara usted por el principio.

La patada de Sonia a mi tobillo izquierdo sonó hasta en el pasillo.

La tal Helena no debió de escucharla, o quizá se hizo la despistada.

—Pero, por dios, muchacho –me sonrió—. No me hables de usted, me haces parecer muy vieja. Si soy poco mayor que vosotros.

Hice una mueca y miré a Sonia —¿qué edad le habría dicho que tenía yo? Aquella diosa me sacaba por lo menos diez años—, pero preferí no decir ni palabra, el tobillo aún me dolía de la anterior «caricia» de mi medio hermana.

—Pues verás, Helena —intervino Sonia—. En la conversación del otro día hubo cosas que se me pasaron por alto y sí que te agradeceríamos que nos hicieras un resumen del… proceso. Así no meteremos la pata… —rió con risa forzada. Estaba claro que después de oír lo de los cinco mil euros, Sonia se había alterado tanto que no había prestado mucha atención.

—Pues venga… —replicó Helena, solícita—. Os hago un resumen y luego os paso una carpeta con todos los detalles para que los leáis tranquilamente en casa. El otro día no te la pude dar porque aún no la tenía preparada.

»Allá voy. Como te dije, el experimento es parte de mi tesis doctoral que, si sale bien, me proporcionará el título de Doctora en Sociología por el que tanto he trabajado —más de cinco años—. Está relacionado con las características del orgasmo en la mujer. Para disponer de datos de estudio, necesitamos muchos orgasmos, ¡montones de ellos! —rió sonrojándose—. Es por eso que no nos vale una chica normal, sino una que sea *multiorgásmica*, como tú eres.

Me quedé pasmado al oír la palabreja.

Una trola más. Y de las gordas.

¿Sonia, «multiorgásmica»?

Ni de coña.

No es que yo conociera los entresijos de la sexualidad de mi medio hermana, pero esa chorrada seguro que se la había inventado... también.

Ajajá… Ahora entendía por qué nos habían escogido para aquel trabajo con tanta facilidad. ¿Cuántas tías habrá en el mundo que sean multiorgásmicas? A saber… pero apostaba a que no demasiadas. Y menos que lo fueran y que hubieran leído el anuncio de la profesora en los paneles informativos de la facultad.

Al menos, sabía que en las pelis porno no abundaban. Las actrices gritaban de la leche durante polvos de más de una hora, pero era todo cuento.

—La metodología del experimento —continuó la profesora ignorando lo que se me pasaba por la cabeza— es la siguiente: tú, Sonia, te tumbarás desnuda en una camilla especial, preparada para el caso. Es similar a las de los ginecólogos, pero con algunas adaptaciones. De esta manera, tu novio, situado entre tus piernas, tendrá acceso directo sin tumbarse sobre ti, y sin gran esfuerzo, a todos los puntos de tu cuerpo que pueden provocarte placer: los muslos, la vulva, el abdomen, los pechos, el cuello, la boca… Incluso los pies, que no se me olvide. Hay chicas que

pueden correrse con solo recibir caricias en los pies, ¿lo sabías?

Ambos negamos con un movimiento de cabeza y ella continuó:

—Estarás conectada a un ordenador mediante un casco de electrodos, que se pone y se quita con facilidad. Tú misma podrías hacerlo si en algún momento lo necesitas. Pero no te preocupes, porque no notarás ningún calambrazo, te lo prometo, jajaja… —rió ante la cara de susto de mi hermana—. A través de los electrodos, el ordenador detectará cada uno de tus orgasmos, con su intensidad, su duración…, además de los cambios corporales que sufrirá tu cuerpo, como la temperatura, la sudoración, etcétera.

»La idea es que tu novio te proporcione tantos orgasmos como sea posible. Cuantos más, mejor. Para ello, el proceso se realizará en tres turnos de unas tres horas cada uno, separados por dos días de descanso. Así os dará tiempo a recuperaros. También a ti, Fran, aunque tu novia me ha dicho que eres un campeón y que puedes permanecer casi una hora haciendo el amor sin eyacular.

Tragué saliva y miré a Sonia acojonado.

Volvía a sudar, esta vez a mares.

¿Una hora sin eyacular? ¡Menuda trola! ¡Ni que fuera *Nacho Vidal*!

—En efecto, Helena —replicó Sonia mientras elevaba su mano y me acariciaba el pelo—. Mi chico es un monstruo en la cama. Aguanta lo que ni te imaginas… ¿A qué si, cariño?

Para ese momento, las piernas ya me temblaban como un flan. Joder la cantidad de faroles que se había tirado mi medio hermana. ¿Qué iba a decir cuando se enterara de que la última vez que había follado —y la única— apenas había aguantado un minuto?

Muerto, me podía dar por muerto.

—Tengo una… pregunta… —me atreví a decir de pronto. Buscaba una salida honrosa para mí, pero que no fastidiara a Sonia. Si pudiera quitarme de en medio, igual me libraba de la que se me avecinaba. Y la idea que me había venido a la cabeza no sonaba tan mal—. ¿Por qué se necesita a una pareja para el experimento? ¿No valdría con una chica a solas que se… ejem… tocara? Seguro que ella misma podría conseguir un montón de orgasmos…

Otra patada sobrevoló mi tobillo, pero yo ya estaba sobre aviso y esta vez falló el blanco.

—Te refieres a masturbación, imagino —dijo la profesora, y yo confirmé con un cabeceo —. Pues esa es una buena pregunta.

Devolví la mirada a Sonia con un mensaje claro: «lo ves so lista: es una buena pregunta, lo ha dicho ella. No soy tan tonto como te crees».

—Ese punto es importante, en efecto —repitió—, por eso ya se ha realizado un experimento parecido, pero con una chica a solas. Hace semanas, de hecho. Las exigencias de personal y preparativos es bastante más sencilla, como podéis imaginar. Los resultados obtenidos quedaron registrados en el ordenador y serán contrastados con los que consigamos con vuestro trabajo. ¿Responde eso a tu pregunta?

Lo había llamado «trabajo» y lo que yo escuché en mi cerebro fue «chapuza».

Pero no había nada que objetar a su explicación.

Mi plan de fuga se había esfumado.

Confirmamos ambos «novios» con un cabeceo y la profesora continuó.

—Para terminar, que tengo algo de prisa… —dijo—. Sonia, ¿estás tomando la píldora?

Sonia me miró sorprendida y me di cuenta que con aquella pregunta no contaba.

—Eh… eh… —tartajeó—. Oh, claro… por supuesto… jajaja… Fíjate, mi Fran y yo no pasa un día en que no hagamos el amor una o más veces… ¿verdad, cielo? Y él… chico malo… —me dio un pellizco en el moflete—. ¡Pues que no le gustan los condones al señorito…! Fíjate tú que gracia, jajaja… Así que píldora al canto si no quiero traer un churumbel...

La miré como si tuviera delante a un marciano. Ahora resultaba que me la follaba sin parar y yo sin enterarme. Menuda farolera. La cabeza comenzaba a darme vueltas.

—Mejor así —sonrió Helena—. De esa manera no tendremos que utilizar preservativos en las pruebas. Se ha demostrado que son un engorro, aparte de alterar los resultados en algunas ocasiones. Así que de condones nada, ¿te parece bien?

A Sonia se le había congelado la sonrisa. Leyendo en sus ojos las vías de agua que hacía su plan, me apostaba a que no había tomado la píldora en su vida. Pero optó por responder que sí con un movimiento de cabeza y yo me estremecí. Menudo lío en el que nos había metido la imbécil de mi hermana.

Ya solo tocaba fijar las fechas. Le dimos varias vueltas para cuadrar agendas y en cinco minutos teníamos un calendario de citas.

La primera se fijó para dos semanas más tarde, y unos minutos después nos despedimos de la profesora.

Sonia, radiante, aunque preocupada.

Yo, con las pelotas en la garganta y al borde del infarto.

LA BRONCA FRATERNAL

FRAN

—¿¡Pero cómo coño le has dicho a esa tía que tú eres *multiorgásmica* y que yo soy un campeón en la cama!? ¿¡Estás chalada!? ¡La vamos a cagar y nos van a echar a patadas del laboratorio! ¡Eso, si no nos denuncian por estafadores!

Apenas entramos en casa, comenzó la bronca. Durante el trayecto en metro me había mordido la lengua, pero tras cerrar la puerta a mis espaldas no pude aguantar más y comencé a despotricar.

—Tranquilo, hermanito, que está todo controlado… —se defendió—. No veas el vaso medio vacío, por dios...

Sonia pretendía mostrarse tranquila, pero noté en ella un deje de inquietud. No era para menos. Se había pasado de la raya y lo sabía.

—¿Controlado? —protesté—. Pues yo no veo más que problemas.

Entramos en el salón y se quedó pensativa, una de sus manos en la frente y la otra en la cadera. Su forma habitual de discurrir que yo conocía.

—A ver, vayamos por partes —dijo sentándose en el sofá y dejando la carpeta con los detalles del experimento sobre la mesita—. Primer tema, la píldora…

—Eso, la píldora… —reafirmé—. ¿La has tomado alguna vez? Porque que yo sepa tú y Juan tiráis de condones. Y por docenas, que me los encuentro usados por todas partes. Sin contar las veces que te has quejado porque te deja el coño escocido por usar gomas del chino en lugar de condones de marca…

—Joder, Fran, ¿es que nos espías?

—Qué expiar ni espiar… si no os cortáis un pelo…

—Bueno, de eso ya hablaremos, de momento vamos a lo nuestro.

—Eso, vamos a lo nuestro, que es cagarla pero bien… A ver, ¿has tomado alguna vez la píldora o no?

Tragó saliva antes de responder.

—Pues no, no la he tomado nunca. Pero… lo vengo pensando todo el camino y creo tener la solución…

La observé incrédulo. Me había sentado en un sillón frente a ella y le miraba las braguitas de flores bajo la falda. A pesar de todo lo que «no» sentía por ella, no pude por menos que emocionarme. Y supuse que Sonia se alegraría por ello, ya que era lo que buscaba al vestir faldas tan cortas: tenerme a su merced como un corderito.

—¿Y qué se supone que vas a hacer? —la presioné—. ¿Vas a empezar a tomarla desde hoy mismo? No me gustaría hacerte un bombo por un puñetero viaje de fin de curso. No sabría ni que nombre ponerle al niño…

Sonreí malicioso, pero Sonia hizo caso omiso de mi chiste, estaba demasiado concentrada para escucharme. Suficiente era para ella escucharse a sí misma.

—Ni hablar, tomar la píldora ahora no funcionaría —respondió con seguridad—. Mi ciclo menstrual ya ha empezado y eso no valdría. Sería como jugar a la ruleta rusa. Ni hablar, quedan solo quince días para el comienzo del experimento, no hay tiempo para anticonceptivos. Además, menudo papelón si mi novio me los encuentra. La que se lía es gorda. No, mi plan tiene dos partes, nos toca una a cada uno.

—Pues tú dirás… —suspiré.

La miraba expectante, como si creyera que en verdad tenía una solución al enigma. Y debo reconocer que no me decepcionó, al menos de entrada, hablando con el desparpajo con que solía hacerlo.

—La primera es para ti: *bajo ningún pretexto ni excusa te puedes correr dentro de mi vagina* —recalcó cada palabra—. ¡Ni una sola gota dentro! ¿Entendido? Cómo se te ocurra echarme la menor traza de semen en el coño te la corto. ¿Lo pillas?

Parecía que las tornas cambiaban, había encajado mis embestidas y ahora era ella la que atacaba. Tragué saliva y me removí en el sillón. La creía más que capaz de ello, así que solo me valía confirmar.

—Lo pillo —dije llevándome las manos a la entrepierna de forma refleja—. ¿Y tú qué? ¿A ti que te toca?

Se rascó la coronilla, casi se le veían girar los engranajes de su cerebro mientras hablaba.

—Yo voy a conseguir la píldora del día después —dijo, dejándome de piedra. Realmente era una idea extraordinaria… y digna de ella—. Aunque solo sea por si acaso, que no creas que

me fío del todo de que no me llenes el útero de leche. Tengo una amiga farmacéutica que me debe varios favores. Le pediré tres dosis y tomaré una tras cada prueba, por si las moscas.

Aquella confesión me estaba poniendo cachondo. A medida que hablaba iban creciendo en mí las ganas de follármela de verdad, a lo bestia, como en las pelis guarras.

—Joder, hermanita —dije poniendo cara de niño bueno—. Si vas a tomar la píldora del día después sí o sí, al menos podrías dejarme llenarte de leche una de las veces. Creo que me lo merezco por el favor que te hago.

Pero Sonia me señaló con un dedo y me enfiló con su mirada asesina, la que tanto temía de ella.

—¡Ni una gota! —soltó con malas pulgas—. ¿Lo has oído o vuelvo a repetirlo?

—Vale, vale… —retrocedí en mis intenciones—. Lo que tu digas...

Suspiré y me conformé, ¿qué otra cosa podía hacer? Un tema menos. Así que me atreví a pasar al siguiente.

—Segundo problema —me encaré con ella de nuevo, tenía otra oportunidad de demostrar carácter—: ¿¡Desde cuando coños eres *multiorgásmica*!?

Se colocó el pelo detrás de una oreja, esta vez sin disimular su inseguridad.

—Joder, no es que lo sea… —replicó sin mucha convicción—, pero yo me corro con facilidad. Hay veces que follando con Juan me he llegado a correr hasta tres o cuatro veces…

—¿En cuánto tiempo, si puede saberse?

—Pues… —vaciló—. En un día… creo.

Me miró como un perro apaleado y me eché las manos a la cabeza. De nuevo yo tenía el mando de la discusión.

—¿¡En un día!? ¡Sonia, por dios, esa mujer espera un montón de orgasmos en cada sesión, y cada una dura solo tres horas!

Se puso en pie y comenzó a dar vueltas por el salón. Movía las manos como para darse ánimos.

—Pues no pasa nada… —dijo—. ¿Acaso crees que no sé fingir un orgasmo? Lo he hecho un montón de veces. Si veo que no me corro, lo fingiré y ya está. Seguro que ni se entera esa tía con cara de profe de Literatura.

Me quedé boquiabierto, menuda chapuza de solución.

—¡Una mierda…! —espeté—. Engañar al capullo de Juan puede ser fácil. Ese tío es tan

tonto que se cree que con tocarte una teta ya te corres. Además, no es a esa tía buenorra a la que tienes que engañar, sino a un ordenador.

—¿Has dicho tía «buenorra»? —preguntó con la boca abierta por la sorpresa.

—Sí, eso he dicho, ¿qué pasa?

—Pasar no pasa nada, pero ni me había fijado en ella… —sonrió pícara—. Y parece que te ha gustado, eh, Francito…

Fingí enfado. Me había pillado de lleno, pero no pensaba reconocerlo.

—No me cambies de tema —gruñí—. Te repito que a quien tienes que engañar es a un ordenador… Y a una máquina no vas a timarla con cuatro gritos en plan «ay, ay, ay» y una cara como si te dolieran las muelas…

De nuevo conseguí arrancarle una sonrisa, aunque fuera a medias.

—Mucho porno has visto tú, me parece… —dijo, y luego volvió a cavilar sin rendirse—. En cualquier caso, los orgasmos son mi problema, y ya me encargaré de solucionarlo a mi manera. ¿Alguna cosa más?

No pude contradecirla, al fin y al cabo, si la cagaba, la que saldría perdiendo sería ella. Lo de que nos demandaran por estafa no parecía muy probable. No me imaginaba a aquella profesora buenorra llegando a una comisaría a ponernos una denuncia tras contarle a los polis alucinados el asunto de la querella.

Pero el siguiente punto era crucial, y en este caso sí que me tocaba de lleno. Me preocupaba más por la posible humillación a la que me vería sometido que por perder el premio en metálico. Y no pude por menos que echárselo en cara.

—Vale, lo de correrte es tu problema. Pero te has metido en un charco peor, gracias a tu facilidad para las trolas, y ese sí que me toca a mí —la reproché reclinándome sobre el respaldo del sillón—. Porque yo estoy muy lejos de ser el campeón en la cama que le has pintado a la doctora. Lo siento, pero es la verdad. A ver como arreglamos eso porque si no… ufff —bufé.

Se sentó de nuevo frente a mí y volví a descubrir los secretos que se escondían bajo su mínima falda. De pronto tuve una revelación. Me di cuenta de que mi antigua desidia por Sonia se debía a que la veía inalcanzable. Pero ahora comprendía que todo lo que se veía bajo su falda podía estar a mi disposición. Y eso era muy fuerte.

Así que me dio por fantasear mientras ella volvía a cavilar.

Si nada lo evitaba, me la iba a follar, a morrear, a lamer… y otros verbos igual de morbosos. Y en medio de aquellas fantasías comenzaba a reconocer que mi medio hermana

estaba de puta madre. Y que no me importaba meterme en el lío en el que estábamos si ese lío me la ponía a tiro…

Las manos me sudaban.

Y mi erección era indisimulable.

—Vale, ya veo el problema… —dijo, cortando mis fantasías—. Pero no perdamos la calma… Déjame que piense…

Encendió un cigarro y me ofreció otro a mí.

Por supuesto, se lo rechacé.

Lo que yo quería de ella era una solución a mis problemas, no echar humo. Y cuanto antes.

Porque así podría tirármela a placer, poniéndole de paso un par de cuernos como una catedral al gilipollas de Juan. Que se jodiera el muy idiota, se los iba a poner por todas las putadas que me había hecho desde que se enrolló con Sonia.

—¿Tú cuanto aguantas sin correrte? —dijo al fin Sonia sacándome de la ensoñación—. ¿Diez, quince minutos?

¿Quince minutos, había dicho? Me hubiera echado a reír si no fuera porque lo que sentía eran ganas de llorar. Menudo baño de realidad se iba a llevar la pobre Sonia. Al igual que mis fantasías, que se iban a ir a la mierda en cuanto le explicara la verdad.

—Bueno… yo… —titubeé.

—¡Venga, habla, no tengo todo el día! —me apremió.

Suspiré sin poder evitarlo. Tenía que confesar, no tenía otra. Y eso me la alejaría para siempre. Al final no podría tirármela, estaba claro, no sabía por qué me había hecho ilusiones.

—Pues poco, Sonia, aguanto poco…

Me tomó de las manos y acercó su cara a la mía.

—¿Pero qué es poco? ¿tres, cinco minutos?

—Creo que… uno…

Los ojos se le abrieron como platos y la mandíbula se le descolgó.

—¿Un… minuto…? —dijo incrédula.

—Sí… un minuto… —confirmé—. Como mucho…

Se echó las manos a la cara y empezó a soltar tacos.

—Pero, tío… —dijo al cabo—. ¡Ese tema se soluciona con la práctica! Cuanto más follas,

más aguantas… ¿Es que follas poco?

Me ruboricé hasta la raíz. Ni mucho ni poco, sencillamente «no follaba». Punto y final.

—Sí, follo poco, lo siento… —mentí, y ella dio un bote en el sofá.

—A ver, que no cunda el pánico —soltó alterada poniéndose en pie y con los brazos en jarras—. ¿Cuánto sueles follar? Exactamente, quiero decir.

—Una vez… —dije tembloroso.

Le daba caladas al cigarro de forma compulsiva, echándome el humo a la cara y haciéndome toser.

—Vale, una vez, qué se le va a hacer… —su cara era un poema—. Pero… ¿una vez a la semana?, ¿una vez al mes?

El alma se me cayó al suelo. Lo que iba a decirle no iba a gustarle nada.

—No, digo que «una vez…». Que solo he follado una vez, vaya… —lo solté de sopetón, como se quita una tirita para que no duela.

Sus ojos estaban a punto de salírsele de las órbitas.

—¡Hostia, hostia, hostia…! —Se dejó caer sobre una silla con la cabeza entre las manos—. No me jodas que me ha salido un hermano calzonazos…

—Eh… eh… —negué yo—. Calzonazos, puede… Pero de hermano nada, que somos primos lejanos y…

Me cortó en seco.

—¡*Mecagüentusmuelas!* —blasfemó—. ¿¡Pero cómo no me lo has dicho antes, so bobo!?

—Joder, si no me has dejado hablar... —me defendí—. Además, ¿qué querías, que fuera por ahí contando que no me como un colín…?

Estaba a punto de lanzar un sollozo, solo el orgullo masculino me retuvo.

Se echó para atrás en la silla y volvió a cavilar. Su desesperación ahora era indisimulable. Pero desde mi sitio podía escuchar de nuevo los engranajes de su cerebro. Aún no se había rendido. Al menos no del todo.

Al cabo me miró y habló más calmada.

—Bueno, a ver, empecemos por el principio… ¿Tú sabes follar?

Iba a responder, pero antes de hacerlo su móvil comenzó a vibrar encabritado.

—Espera, me dijo, no te muevas de aquí que aún no hemos terminado.

*

El que llamaba era Juan, su novio. Sonia salió del salón y se refugió en la cocina, entornando la puerta para que no la oyera.

Menuda estupidez, tenía yo por entonces un máster en escuchar sus conversaciones con Juan, por mucho que se escondiera para mantenerlas. Solo podía oír la mitad de ellas, pero los vacíos del otro lado de la línea los rellenaba con algo de imaginación.

Así que apliqué la oreja para ver de qué iba aquel lío, ya que la cara de Sonia había empalidecido de pronto.

—¿Cómo que te vienes a mi casa todo el mes?

—….

—Pues sí, claro que mis padres se han ido por unos días, ¿pero qué tiene eso que ver?

—….

—Ya, ya sé… Si estamos juntos, podemos follar más… ¿pero no has pensado en mí? A lo mejor necesito algo que no sea follar, digo yo…

—….

—Que no, tío, que no me convences…

—….

—¿Pues qué va a ser…? Te lo he dicho mil veces… Estoy de exámenes, necesito tranquilidad para concentrarme. Al menos tres semanas o un poco más.

—….

Estaba claro lo que pasaba. El capullo de Juan quería aprovechar la ausencia de mis padres por una larga temporada para quedarse a vivir en casa. No era la primera vez que lo hacía, y aquello significaba un calvario para mí.

En este caso, sin embargo, la suerte estaba de mi parte. Porque a Sonia tampoco le convenía tenerle de por medio. Lo que supuestamente íbamos a hacer ella y yo no era algo que admitiera un intruso alrededor.

Y menos un cornudo.

Con lo celoso que era el idiota, si se enteraba de algo, la que iba a montar era de las

grandes.

Me sentí feliz por ambas cosas. Por tirarme a mi medio hermana —si es que al final el asunto no se iba a la mierda— y por no tener que aguantar a Juan viviendo en casa, comiéndose nuestra comida y, sobre todo, dejando los condones tirados por todas partes.

Apliqué de nuevo el oído para ver en qué quedaba la discusión.

—No, yo no digo que no vayamos a follar en tres semanas, no inventes… Lo que digo es…

—….

—Que no, joder, que no te vienes a vivir a mi cuarto… Cuando no te aguantes las ganas de meterla, te vienes por aquí, me la metes y en paz… Y luego cada uno a su casa…

—….

—¡Y una mierda! ¡Tú que sabrás lo que es estar de exámenes, si no has pasado de la ESO!

—….

—Que no, cari, que no te lo estoy echando en cara… Pero es que no me quieres entender…

Viendo que la discusión se prolongaba, decidí largarme. Sabía de sobra cómo iba a acabar. Lo había visto decenas de veces. Sonia se saldría con la suya, pero luego se sentiría culpable. Le llamaría, harían las paces y se pasarían un día follando como monos. Luego todo volvería a ser como antes.

Bien mirado, si mi medio hermana era capaz de follar un día entero sin casi pararse a descansar, a lo mejor sí que era multiorgásmica.

Me senté en el sillón y puse un tostón en Netflix. No tardé ni cinco minutos en entrar en un duermevela.

Y fue Sonia la que me sacó de él un rato después.

—A ver, dormilón, despierta que aún no hemos terminado.

—¿Eh…? –dije con la baba colgando de las comisuras de los labios

*

Sonia me ofreció un trago de su coca-cola y consiguió que me despertara casi del todo.

—¿Qué ha pasado con Juan? —le pregunté cuando conseguí mantener los ojos abiertos.

Le dio un manotazo al aire y replicó con expresión sombría.

—Bah… olvídate de Juan… Vamos a lo nuestro… ¿Por dónde íbamos?

—¿Se va a venir a casa como siempre o no?

Su expresión de mosqueo por sentirse espiada fue indisimulable. Pero en este caso no me la montó como había hecho otras veces. Estaba claro que me necesitaba.

—Te he dicho que te olvides de él… —repitió.

Pero yo no quería que cambiara de tema e insistí.

—O sea, que sí se viene…

Bufó de mal humor.

—Sí, se viene… —reconoció por fin—. Pero olvídate de él, por favor, tenemos cosas más importantes entre manos… ¿Por dónde íbamos?

¿Olvidarme de él? Imposible, le iba a tener que aguantar sus bobadas como siempre, y eso era como una tortura. Y el negociete de Sonia con él rondando… ufff… me temía que iba a peligrar.

—Me preguntabas algo sobre follar… —respondí a su pregunta sin querer hacer más sangre con lo de su novio.

Se dio una palmada en la frente.

—Ah, sí… eso era… —pareció caer al fin—. A ver… y dime la verdad… ¿tú sabes follar, al menos?

Me mordí el labio. No las tenía todas conmigo. Saber, lo que se decía saber, no era mucho lo que sabía, pero para eso estaba el porno, ¿no? El canal de educación sexual de mi generación.

—Hombre, tía, he visto un montón de «pelis»… —respondí con suficiencia.

Pareció enfadarse con mi respuesta.

—¿¡Ah, sí!? —se desesperó—. ¿Has visto muchas pelis? ¿De esas en que te dan una charla informativa antes de ponerse a meter como locos? ¡Hablo de follar en la vida real, joder!

Volví a sonrojarme sin poder evitarlo, no sabía qué responder.

Sonia, exasperada, volvió a tomar la palabra.

—Por dios, Fran… ¡Tienes que hacer que me corra un montón de veces! —dijo señalándose con un dedo—. ¡Si no has tocado a una chica antes, lo tenemos crudo! ¿Sabes siquiera dónde está el clítoris de una mujer?

Tragué saliva, menuda pregunta.

—El… ¿clítoris? —tartamudeé.

Ella perdía la paciencia por momentos.

—Sí, cazurro: el clítoris, la *pepita*, el *botoncito*, el *gusanillo*… ¡como quiera que lo llames! ¿Sabes o no sabes dónde está?

Me estiré en el sofá, arrogante, ¿qué se pensaba la zorrita, que era gilipollas?

—Pues claro que lo sé, ¿por quién me tomas…? —repliqué a la defensiva.

De pronto hizo algo que me dejó congelado.

Se levantó del sillón, alzó su falda y se bajó las bragas hasta las rodillas. Sujetándose la falda con una mano, me apuntó con la otra hacia su entrepierna.

—¡A ver… señálalo con un dedo…! ¡Pero sin tocar, eh…!

Un escalofrío recorrió mi espalda y un latigazo cruzó mis testículos, lanzando un flujo de sangre a mi verga hasta conseguir que esta se irguiera en un tiempo record.

Me costó unos segundos recuperarme del pasmo.

Tenía el conejito de mi medio hermana a unos centímetros de la cara y me estaba pidiendo que le arrimara un dedo. Tragué saliva y carraspeé excitado.

—Vamos, tío… —me apremió—. No tenemos todo el día.

Nervioso moví la mano hacia su rajita. Una vez llegado a ella, introduje un dedo por su parte superior y con la ayuda de otro ejecuté un suave pellizco sobre la cabeza de lo que había llamado «gusanillo».

—Eh… que me has tocado… joder… —protestó, aunque no había hecho nada por impedirlo.

Al tocarla, Sonia había sufrido una pequeña contracción. Sonreí al comprobar que mi caricia le había hecho sentir «algo» y, por su expresión, para nada doloroso.

—Bueno, al menos sabes eso… —aceptó subiéndose las bragas y ajustándose la falda hacia abajo. Luego volvió a sentarse—. Piensa que vas a tener que lamerlo mucho para conseguir que me corra.

Volví a carraspear, emocionado como nunca en mi vida. Me sentía en las nubes. Le había tocado el coñito al monumento que había habitado en mi casa desde antes de que yo naciera. El mismo que había visto manipulado por el cerdo de Juan cientos de veces. Ufff, aquello era un auténtico regalo del cielo. Había creído que no deseaba aquel conejito, pero era puro despecho.

Ahora que podía llegar a ser mío, lo comencé a amar como a nada en el mundo.

—Está bien… —dije al recordar que aún faltaba lo más importante—. Por supuesto que sé dónde está el clítoris de una tía… Pero aún queda el asunto de lo de mi aguante. ¿Cómo voy a convertirme en *Rocco Sigfredi* en dos semanas? ¿Tienes alguna solución para eso?

Se rascó la cabeza, aunque no parecía estar preocupada, sino tan solo reflexiva.

—En fin, no sé… tengo que pensarlo…

No había forma de hacerla rendirse. Pero ahora era yo el que deseaba que se devanara los sesos, porque en este caso jugaba a mi favor. Empotrar a aquella hermosura iba a ser mi único objetivo en la vida. Al menos durante las tres semanas siguientes.

—Así de entrada… —prosiguió—. Hay dos soluciones para eso, creo. La primera me la guardo hasta ver cómo me las apaño.

—¿No será con «coca»? —pregunté asustado.

—¡No seas gilipollas! —replicó de inmediato—. ¿De dónde voy a sacar yo coca…?

Menos mal, pensé, cualquier cosa menos terminar drogata por dos mil míseros pavos. Aunque por echarle unos polvos a Sonia, quizá valiera la pena, quien sabía.

—¿Y la segunda…? —pregunté con interés.

Puso cara de desagrado antes de volver a hablar.

—Pues… me temo que vamos a tener que practicar mucho antes de las pruebas —dijo con expresión desolada—. ¡Joder, no tengo nada mejor que hacer que ponerme a follar contigo para que aprendas a meterla! ¡Y con Juan de por medio!

—¿Qué…?

La boca se me había secado de golpe. ¿La había entendido bien?

—Lo que oyes, tendremos que practicar hasta que le cojas el truco… Es una putada, pero yo te enseñaré a follar, a ver qué remedio…

El temblor de mis piernas por la emoción era ahora incontrolable, aunque faltaba una pieza fundamental.

—¿Y Juan…?

—Ya te lo dije antes… Mi novio se viene a vivir con nosotros unos días y tendremos que apañárnoslas para practicar sin que nos pille.

—Pues ya puedes hacer un buen plan, porque como nos pille me mata…

Tragué saliva. Un nuevo cosquilleo me recorrió la entrepierna. Esta vez de terror. Ella se sujetaba la cara con las dos manos y resoplaba intentando hacerse a la idea.

—Olvídalo… yo me encargo de todo —replicó para calmarme—. Tu dedícate a ver todo el porno que puedas e intenta aprender algo… Pero sin cosas raras… ¿eh?... porno del normalito…

Ahora sí la vi inquieta. Decía que Juan no la preocupaba, pero se notaba que no era así.

—Oye, por mí no lo hagas… —repliqué simulando desinterés—. Si la cosa se puede liar, nos olvidamos del tema y ya está…

Levantó la mirada y la clavó en mis ojos, retadora.

—¡Y una mierda…! —dijo levantándose y tirando de la falda hacia abajo sin conseguir ocultar sus virtudes—. ¡Quiero ir a ese viaje! Y me parece que nadie me va a librar de que me folles hasta dejarme seca, aunque me muera del asco. Pero el viaje no es negociable. Y, si hay que hacerlo, se hará…

La miré como si aquello me importara muy poco, aunque mi erección estaba marcando un record personal. Ella tenía que estar notándolo, tan boba no era, pero ya no me importaba nada.

¡Me iba a tirar a Sonia!

Eso era lo importante.

—Empezaremos mañana por la tarde —concluyó—. Te quiero en mi cuarto duchado y perfumado a las siete en punto. ¿Entendido?

—¿Y qué harás con Juan…? —pregunté una vez más.

—Te repito que no te preocupes por él, ya te he dicho que yo me encargo… —dijo y se dirigió hacia la puerta moviendo su bonito culo.

Tan fuerte fue aquella imagen, tras lo vivido durante toda la tarde, que mi polla no consiguió aguantar y empezó a escupir dentro de mis pantalones mientras Sonia salía del salón.

Como fuera eso lo máximo que podía aguantar, pensé, las íbamos a pasar canutas. En cualquier caso, ya daba igual. No solo le había visto de cerca el conejito a Sonia, ¡se lo había tocado!

Cualquier cosa que pasara a partir de ese día sería de propina.

LAS CLASES DE SEXO

FRAN

Me presenté en su habitación a la hora en punto. Me moría por «practicar» con mi hermanita, por lo que no quise desperdiciar ni un solo minuto.

Juan se había presentado por la mañana en nuestra casa. Venía como un toro y se la llevó a su cuarto nada más llegar. Había pasado a mi lado sin siquiera saludar y lo sentí por Sonia. Llevaban sin verse varios días y sospechaba que la iba a destrozar a polvos.

Como tantas otras veces, apliqué la oreja a su puerta para oír lo que ocurría dentro. Por alguna razón ahora sí me preocupaba lo que le sucediera a mi medio hermana. Incluso me sentía celoso por lo que iba a hacerle aquel gañán.

La sorpresa que me llevé fue mayúscula.

En lugar de oír los gemidos de ella y los berridos del tontaina de su novio, lo que escuché fue una retahíla de trolas que le estaba soltando Sonia a Juan sobre las razones por la que se debían mantener «a dieta de sexo» por unas cuatro semanas.

El muy bobo se negaba a creer en un principio lo que su chica le contaba sobre las prescripciones de un supuesto ginecólogo, al que había acudido aquella misma mañana de urgencia, por unos picores en la zona genital. No conseguí entender todo lo que hablaron, pero Sonia le debió de enseñar un montón de pruebas —recetas y demás— por escrito. La muy tunanta se encargó de leérselas en voz alta porque, al parecer, no había dios que pudiera descifrar la supuesta letra del médico.

Me imaginé a Sonia durante la noche aprendiendo a escribir como un doctor y no pude por menos que partirme de la risa. Luego, cuando el tipo salió de la habitación con un cabreo de mil demonios, me faltó tiempo para esconderme en mi propio cuarto antes de que me sorprendiera espiando.

Sonia se había salido con la suya una vez más.

No sé cómo había podido dudar ni por un instante de que lo conseguiría.

*

Cuando a las siete en punto entré en el cuarto de Sonia, lo primero que hice fue preguntar por su novio. A pesar del cabreo de la mañana, había vuelto a la hora de comer y nos habíamos zampado entre los tres —en un tenso silencio— una pizza extragrande que yo mismo había encargado por teléfono.

—Tranqui, le he pedido que me haga unos recados —respondió mi hermana—, tenemos más de dos horas para practicar.

—¿Seguro? —había porfiado yo.

—Sí, venga, vamos a lo nuestro… —se había mostrado segura, como siempre.

Yo llevaba solo una camiseta y unos pantalones cortos sobre los bóxer, no creí necesitar nada más para lo que íbamos a hacer. El bulto en mi entrepierna era indisimulable. Llevaba empalmado desde hacía más de una hora y, si no me había hecho una buena paja durante la espera, era porque necesitaba guardar las energías para darle lo suyo a mi medio hermana.

Sonia se hallaba recostada sobre el cabecero de su cama releyendo los documentos que nos había entregado la profesora. Vestía un mini camisón con tirantes. Por la parte de arriba, los pezones de sus lindas tetitas asomaban libres oteando el techo. Por debajo, comprobé que no llevaba nada, aparte de unos calcetines rosa de lo más sexy. Aquella chica sabía ir al grano, pensé mientras observaba sus labios vaginales regordetes y sonrosados.

Al verme, había arrojado los papeles encima de una silla y se había sentado en el borde de la cama.

—Pon el pasador a la puerta y acércate rápido —me dijo—. A pesar de que Juan tardará, tenemos que darnos prisa. Hemos quedado luego con unos amigos y todavía tengo que lavarme el pelo.

Cerré la puerta con el pasador y empecé a sacarme la camiseta por la cabeza.

—¡Eh… eh…! —me detuvo a medio movimiento—. ¿Adónde vas, tío? Aquí estamos para que aprendas, no para que te des un banquete. Anda… déjate la camiseta puesta y quítate solo los pantalones y los bóxer.

—Vale, vale… —repliqué ruborizado. Estaba claro que Sonia no me iba a dejar disfrutar de aquello. Me quería como esclavo sexual y me iba a hacer trabajar de lo lindo, pero sin cariñitos.

Me quité la ropa inferior y me quedé de pie delante de ella a tan solo unos centímetros.

Con las manos intentaba cubrir mis vergüenzas, a pesar de que habían adquirido cierto tamaño y eran imposibles de abarcar.

Sonia me echó un vistazo de forma desinteresada, pero de pronto se quedó como congelada. Después se echó las manos a la boca mientras miraba a mi entrepierna, alucinada.

—¿Qué… qué pasa? —tomé el pantalón al ver su gesto y me tapé acojonado—. ¿Es que es… pequeña…?

Menuda vergüenza si era así. Solo me faltaba ser un pichacorta, aparte de no tener experiencia en asuntos de cama.

Pero mi medio hermana lanzó una carcajada y puso los ojos en blanco.

—¿¡Pequeña!? —dijo con los ojos como platos y tirando de mis pantalones para poder observar mi aparato—. ¿Pero de dónde has sacado tú semejante «trompa»?

Y volvió a reír sin poder contenerse.

Entendí que le parecía grande, al menos lo suficiente, y mi autoestima comenzó a crecer.

—Pero tío… —Sonia parecía no creer lo que veía—. Ese pedazo de tranca no me va a caber dentro… —reía sin parar con risa nerviosa—. Pero… pero si la última vez que te la vi era más pequeña que mi dedo meñique…

Hizo el gesto de una mini polla con los dedos de una mano, mientras con la otra le dio un toque a mi aparato haciéndolo balancearse.

—Joder, Sonia —me quejé—. La última vez que me la viste tendría cinco o seis años. Fue aquel día que me desnudaste para jugar a los médicos. Recuerdo que mamá se enfadó porque no hacías más que tocármela y reír cuando se me iba poniendo tiesa.

Me miró a los ojos con un deje de ternura.

—Si, ya recuerdo —replicó, riendo aún—. Pues parece que te ha crecido lo suyo, hermanito. Tienes que tener cuidado al metérmela, por favor, puedes hacerme daño…

—Sí, no te preocupes, «hermanita»… —repliqué con ironía. En realidad estaba deseando clavársela, y me importaba una mierda si le dolía o no. Tenía merecido todo lo que le pasara, por zorra.

—Venga, vamos a lo que vamos… —dijo cuando consiguió sujetarse la risa—. Esa minga tiene mucho que aprender…

Se volvió hacia la cabecera de la cama, acomodó varios almohadones y se tumbó, abriendo las piernas y subiéndose el camisón. Su lindo conejito se mostró a mí en todo su esplendor.

Estaba como lo había visto el día anterior: casi todo depilado con láser, a excepción de un reguero de pelillos por encima de la rajita que parecía una fila de hormigas.

Con los dedos de ambas manos se apartó los labios superiores y me mostró el orificio de entrada a la vagina, el «sitio de mi recreo» de aquella tarde.

—Mira, no te equivoques, es por aquí por donde hay que meterla… ¿entendido?

—Sí… sí… —confirmé hecho un manojo de nervios.

—Y este otro agujerito tan sonrosado que hay detrás, ni tocarlo, ¿te acordarás?

—C-Claro…

Se acomodó sobre los almohadones de nuevo y abrió las piernas en un ángulo imposible para cualquier humano de un género que no fuera el femenino.

—Pues venga, al tajo, que es para hoy —me conminó mientras se escupía en la mano y se ensalivaba la entrada del coño hasta dejarlo humedecido a su gusto.

Me hizo una seña para que me colocará de rodillas entre sus piernas. Cuando estaba donde ella quería, me hizo un gesto con la mano.

—Venga, menéatela un poco —dijo al ver que se me había puesto morcillona—. No creerás que me va a entrar así como está, más blandurria que una gominola.

*

Viendo que llevaba razón, comencé a pajearme para empalmarme como unos minutos antes. Ella me miraba y sonreía sin parar, estaba claro que mi aparato la había impresionado.

—Joder, hermanita —le reproché—, si no paras de reírte, no sé si voy a concentrarme para que me crezca.

Y sin más me dediqué a darle a la zambomba con todas las ganas. Pero nada. Aquello no crecía ni a tiros. Cerré los ojos y seguí meneándomela. Pensaba en Lucy, mi amor platónico.

—¿Te pasa algo? —preguntó Sonia al fin, mosqueada.

Yo no dejaba de darle de lo lindo al pellejo, sin mucho éxito.

—No, nada, dame un minuto más, porfa…

Un par de gotas habían asomado por el orificio del glande y lo habían humedecido. El sonido líquido de mi paja llenaba la habitación.

—Bueno, vale, pero no tardes mucho, que me está entrando sueño. —Exageró un bostezo y se echó a reír.

Yo seguí a lo mío y ella mirándome burlona.

—A ver, que te ayudo. —dijo al fin—. ¿Hay alguna chica que te guste…? ¿Sí? Pues piensa en ella y verás como enseguida se te despierta el pito…

—Ya lo hago, ¿qué te crees? —dije dándole a la manivela.

Tenía los ojos muy apretados y le hablaba sin abrirlos, buscando imágenes en mi imaginación.

—¿Cómo se llama? —preguntó acariciándome las pelotas—. ¿La conozco?

—Lucy —respondí—. Y no la conoces, no.

Por momentos crecía el ritmo de la paja, pero mi polla no se levantaba ni un centímetro.

Al cabo, suspiró y se incorporó hacia adelante.

—A ver… déjame a mí… —dijo agarrándome la polla con una de sus manos, mientras con la otra me sobaba los huevos—. Si no sabré yo como poner tieso un pepino.

Y acto seguido continuó con la paja que yo había dejado a medias.

Lo intentó un par de minutos y, ciertamente, mi soldadito creció un poco, pero no lo suficiente para que entrara limpiamente por un conejito tan apretado como el suyo. Al cabo, resopló malhumorada y se removió nerviosa.

—¡Joder, no hay manera! —dijo—. Con esto no contaba… ¿Y ahora qué hacemos?

Traté de defenderme, aunque aquello no tenía defensa posible.

—Es por el corte, si al menos no miraras…

Me apretó la que había llamado «tranca», desesperada.

—Ya, si quieres te pajeo mirando a otro lado, no te fastidia. ¿No irás a hacerme un gatillazo, no?

Me ruboricé hasta las orejas. Vaya si era un gatillazo. Y de los grandes.

De pronto se me ocurrió una idea genial. O al menos lo era para mí.

—Pues… solo veo una solución… —repliqué—. Aunque no sé si te va a gustar…

Me miró suspicaz, parecía intentar leerme el pensamiento. Y de golpe debió de leérmelo porque saltó como una fiera.

—¡Ah, no, ni hablar! —respondió airada—. ¿No esperarás que te… la chupe…? ¡Ni de

coña!

Mi gesto exterior de lamento era por dentro una sonrisa irónica.

—Bueno, hermanita —le dije soltando sus manos de mi tranca—. Si te vas a poner tiquismiquis… Lo dejamos y ya está…

—¿Tiquismiquis? —se irguió de rodillas sobre la cama—. ¡Serás cabrón!

—A ver, tía —me aventuré excitado por si conseguía que me la mamara—, en los próximos días vamos a follar como locos, ¿qué importa una mamada más o menos? Al fin y al cabo está limpita y perfumada, como tú me pediste, ¿recuerdas?

Respiró por la nariz como un toro bravo y me miró con una de sus miradas asesinas. Luego, se lo pensó un segundo y me sacó de la cama poniéndome en pie. Saltó sobre la alfombra y se arrodilló a mi lado. Una vez en posición, me cogió la polla con las dos manos, la descapulló con un tirón para que doliera —cosa que consiguió— y se la acercó a la boca. La olisqueó un segundo, le pasó la lengua por el capullo y, cerrando los ojos, se la metió en la boca.

—Hummm… joder que grande es tu rabo… —se quejó—. No me cabe en la boca… cabronazo…

Había que reconocer que Sonia sabía cómo chupar una polla. No es que yo fuera un experto, pero viéndola hacer me daba cuenta de que el mimo con el que la trataba era señal de que había mamado unas cuantas. Aparte de la del imbécil de Juan, supuse.

Una buena zorrita mi medio hermana, menuda sorpresa, y ahora la tenía a mis pies mamándome el nabo con una energía desbordante.

Empezó succionando el glande, consiguiendo que se hinchara como una seta. A cada succión yo daba un saltito de placer y la minga crecía unos milímetros. Después formó rizos con la lengua alrededor de la seta entre succión y succión. A todo esto, con la mano derecha iba subiendo y bajando la piel, haciendo aparecer y desaparecer el capullo a intervalos, mientras con la izquierda me amasaba los huevos.

Ver a mi medio hermana de rodillas cambió mi imagen de ella. Y supuse que ya no sería lo mismo nunca más. Hasta ahora la había visto como un ogro, todo el día dándome órdenes o echándome la bronca por cualquier tontería. Ahora la veía como una jovencita, casi una niña, con aquella carita de vicio mientras me relamía el glande, con expresión de estar disfrutándolo. Una perrita traviesa que ahora ya no ladraba, sino que lamía la mano de su dueño.

Una puñetera delicia.

—A ver… parece que ya crece… hummm… hummm… —decía ella con mi rabo

formando siluetas en sus carrillos.

—Si, chupa, chupa, que la cosa va bien… —respondía yo sujetándole de la cabeza y moviéndosela al ritmo de la mamada.

Había ido despacio al principio, para luego ir subiendo de velocidad. Finalmente se la fue metiendo a fondo en la boca, un poco cada vez, hasta que casi se la tragó entera. Cuando la punta tocó su garganta creí morirme del gusto.

—Joder, que garganta tan profunda, hermanita… uffff… así… así…

—Calla… joder… hummm… y concéntrate… hummm… Hummm…. —repetía ella—. Yo creo que ya está… hummm…

La sujeté la cabeza para que no escapara.

—No, aún falta un poco… tú sigue chupando que yo te aviso…

—Hummm… hummm… —replicó ella mirándome con malas pulgas—. Ni se te ocurra correrte, eh…

—Por supuesto… —aseguré con la sensación de que si el orgasmo me llegaba no podría pararlo ni loco.

Grandes babas le escapaban por las comisuras de los labios y le colgaban de la barbilla, cayendo sobre la alfombra.

A cada sacudida de entrada y salida, mi polla latía varias veces y crecía un poco más. Al cabo de tres minutos la minga estaba lo suficientemente dura para perforar un coño como el suyo o incluso más estrecho.

—Ya está… —dijo sacándosela de la boca y apretando el tronco con las dos manos.

—Sí… como una piedra… —bufé.

—Pues venga… —dijo limpiándose las babas con el dorso de una mano y volviéndose a la cama. Se recostó de nuevo con las piernas abiertas y me hizo un gesto para que la siguiera—. Vamos a la faena…

*

Dicho esto, volvió a salivar sobre la palma de una mano y a humedecerse los labios y la entrada de la vagina. Lo hizo tres veces, no debía de notarse muy mojada, a pesar de lo «contenta» que había parecido sentirse por el tamaño de mi «trompa».

Me puse en posición yo también. Arrodillado como estaba entre sus muslos, me incliné sobre ella y, mientras con la mano izquierda me apoyaba en la cama, con la derecha empecé a buscar el agujero a tientas. Forcejeé unos segundos, pero no encontraba el túnel de la gloria.

—A ver… —dijo de nuevo riendo por lo bajo—. Déjame que lo haga yo.

Me agarró la polla con la mano derecha, arqueó la espalda y la empujó hacia adentro. En la primera embestida entró solo hasta la mitad. Intenté empujar para que se metiera entera, pero ella me detuvo.

—Espera… tío, despacio que me haces daño… —se quejó—. A ver, para que un pollón como el tuyo entre sin que duela tienes que moverla despacio hacia atrás y hacia adelante durante tres o cuatro veces para que la lubricación de la vagina se extienda. Es como si le echaras aceite, ¿lo pillas? A ver, muévete despacio.

Hice como ella me indicaba y al cuarto intento la polla se le coló hasta los huevos. Sonia tuvo una contracción, arqueó la espalda y levantó la cara hacia arriba. Un gemido gutural se le escapó de la garganta.

—Uffff… madre mía…

—¿Es así como quieres?

—Sí… así es… —suspiró. No me digáis por qué, pero creí notar que mi polla le estaba proporcionando un cierto regusto.

—¿Me muevo más ahora?

—Sí, sí… —parecía pedirlo por favor—. Pero hazlo despacio… adentro y afuera… hasta el fondo, pero sin prisas… Que tus huevos toquen mis labios… así… muy bien… así… ooohhh…

Yo aprendía a toda velocidad, pero de vez en cuando preguntaba.

—¿Así va bien…? —entraba y salía de aquella cueva húmeda y alfombrada con la piel más suave que hubiera probado jamás. Y a cada metida un escalofrío de placer me recorría desde las pelotas hasta el glande.

—Sí… así… —confirmaba entre suspiros—. Ahora muévete cada vez a mayor velocidad… que ya te voy diciendo cómo vas...

Si su boca mientras me la mamaba me pareció que ardía, en comparación con el calor de su coño ahora me parecía un témpano de hielo. La vagina de mi medio hermana quemaba como un volcán.

Y yo metía y sacaba mi polla de aquel orificio cerrando los ojos y notando como mi vello

púbico rozaba su piel.

—Así… profundo… —gimió ella—. Hummm…

La gozada de tener mi polla en su interior no era comparable con nada que hubiera conocido hasta entonces. Era la leche follar con Sonia, comprendí, y en ese momento dejé de odiarla, aunque ya llevaba un buen rato pensando en que seguramente nunca la había odiado. Más bien había sido una historia de despecho como la de *la zorra y las uvas*.

Me vine arriba y comencé a culearla con soltura. Aún con la falta de experiencia, parecía que mi instinto estaba programado para hacer aquello. Al principio lo hacía a ritmo lento, pero fui acelerando el polvo al ver que no se quejaba. Aunque me avisaba de vez en cuando.

—Controla, hermanito… hummm… no te vayas a correr antes de tiempo…

—Tranqui, que controlo… —replicaba yo, chulito.

Mientras la follaba con confianza, apartándole los muslos y sujetándolos en el aire, Sonia arqueaba la espalda con mis envites y gemía bajito. Mis embestidas hacían balancearse sus pies enfundados en aquellos calcetines que me habían parecido de lo más morboso desde que se los había visto al entrar en la habitación.

Le tomé uno de ellos con los labios y me metí la punta en la boca.

—Joder, Fran, deja los puñeteros pies y céntrate en la polla… —se quejó. Estaba claro que no iba a permitirme gozar de ella, tan solo esperaba de mí que actuara como una máquina de meter y sacar.

—Es que me dan mucho morbo —respondí mordisqueando sus pequeños dedos.

—Ufff… —se removía intentando degustar mi polla en su interior, aunque vigilando la faena al mismo tiempo como una auténtica supervisora—. Recuerda que no es morbo lo que necesitamos, tío… Ooohhh… Tienes que concentrarte para que no te corras demasiado pronto…

—Vale, vale… —acepté liberando su pie húmedo de mi saliva.

Mis embestidas subieron de velocidad. La empujaba con ellas hacia la parte superior de la cama y la hacía golpear con la melena el cabecero metálico, haciéndolo sonar rítmicamente.

«Clonc-clonc… clonc-clonc», un sonido erótico que me atraía como la luz a una polilla.

Levantaba hacia arriba la cabeza con mis empujes y los músculos del cuello se le notaban tensos. Lanzaba tenues gemidos, que iban aumentando de nivel poco a poco. Las manos las había echado hacia atrás y agarraba el cabecero con tanta fuerza que los nudillos se le habían blanqueado. Mantenía los ojos apretados.

—¿Qué tal? —se me ocurrió preguntar una vez más—. ¿Lo hago bien? ¿Te gusta?

Se notaba que sí, que se lo estaba pasando en grande. Pero ella no quiso reconocerlo.

—Vamos, hermanito… —replicó sin abrir los ojos—. Tú dedícate a empujar y no me des la charla… Así… muy bien… Se trata de conseguir que me corra, no de hacer tertulia… hummm… venga, dame…

—Joder, tía —repliqué—. Era solo por saber si voy bien o si quieres más fuerte.

—Sí… —replicó resoplando—. Más fuerte estaría bien… Apóyate en el cabecero y a ver si me empotras como en las pelis esas que sueles ver…

Fue como derribar una barrera. Me daba vía libre para hacer real alguna fantasía y no pensaba desaprovecharla.

Me deslicé hacia adelante, le elevé los muslos y me situé sobre ella. Redoblé la fuerza del metesaca y sus suspiros subieron de tono a cada embestida. Abría la boca para mantener la respiración, que ya era puro jadeo.

—Toma… toma… —le dije viniéndome arriba—. Goza, guarrilla…

La expresión de su rostro se contrajo al tiempo que se le marcaba una sonrisa, parecía que aquellas palabras le habían provocado un latigazo en algún punto clave. Con aquella carita de gusto estaba preciosa, tenía que reconocerlo.

Qué pedazo de gilipollas el tal Juan, pensé, lo que se había perdido por ser un idiota y no querer ayudarla con el experimento de la profesora.

*

La escena se había convertido en un auténtico polvo de película. Yo la embestía como enloquecido y Sonia gemía bajito y me guiaba si me equivocaba en algo.

Mientras la follaba emocionado, la miraba disfrutando de su expresión de placer. Se veía que se lo estaba pasando en grande. De pronto se humedeció los labios con la lengua. Un latigazo me recorrió de los pies a la cabeza. Aquellos labios de pronto se convirtieron en el fruto más deseado del universo. Necesitaba comérmelos sí o sí.

Craso error.

Era la mejor oportunidad para cagarla, aunque aún no lo sabía.

Pero me dejé llevar. Aquella boca pedía guerra y no pude evitar lanzarme a por ella.

Acerqué mi cara a la suya, le lamí los labios y a continuación le metí la lengua hasta la campanilla.

Al principio no noté ninguna reacción.

Pero enseguida abrió los ojos con sorpresa y pegó un salto sobre la cama.

Me empujo del pecho con las dos manos y se echó hacia atrás. La polla se me salió y me erguí de rodillas en la cama.

—¿Qué coño te crees que haces, tío? —dijo Sonia limpiándose mis babas con el dorso de la mano.

Me quedé congelado. No sabía a qué venía aquello. Tan solo era un beso. Un pelín húmedo e indecente, pero un beso al fin y al cabo. Me la estaba follando, ¿no?, qué más daba un simple beso…

—Pues… —balbuceé—. Te estaba besando…

—¡Joder, ya sé que me estabas besando…! —gritaba, aunque lo hacía en susurros—. ¿Pero quién te ha dicho que me puedes besar?

Tenía razón en una cosa: no habíamos hablado de besos. Aunque si no lo habíamos hecho era porque ella no lo había previsto.

—¿Qué quién lo ha dicho? —pensé a toda velocidad y se me ocurrió una excusa que sonaba creíble. Al menos en mi cabeza—. Pues la profesora, por supuesto. Ha dicho que los besos aceleran el proceso de estimulación para llegar al orgasmo. Eh… míralo en el folleto, ahí lo pone… ¿Acaso no lo has leído?

Debió recordar esa frase, porque se quedó pensativa.

Pero solo fue por un instante. Enseguida contratacó.

—¡Ni de coña, tío! —dijo al fin—. Me importa un coño lo que diga el folleto. ¡A mí no me beses si quieres mantener los huevos en su sitio! ¿Te queda claro?

Joder, pues parecía que el tema de los besos sí que era serio. Aunque no podía entenderlo del todo. Se podía follar —o mamar si la ocasión lo requería—, pero un simple beso era el pecado mayor del universo.

¿Quién podía entender a las mujeres?

—Vale, vale —dije acongojado—, pero no te pongas así… A ver si se me va a bajar el aparato y tienes que volver a… bueno, a eso…

Tuve que contener la risa para no liarla.

Sonia estuvo a punto de responder, pero se calló y con cara de pocos amigos volvió a ponerse en situación. Me pajeó un par de sacudidas para comprobar que seguía empalmado, y pareció relajarse al notar que me encontraba a tono.

De nuevo se agarró al cabecero y se abrió de piernas a la espera de que volviera a tumbarme sobre ella.

—Vamos… tú a lo tuyo, pero olvida los besos… —dijo antes de apretar los ojos y elevar las piernas para ponerme su coño en posición—. Culo y boca son sagrados, ¿lo recordarás, hermanito…?

—Vale, no te preocupes… —confirmé—. Ni besos ni por detrás… ya lo he pillado.

Se la volví a meter hasta los huevos, esta vez sin ayuda, y empecé a culear de nuevo. Si hubiera podido hacer un comentario, que ya me había quedado claro que no, le habría dicho que su coño debía ser bastante profundo, no como ella había creído, ya que mi polla le entraba completamente sin encontrar ningún tope.

En cuanto al ancho, parecía haber crecido de diámetro desde que habíamos empezado, adaptándose al tamaño de mi rabo.

*

Seguí embistiendo, a veces a lo bestia por petición de ella, que me agarraba del culo con las manos para empujarse hacia arriba. El nivel de sus gemidos ya era de tal nivel que agradecía que estuviéramos solos en el chalé, porque corríamos el riesgo de que alguien nos oyera y viniera a socorrerla.

Me encantaba oírla bufar muerta de gusto, pero me di cuenta de que esto conllevaba un problema con mi... «aguante». A cada gemido suyo le correspondía yo con un estremecimiento de la polla.

Apreté los dientes y cerré los ojos intentando pensar en calamidades.

Pero me estaba follando a mi medio hermana, y eso era difícil de ignorar, por mucho que cerrara los ojos para pensar en otra cosa.

Y al final, sucedió lo que tenía que suceder.

—Sonia, Son-ia… —dije acongojado—. Joder… me corro… me corro…

—No, no, aguanta… —dijo ella asustada y abriendo los ojos.

—Imposible… me voy… me voy… su puta madre…

Se incorporó apoyando los codos en la cama, me empujó hacia arriba y se levantó el camisón.

—Sácala, tío… —dijo apresurada—. ¡Córrete sobre el ombligo! Pero apunta bien, no me vayas a salpicar en la ropa o en la cara.

Acerqué mi polla a su ombligo moviendo la piel con una mano y comencé a ponerla fina de semen.

Me corrí entre gruñidos, lanzando esperma por todos lados.

Porque, cachondo como estaba y con la picha más dura que recuerdo haber tenido en mi vida, me fue imposible controlar la dirección de cada disparo.

Así que la pringué no solo el ombligo —donde se hizo un pequeño charco—, sino el pubis, el camisón y las tetas. Un disparo le había caído en el labio superior, pero no pareció enterarse y se lo limpió con la lengua.

—Joder, Fran, qué desastre… —se quejó—. ¿No podías echar un poco menos?

—No sé, tía, yo no controlo lo que echo… —me defendí con cierta razón—, lo que sale, sale… Ooohhh… espera, espera… que hay más… hummm… ooohhh… joder… —me volví a pajear para ayudar a echar los últimos restos.

Cuando vio que ya no manaba más leche, se irguió y cogió un puñado de pañuelos de papel de un expendedor que había colocado a propósito sobre la mesilla.

—¡Qué puto asco…! —protestaba mientras se limpiaba.

—Pues la próxima lo hacemos con condón y así evitamos estos problemas —propuse.

—Ojalá pudiéramos… —me recordó—. Tenemos que practicar sin condón…. Ya oíste a la profesora, hay que hacerlo a pelo para no afectar a los resultados.

Mientras nos limpiábamos cada uno por su lado, ella miró el despertador.

—Joder, hermanito, has durado tres miserables minutos.

¿Solo tres minutos? Aquello me parecía irreal. Yo lo había vivido como a cámara lenta y me había parecido una eternidad. Mucho iba a tener que mejorar si quería que el experimento no nos estallara en la cara. Aunque en este caso practicar equivalía a follarse al mayor pibón entre todas las chicas que conocía, mi amiga Lucy incluida. Así que, por mi parte sin problemas.

Miré el reloj y el minutero avanzó un dígito.

—De eso nada —señalé los números fosforescentes—. Han sido cuatro.

—Vale, cuatro, cojonudo… —resopló ella—. Menuda marca… Y al menos treinta segundos han sido por la parada del morreo. En ese tiempo no me corro yo ni loca…

Abochornado, me puse de pie y le di la espalda. Me agaché a por los bóxer y empecé a ponérmelos. Mientras lo hacía, una escena reflejada en el cristal de un cuadro me dejó petrificado: mientras Sonia se limpiaba, había tomado unas gotas de semen con dos dedos; pensaba que no la veía, pero no me perdía detalle.

Contempló el semen con curiosidad, removiéndolo entre los dedos y deleitándose en la operación. Pero a quien corroía la curiosidad de verdad era a mí. ¿No había dicho un momento antes que mi leche era, literalmente, «un puto asco»?

Tras unos segundos de contemplación, se llevó los dedos pringosos a la nariz y los olió un instante. Pensé que pondría un gesto de repugnancia, pero no fue así. Muy al contrario, tras oler el semen, se introdujo uno de los dedos en la boca y lo chupeteó. ¡Joder! ¿Eran imaginaciones mías o sonreía mientras lo hacía? Mi polla pareció revivir después de haber quedado morcillona tras la corrida, pero me la sujeté para dar por terminada la fiesta.

Menudo descubrimiento, aquella visión iba a darme para un buen número de pajas. Y no pensaba desaprovechar ni una de ellas.

En ese momento, sin embargo, decidí callar y hacerme el despistado, girándome hacia la puerta de su cuarto.

—Bueno, creo que es mejor que me vaya —dije a modo de despedida—. Todavía tienes que ducharte.

—¿Cómo que te vas? —dijo dando un salto sobre la cama—. Espera… aún no has terminado…

—Ah, ¿no…?… —respondí volviéndome.

—Pues claro…

No le dio tiempo a terminar la frase. Una voz chillona nos llegó desde la planta inferior de la casa.

—¡Cielo, ya he vuelto! —gritó Juan como si fuera el amo del lugar—. ¡Me tienes que dar mi premio, lo prometiste!

*

La cara de susto de Sonia era para enmarcar. De un salto se puso en pie y se atusó como pudo. Miraba hacia todos lados, parecía que buscara un camisón para cambiarse, pero ambos sabíamos que no le iba a dar tiempo. Optó por colocarse unas bragas que sacó de un cajón de la mesilla y guardar en él los pañuelos con los que se había limpiado mis efluvios.

Y entonces reparó en mí.

—¿Qué haces ahí parado como un pasmarote? —dijo con un sofoco que le coloreaba de granate las mejillas—. Escóndete, vamos…

—¿Dónde? —pregunté mirando a todas partes. Me temía que en el armario, lugar habitual en las películas, iba a ser imposible. Conocía el suyo y sabía que estaba atestado y en desorden, allí no cabría un alfiler.

—¡Debajo de la cama…! —respondió—. ¡Rápido!

Acaté su orden y me lancé cuerpo a tierra. En ese momento comprendí que debajo de aquel somier, a escasos centímetros del suelo, las iba a pasar canutas. Mucho más teniendo en cuenta mi claustrofobia. Aun así, metí estómago y me arrastré hasta donde pude. No había terminado de hacerlo, cuando Juan empezó a aporrear la puerta.

—¡Abre, Sony…! —gritó—. ¿Por qué te has cerrado con pasador?

Aún le dio tiempo a mi hermana a abrir la ventana antes de franquear la puerta al tontaina de su novio. Aquella habitación debía apestar a sexo, abrir la ventana en el último segundo no lo iba a arreglar. Y no digamos nada de cómo debía de apestarle el camisón. Sonia debía de confiar en su destreza para manejar a aquel idiota, porque si no, no lo entendía.

Menudo par de ovarios.

—Sssshh… calla… —chistó mi hermana con un dedo en los labios al abrir la puerta—. Que mi hermano anda por la casa y no quiero que se entere de nuestras cosas. Ahora te cuento…

Juan cerró la puerta a su espalda y le debió de pedir explicaciones con la mirada, porque ella comenzó a soltar las excusas más alocadas sin que él dijera nada.

—Es que estaba haciéndome un… ya sabes… un dedo… con video porno y todo…

No veía la expresión de Sonia, pero la adivinaba libidinosa. La que no imaginaba era la de Juan, que era imposible que se estuviera tragando semejante trola. El sexo de las chicas huele muy diferente al de los hombres, lo sabe todo el mundo.

—¿Pero no decías que no podías tener sexo…? —protestó él no muy convencido, como era de esperar.

Casi se oyó a Sonia tragar saliva.

—No, lo que yo decía es que no «puedo tener sexo… con un tío…» —le corrigió—. Pero estoy tan caliente por no poder follar, amor, que no he podido resistirlo y he empezado a tocarme… Luego se me ha ido la olla y ufff… ya sabes cómo me pongo cuando estoy cachonda…

Observaba los movimientos de las piernas de ambos por debajo de la cama. Juan giraba sobre sí mismo, tuve la sensación de que oteaba el aire.

—Pues sí que te has debido de tocar, zorrita, porque aquí huele a sexo que tira *patrás*…

Observé a Sonia acercarse mucho al tipo, con toda seguridad intentaba camelarle para que se olvidara del hedor.

—Pues eso es… el olor de mi coñito —dijo—. Del hambre que tiene… por ti, mi campeón…

El tipo se soltó de ella.

—Pues a mí me huele a lefa…

¡Joder!, pues iba a resultar que el muy puñetero tenía el olfato bien afinado. Aunque con la lefada que le había echado a mi medio hermana había que estar tarado para no darse cuenta. Además, el mismo camisón de Sonia debía echar un pestazo de los grandes.

Pero Sonia era mucha Sonia, y no iba a serlo menos en esta ocasión. Por el movimiento de las piernas bajo la cama, noté que mi hermana se había abrazado a él y se ponía de puntillas para atraer su atención.

—Bueno, cielo —le cortó—. ¿Quieres el premio que te prometí por hacerme el recado o no?

El registro de Juan cambió de inmediato. Se puso tan cachondo de repente que se le atropellaban las palabras.

—Claro… mi amor… estoy como loco… por… por… esa mamada… que me debes…

Los pantalones de Juan cayeron al suelo y de una patada los arrojó bajo la cama, a unos centímetros de mí. Recé para que no se agachara a recoger algo de ellos. Luego, poco a poco los fui empujando hacia afuera.

—De «mamada», nada… —saltó Sonia y noté en su voz un ligero estremecimiento—. Te dije una «paja», ¿recuerdas? Una paja, de momento… La mamada será el domingo si me haces el otro recado…

Vaya, parecía que Sonia estaba algo cansada después del sexo conmigo. Que yo supiera, jamás le había negado a Juan cualquier cosa que le pidiera.

—¡De paja nada, monada…! —se quejó el cornudo—. Dijimos mamada… y con sorbete de nata… Te vas a tragar hasta la última gota, que lo mío me ha costado convencer a mi amiga para que te prestara ese vestido…

Noté huir a Sonia de su novio por el movimiento de las piernas.

—De eso nada, paja y vas que te matas… —insistió—. Y como te pongas tonto, te la meneas tú solito en el baño…

Juan bufó, rendido al parecer. Debía de estar muy a tope porque si no, no hubiera cedido tan pronto.

—Bueno, pues paja —claudicó—, pero con morreo de lenguas…

Se hizo un segundo de silencio. Parecía que Sonia se lo pensaba.

—Vale, morreo de lenguas… pero cómete un chicle que te canta el aliento…

Se oyeron ruidos de chicle siendo liberado de su envoltorio, aunque Juan no perdía el tiempo mientras lo hacía.

—Y yo también te pajeo a ti… que eso me da un morbo que te cagas…

Pero Sonia estaba por negarle todo.

—No, cari, de pajeo nada… —le paró las intenciones—. Que yo ya llevo dos dedos esta tarde, tengo el chocho en carne viva…

—Joder, que mierda… —volvió a quejarse Juan, estaba claro que ese no era su día—. Estoy deseando que se te cure esa mierda que te ha salido en el *agujero*…

Sonia volvió a trolearle.

—Pues esa mierda que me ha salido me la has pegado tú, so listo —le acusó—, que a ver con qué pelandusca te habrás enrollado…

—Que te he dicho que yo no…

—¿Bueno, quieres la paja o no? —le cortó—. Que me tengo que duchar y lavarme el pelo antes de irnos.

—Venga —aceptó—. Ven aquí, guarrilla, mira que nabo tengo para ti…

Los siguientes minutos fueron de un morbazo alucinante. En otro tiempo habría sentido ganas de echar la *pota* con los gemidos, gruñidos y sonidos líquidos de lenguas entre aquellos dos. Pero ahora, imaginando a la chica que me acababa de follar haciendo guarradas con su novio, la polla volvió a asomar por la cinturilla de los bóxer, intentando ver la luz y no perderse ni un ápice del espectáculo.

Un espectáculo que, por otro lado, yo solo podía adivinar por los vaivenes del somier de lamas y por los susurros de los dos amantes que retozaban en cuasi silencio. Me alegré de que Sonia se negara a follar con él, de haberlo hecho con la fuerza con que yo la había empotrado unos minutos antes, las lamas del somier me habrían roto alguna costilla como mínimo.

Llegado el momento álgido, Juan volvió a reaparecer y esta vez con fuerza.

—Me corro, Sony… me corro… —susurró con tono agónico—. Métetela en la boca, por tu padre…

—No, en la boca *nanay* —le respondió ella—. Échala en esta toalla.

Pero el muy animal esta vez no se dejó amilanar.

—¡A la toalla mis cojones, esta te la comes tú por mis huevos…!

A estas palabras le siguió el escarceo de dos cuerpos que disputan.

—No… no… que hoy está asquerosa… que no me la trago… —repetía ella.

—Que sí te la tragas… joder… que esta me la debes… —insistía él.

Tras el forcejeo, al final pareció que Sonia se había rendido. Todo indicaba que se repartían el ganador de cada pelea, y ahora le tocaba a ella perder. Al menos lo parecía por el *glugluteo* de su boca al intentar tragar lo que su novio le estuviera echando mientras gruñía como un cerdo en el matadero.

—Así, así… —decía el capullo mientras se corría—. Uagggg… traga, zorrita, traga…

Y Sonia tragaba y tragaba, y entre pequeñas arcadas le soltaba alguna queja.

—No me aprietes el cuello… joder… que ya trago…

Pero él no se fiaba.

—Que no, que no… que si te suelto te escapas… Sigue lamiendo, anda, déjamela bien limpita con la lengua…

Y ella esta vez no le decía que no a nada.

—Vale… que ya voy… pero no hace falta que me tires del pelo… joder, que asco da esta mierda… puaggg… —De fondo se oía el sonido líquido de la boca de Sonia mamando la última leche que salía de la minga de Juan.

Me alucinaron las palabras de mi medio hermana. No hacía mucho que se había lamido los dedos empapados en un goterón de mi lefa. Y no le había dado tanto asco, al parecer. Algo me decía que ella y yo no éramos tan incompatibles como siempre había creído.

—Ufff… guarrilla… cada vez tragas mejor —dijo al fin Juan cuando la fiesta terminó—.

Toma, cómete un chicle de menta de los que me has pasado antes, así se te quita el mal sabor…

—Vale, gracias, majete… —replicó ella—. No te jode el pedazo de cerdo… Un día te voy a hacer que te tragues tu propia leche… a ver si te gusta tanto…

—Pues como no me alargues el pito… —rió el tipejo—. A mí a la boca no me llega…

Ella rió la gracia de su novio. No parecía estar muy enfadada por lo que le había forzado a hacer un minuto antes.

—No te preocupes, te lo recogeré de un condón y te lo haré beber mientras duermes…

Rieron los dos ahora y entonces ella empezó a presionarle para que abandonara la habitación.

—Venga —le empujó de la cama—, y ahora vete a la ducha que luego voy yo…

—Bueno, ya voy, ya voy… —replicó él—. *Joer*, qué prisas.

Un par de minutos más tarde, Sonia se había librado de su novio y cerraba con pasador la puerta de su cuarto. Luego se agachó y me miró con sus ojazos pícaros.

—Venga, hermanito, ya puedes salir de ahí… que ya se ha ido el troglodita…

*

Esperaba que mi hermana se liara a empujones conmigo para echarme de su cuarto a la carrera. Ya había mencionado antes que sería una catástrofe que Juan nos pillara.

Pero volvió a sorprenderme.

—Vamos, tenemos como media hora… —dijo empujándome sobre la cama—. Juan se va a lavar el pelo y eso le llevará un buen rato…

La miré sin entender.

—¿Media hora para qué? —pregunté, imitando los susurros con los que ella hablaba.

—¿Cómo que para qué? —protestó—. Te has corrido en menos de cuatro minutos, ¿recuerdas? Y me has dejado menos que a medias. Necesito que me hagas un… —en vez de decirlo en voz alta, se relamió los labios con la lengua y señaló su entrepierna—. Recuerda que el objetivo de nuestro contrato es que yo me corra. Y todavía estoy a secas esta tarde.

—No sé… —comencé una excusa que tenía que ver con su novio. Aunque ella no me dejó terminar.

—A no ser que al señorito le dé asco comerse un coño con sabor a su propio semen.

Puso morritos de disgusto, pero a mí me pareció la mejor sonrisa que le había visto en mi vida. Me sonrojé, azorado.

—No… de verdad que no… —repliqué—. Te juro que no me da asco… Pero es por Juan…

—Por Juan, tranqui —repitió—. Va a estar en fuera de juego por un rato. Además, con lo caliente que me ha puesto con la puñetera paja, estoy que me corro en un par de minutos… ¿Te animas o me vas a dejar tirada como a una puta?

—Ah, no… claro… claro… —repliqué—. Cómo te voy a dejar tirada. Si no hay orgasmos, no hay pasta, ¿no?

—Exacto —respondió—. Y no te preocupes, ya te digo que no tardaré mucho. Suponiendo que sepas cómo se hace eso…

—Tranqui, que lo he visto hacer en las pelis miles de veces…

—Ya, las pelis… —sonrió de nuevo con sonrisa pícara—. Menudo profesional estás tú hecho… Venga, demuéstrame lo que sabes hacer…

Se tumbó de nuevo en la cama con las piernas abiertas. ¡Joder, que bien sabía abrir las piernas mi medio hermana! Se volvió a chupar los dedos de una mano y esta vez se los metió hasta dentro del coño, luego los pasó por los labios, y terminó en la parte superior, justo sobre el «botoncito». Después levantó la cara y me urgió con la mirada. Ya no sonreía, su cara estaba desfigurada por el deseo. Estaba claro que se encontraba al borde del infarto.

O se corría pronto o le iba a dar algo.

Me coloqué en posición lo más rápido que pude, separando sus muslos y colocando mi cabeza entre ellos. La oí suspirar y me dispuse a la faena.

—Uffff…. Despacio, hermanito —dijo apretando los ojos antes de que empezara—. Sin pausa, pero sin prisa…

Cuando iba a entrar a matar, recordé las pelis y comprendí que había una manera infalible «de ir despacio». Y decidí intentarlo: comencé por lamerle el interior de los muslos, cada uno por turnos, subiendo poco a poco hacia arriba hasta llegar a las ingles.

Sonia jadeaba agitada. Era un indicador de que de momento iba bien.

—Así… así… despacito, Fran, con mimo… no apretes con la lengua… solo roza como las alas de una mariposa… así… joder… que bien lo haces, hermanito…

Cuando por fin llegué a la vulva, hice una pasada con la lengua por toda la longitud de sus labios desde el perineo hasta el clítoris, apretando al final la lengua contra el «gusanillo». Sus caderas sufrieron un espasmo.

—Auuu… —casi maulló de gusto como un gatito juguetón—. No pares, así… así…

A partir de ese momento me dediqué a lamerle entre las piernas sin un segundo de tregua. Hasta el momento solo me había comido un coñito —el de la amiga con la que perdí la virginidad—, pero chupar el conejito de Sonia era otro nivel.

La suavidad de aquellos labios, jugosos de su flujo y de mi propio semen, y el calor que emanaba del interior de Sonia no tenían parangón con los de ningún otro conejito del mundo. O eso me pareció en ese momento. Así que me dediqué a chupar, lamer y succionar con un regusto delicioso.

—Sí… sí… joder… como lames, hermanito… —suspiraba Sonia retozando y con la cabeza tirando de su espalda hacia adelante.

Ajena a mis pensamientos, Sonia me había posado una mano en la cabeza y me empujaba hacia abajo. Mientras, con la otra se masajeaba los pezones, tiesos como los cuernos de un caracol.

De buena gana hubiera vuelto a follarla, pero con solo recordar que Juan volvería en minutos, decidí abandonar la idea.

—Sigue… sigue… —gemía bajito mientras mi lengua comenzaba a cansarse de ensalivar su sexo.

Se notaba que el final llegaba poco a poco, porque el ritmo de sus caderas subía de frecuencia, al igual que sus gemidos. Sonia recogió uno de los almohadones de la cama y se lo metió en la boca para mitigar los jadeos.

Esperaba su orgasmo de un momento a otro.

Y no me equivoqué.

El estremecimiento de sus caderas anunció el momento. Estaba a punto de correrse. Un nuevo espasmo, antes de llegar al final, y después la tormenta se desató. No habían pasado ni los dos minutos que había anunciado.

Al siguiente envite, la espalda ya no descendió hacia la cama, sino que quedó suspendida en el aire por unos segundos. Gritaba como una loca, afortunadamente con gemidos ahogados por el almohadón.

Mi medio hermana estaba a mil revoluciones, flotando sobre las nubes mientras se corría

como una cerda. Y mi nivel de calentura no era inferior, provocando que la presencia de Juan me importara un comino.

Y de repente se me fue la cabeza.

Supe que me iba a arrepentir, pero no pude evitarlo. En cuanto las caderas de Sonia volvieron al colchón, me incorporé unos centímetros, me bajé los bóxer hasta los muslos y le metí la polla de una embestida sin pedirle permiso.

—¿Qué…? —gimió ella, más por la sorpresa que por el enfado al sentirse penetrada—. Hummmfff…

No pudo decir nada más. Tuvo otra convulsión que volvió a elevarla en el aire, esta vez conmigo dentro. Los siguientes segundos fueron una locura. Yo arremetía moviendo mis caderas para entrar lo más profundo que podía dentro de Sonia, ella gritaba contra el almohadón, ambos saltábamos sobre el colchón con la conciencia perdida…

Tuve la sensación de estar cabalgando una potrilla desbocada. Y creeréis que exagero, pero a mí aquel orgasmo de mi medio hermana me pareció más largo que los cuatro minutos del primer polvo.

Cuando Sonia dejó de moverse, se quedó como muerta. Solo el latido en el cuello atestiguaba que aún vivía. Yo me había dejado caer sobre ella y respiraba agitado tras la cabalgada bestial.

Pero para mí no se había terminado la faena, ya que aún no me había corrido. Una alarma saltó en mi interior cuando comprendí que no podría retenerme mucho más y lo que ello conllevaría.

Con auténtico terror, noté subir la presión y vi que mi próstata empujaba hacia arriba amenazando con ponerse a manar leche a borbotones. Le saqué la polla todo lo rápido que pude y me pajeé para correrme sin control y rugiendo como un cerdo.

Por supuesto, la puse perdida de lefa en un orgasmo interminable.

Y luego cerré los ojos, adormilado por la relajación post-orgásmica.

Cuando al fin los abrí, divisé el desolado paisaje. La había empapado desde el ombligo hasta el cuello. Incluso había chorreado parte de la sábana. Os juro que yo no había eyaculado tanta cantidad de semen en toda mi vida. Y menos en una segunda corrida casi seguida de la primera. Debía estar mi próstata a la espera de una ocasión como aquella. Por suerte, había evitado que le cayera una sola gota dentro del coño.

Había aprendido bien la lección.

Me levanté de la cama con expresión de asco, tomé varios pañuelos de papel y me limpié con prisa. Ya había ensuciado demasiado por esa tarde. Luego me ajusté los bóxer, que se habían quedado a media pierna. Esperaba que Sonia se recuperara de su letargo enseguida y aguardaba la bronca por lo que acababa de hacerle.

Pero ella no se despertaba.

Se había quedado traspuesta con la cara metida entre los almohadones y no daba señales de vida.

Y Juan a punto de volver de la ducha.

Mi nivel de acojone sobrepasó todas las líneas rojas.

Tomé más pañuelos y la limpié de arriba abajo todo lo que pude, incluyendo la sábana. Tardé algunos minutos pero ella no volvía en sí.

Puse mi oreja sobre su pecho y comprobé que el corazón le latía acompasadamente. Supuse entonces que simplemente se había quedado dormida tras el placer. El letargo post-orgásmico la había noqueado, me decía el instinto de futuro estudiante de medicina. La escasez de los últimos tiempos de la pobre eran la causa, imaginé.

Menudo orgasmo se había llevado la guarrilla. Un escenario perfecto para el experimento de la profesora. Al menos es lo que se esperaba de mí. Y esto demostraba que me encontraba en plena forma.

Aguardé unos minutos más dándole toquecitos en la cara de vez en cuando. Al final, como vi que no reaccionaba, la arropé con la sábana y salí de la habitación como un cazador furtivo.

Estaba acojonado. Sabía que cuando volviera a verla, la bronca por lo sucedido sería monumental. Eso si no me había matado antes el capullo de Juan.

*

No volví a ver a Sonia hasta el día siguiente. Me la encontré durante el desayuno. Juan aún no se había levantado y desayunamos a solas.

Me temblaron las piernas mientras me sentaba y me servía el café y la leche, que se encontraban preparados sobre la mesa.

Pero, extrañamente, no parecía cabreada. Muy al contrario, la encontré más encantadora que nunca. Se la veía alegre, sosegada y hasta amable.

—¿Quieres más zumo de naranja, hermanito…? —me dijo en un exceso de gentileza.

—Sí, gracias.

No quería hacerme ilusiones, pero parecía que mis dos polvos la habían sentado de maravilla. Hasta el mismo cutis lo tenía más luminoso. Dudaba de que se hubiera dejado tocar un pelo por el idiota de Juan en todo el resto de la noche. Así que cualquier mejora me la debía a mí.

—¿Qué tal la quedada con vuestros amigos? —pregunté por decir algo.

—¿La quedada…? —respondió sin mirarme—. Ah, sí... Bueno, al final no salimos, últimamente estoy muy cansada… con los exámenes. Así que lo dejamos para otro día.

«Sí, sí, con los exámenes», pensé yo sonriendo para mis adentros. Seguro que después de aquel super orgasmo se había quedado dormida toda la noche. Menudo mosqueo se habría llevado Juan al verla tan echa polvo, y con la habitación oliendo peor que cuando la dejó para ir al baño.

Por si acaso, no quise preguntar nada al respecto. Bastante la había fastidiado por dejarme llevar por la tentación y haberla echado el segundo polvo a traición.

Remover el asunto era buscar problemas… y yo soy alérgico a los problemas. Así que desayuné y me fui de casa antes de que Juan se levantara de la cama.

LA AMIGA DE SONIA

FRAN

Para mi suerte, el polvo traicionero pasó al olvido sin hacer ruido y me libré de la que me esperaba.

Los días iban pasando, el plazo hasta el primer experimento se iba acortando y Sonia y yo practicábamos a espaldas del cornudo. Lo hacíamos al menos un par de veces al día. Una por la mañana, mientras Juan seguía durmiendo —ya he comentado que el muy capullo no era de madrugar— y otra por la noche. A veces lo hacíamos en mi habitación a altas horas, cuando su novio ya roncaba. Otras, Sonia le enviaba a hacer cualquier recado para quedarnos a solas mientras a él le iban creciendo los cuernos.

A mi medio hermana se la veía feliz. Sonia sentía cada vez más cerca la posibilidad de cumplir su sueño y eso la animaba. El viaje de fin de curso estaba casi a su alcance. Ya no discutíamos casi por nada.

Por otro lado, mi tiempo de «aguante» había ido creciendo y ya superaba los doce minutos. No era una marca mundial, pero ella confiaba en que, si seguíamos practicando, al final conseguiríamos multiplicarla por dos. Por su parte, nunca se cansaba de nuestros juegos, arrastrándome a mí si alguna vez me encontraba desganado. Y, mientras, presumía de que aún le quedaba su arma «secreta», de la cual se negaba a hablar hasta que no llegara el momento.

Sonia conseguía dos orgasmos en cada una de nuestras sesiones. Uno con sexo oral y otro con penetración. Tampoco era la mejor marca, pero estábamos en ello.

Tan contenta se encontraba, que en ocasiones me dejaba follarla por detrás. Aunque, creo que no debería decir «por detrás», sino «desde atrás». Es decir, por el conejito, pero en cuatro. Era una gilipollez, pero a mí me hacía ilusión y ella me concedió el regalo de probar. Follarla con dureza mientras le tiraba de la melena —soltando ligeros gemidos— era un placer de dioses, aunque ella se enfadara a veces porque me pasaba de entusiasta y la hiciese daño.

No se bajó del burro, sin embargo, con sus tres mandamientos básicos: 1) Ni una gota de semen «dentro»; 2) Besos, ni hablar, «guárdatelos para tu Lucy», me decía; y 3) La polla te la levantas tú, a mí no me vuelvas a pedir que te la chupe.

Y yo acataba las normas sin darle mayor importancia. Me estaba follando a un bombón, qué más daba si había que hacerlo con el manual en la mano.

*

En esas estábamos cuando una noche recibí una llamada a altas horas. Se trataba de Sonia, que hablaba a tanta velocidad que tuve que pedirle que se calmara y que me explicara el problema una segunda vez.

—Necesito que me hagas un favor… —dijo—. Tienes que venir al centro, es urgente…

Sonia había salido con una amiga y aún no había vuelto a casa. Miré el reloj, eran las dos de la madrugada. Me había pillado despierto de casualidad, tan solo porque me había quedado jugando con la Play.

—¿Por qué no llamas a Juan? —le dije algo molesto, aunque sin pasarme, no podía olvidar que Sonia y yo éramos ahora amigos—. Seguro que él llega antes con el coche, a esta hora el autobús tarda un huevo en pasar por nuestro barrio…

No me dejó terminar.

—Olvídate de Juan —dijo agobiada—. Ya le he llamado y está durmiendo, para variar. Al parecer se ha cogido un pedo de puta madre, y el muy idiota me ha mandado a la mierda. Tienes que venir tú.

«Una prueba más de que deberías dejar a ese gilipollas», pensé, pero lo callé una vez más.

Le di un par de vueltas y decidí claudicar. Aquella noche no habíamos practicado y me encontraba bastante cachondo. A lo mejor acabábamos follando en algún portal u otro sitio igual de morboso, un buen colofón para un día entre semana.

—Bueno, vale… —dije suspirando—. Pero el taxi lo pagas tú…

Pero Sonia, para variar, tenía respuesta para todo.

—De taxi, nada… —respondió—. Cógele a Juan las llaves de su coche y vente con él. Estamos en la calle que te acabo de enviar por *wasap*. El coche tiene GPS.

Alucinaba en colores. ¿Cogerle el coche a Juan?

—A ver, hermanita —repliqué confundido—. ¿Tú eres consciente de que yo no tengo carnet de conducir?

Se lo pensó un segundo.

—Pues no pasa nada —no se cortaba ni con una cuchilla—. Has cogido el coche de papá montones de veces. No veo el problema. Vente despacito y ya está…

—El coche de papá es automático… —le recordé—. No he cogido un coche de marchas en mi puñetera vida…

Me temblaban las rodillas, si ella se empeñaba en que cogiera el coche de Juan, iba a ser difícil hacerla cambiar de opinión. Y eso del embrague y la palanca me aterrorizaba. Ya había intentado conducir un coche con marchas alguna vez y lo había dejado a los diez metros.

—Pues echa un vistazo en *YouTube*, anda… —se burló—. Y que sea rápido que mi amiga Sara está fatal y te necesito lo antes posible.

Discutimos al respecto un par de minutos. Pero con lo cabezona que era mi medio hermana, terminé rindiéndome para no perderme el polvo de la noche.

Recé todas las oraciones que pude y seguí sus instrucciones. Entré a tientas en su habitación, donde Juan roncaba como un camionero, y tras cogerle las llaves del pantalón salí a la calle y me metí en su Golf —su *magnífico* Golf, como él lo llamaba—. Me temblaban las manos, pero no había vuelta atrás. Era el momento de comenzar mi primera lección de autoescuela sin profesor.

Como se me ocurriera hacerle un simple raspón al «fetiche» de Juan, emblema de su personalidad de pijo atontado, era hombre muerto. Así que arranqué lo más lento que pude y, entre tirones y casi sin pasar a tercera, me encaminé hacia la dirección que me había pasado mi medio hermana.

*

Al llegar al lugar de la cita, me encontré a las dos amigas dentro del coche del novio de Sara, quien dormía en el asiento de atrás. Con prisas y pisándose las palabras, me explicaron que tenía que ayudarlas a subir al chico —un tal Toni— a la casa de ambos.

—El muy idiota se ha metido un par de *pastis* —me explicó Sonia en un aparte—, y seguro que duerme hasta mañana. Además está lo otro… Bueno, ahora mejor me callo, luego te lo cuento…

Me había dejado a medias de un chisme que, por la expresión de sus ojos, era de los buenos. Lamentablemente, Sara se había acercado hasta nosotros y nos urgía a comenzar la operación «subir a Toni» lo antes posible.

Cuando comenzamos a sacarlo del coche, entendí por qué me habían llamado. Para subirlo a casa se necesitaba un hombre por lo menos, incluso dos. Más que nada porque Toni medía más de uno noventa y pesaba unos cien kilos de musculitos.

Mal que bien conseguimos subirlo entre los tres y, con un esfuerzo final, lo llevamos hasta su habitación y lo dejamos sobre la cama.

Sara no paró de lagrimear ni un solo segundo. El chisme de mi hermana por fuerza tendría que ver con aquel llanto inconsolable.

Aprovechamos que Sara se dedicaba a desvestir a Toni para meterlo bajo las sábanas y nos largamos al salón. Una vez allí, no pude contenerme.

—¿Qué es ese «lo otro» de lo que hablabas?

—Ufff… —resopló y sacudió una mano en el aire para darle fuerza a sus palabras—. No te lo vas a creer…

Pensé en lo que estaba ocurriendo entre los dos en los últimos tiempos. Eso sí que era increíble. Así que daba igual lo que me contara, cualquier historia de sexo me iba a parecer creíble tras el rollo que nos traíamos ella y yo. Porque no me cabía duda de que la cosa iba de sexo.

—Cuenta, cuenta… —la urgí comiéndome las uñas.

—Pues… —comenzó—. El caso es que la tarde era normal. Habíamos quedado un grupo de gente en casa de una conocida de Sara y de su marido. Ella es Cris, la mejor amiga de Sara. La cosa iba bien, mucho baile, mucho alcohol y todo eso…

»Y, vale… alguien metió la pata con lo de las *pastis*… Pero tampoco es para tanto. En otras fiestas también hemos tomado *pastis* y no ha pasado nada… Así que quien iba a decirlo…

Le daba vueltas a la historia, pero no concretaba.

—Al grano, hermanita, al grano… —intenté que se centrara.

—Pues que Toni se ha tomado dos *pastis*, la suya y la de Sara, que nunca ha querido tomarlas. Y, aparte de darle un subidón, se ha puesto cachondo como un perro…

Vaya, estaba claro que no iba desencaminado, la historia iba de sexo.

—Joder… —suspiré—. Sigue, por dios…

—Tan perro estaba el *jodío* que se ha querido llevara a Sara a follar a una de las habitaciones. Pero Sara se ha negado porque no le gusta su novio cuando se pone bestia, ya me entiendes…

—Sí, me lo imagino… —a la cabeza vinieron mis tirones de pelo que a ella tanto le fastidiaban.

—Y entonces se ha liado.

—¿Se ha liado? —pregunté de forma retórica.

—Sí, se ha liado… —Sonia iba a dos velocidades por debajo de lo que yo necesitaba para que llegara al final. Si Sara volvía a interrumpirnos y la narración se cortaba de nuevo, iba a consumirme por la intriga.

—¿Y cómo se ha liado? —la urgí a que acabara.

—Pues resulta que Toni ha llamado a Sara de todo, y le ha dicho que se iba a follar a la primera zorra que se le abriera de piernas.

—Joder… —aquello sí que me pareció fuerte, se había pasado el tío.

—Pues eso, joder… —Sonia se atusaba la melena mientras hablaba—. Porque al final el muy idiota lo ha cumplido. Un rato después de la pelea, Sara se ha encontrado a Toni en la habitación de Cris… Y, no te lo pierdas…

—¿Qué…? —mi mandíbula casi tocaba el suelo.

—Lo que imaginas… —hizo una pausa teatral y luego prosiguió—. Se la estaba follando de pie contra una cómoda. Los dos rugían como posesos, pero la tal Cris era la que se lo pasaba mejor, por lo visto. Menuda zorrita rompe parejas…

Expiré el aire que había estado reteniendo mientras se explicaba.

—La hostia… —suspiré llevándome una mano a la boca.

—Ya ves, vaya palo… Menos mal que nadie más se ha enterado, ni siquiera el marido de Cris, que si no esta noche habría habido heridos…

Bufé excitado. Imaginaba la escena y me estaba poniendo calentito. Y miraba a Sonia que estaba de lo más sexy esa noche. Tenía que seguirle la corriente. Con un poco de suerte en un rato me iba a comer las tetitas de mi medio hermana en el coche de su novio, que se notaban libres de sujetador por debajo del top.

—Pero bueno —dije para que la morbosa conversación no muriera—. Tampoco es para tanto. Está claro, el tío toma unas *pastis* con alcohol, se viene arriba y se tira a la primera que se le cruza. No es para morirse. Un mal día lo tiene cualquiera.

Creía que mis argumentos eran correctos hasta que Sonia me sacó del error.

—Ya, eso es lo que parece a simple vista —prosiguió, esta vez bajando aún más la voz—.

Pero es que Sara ya sospechaba que el muy cerdo se estaba tirando a su amiga hace tiempo. Resulta que los dos son compañeros de trabajo y Sara estaba con la mosca tras la oreja. Ahora le ha quedado claro. Esos dos llevan follando ni se sabe el tiempo a espaldas de Sara y del marido de Cris. Los muy guarros…

Eso sí que parecía una putada… par de cabronazos... Bueno, mejorando lo presente, porque si Juan se enteraba de nuestro lío también se iba a armar la marimorena.

—Vaya tela de historia… casi que me he puesto cachondo… —bromeé sin mentir ni un milímetro—. Por cierto, ¿cómo es que está tan pedo el chaval?

Sonia rió mi broma y siguió explicando.

—Es que después del lío se ha puesto a beber como si no hubiera un mañana. Sara se ha negado a oír sus explicaciones y él se ha dedicado a empinar el codo hasta que se ha caído al suelo. La gente de la fiesta nos ha ayudado a meterlo en el coche. Y menos mal que tú has venido hasta aquí, hermanito, porque nosotras solas…

Me miraba con ojos tiernos y mi entrepierna se estremeció. Estaba claro que esa noche iba a caer sí o sí…

Intercambiamos miradas y nos quedamos callados unos instantes.

En ese momento apareció Sara.

Afortunadamente, Sonia había tenido tiempo de comentarme la historia al completo. Mi curiosidad había sido satisfecha. Era tiempo de huir, al menos por unos minutos.

Me excusé y me fui al baño. Sabía que las dos chicas necesitaban hablar a solas, y no quise molestar.

*

Mientras desaguaba en el baño pensé en el idiota de Toni. Mira que dejarse pillar dándole lo suyo a la rubia. Porque, aunque Sonia no lo había mencionado, seguro que Cris era rubia… y de bote. Solo una tía buena —y rubia teñida— era capaz de levantar las pasiones de las que hablaba Sonia, hasta el punto de que el príncipe no pueda resistir las ganas de follar con la reina de la fiesta, teniendo a las parejas de ambos a unos metros.

Si el tipo hubiera sido más listo, habría aprendido algo de mí. Yo me llevaba follando a Sonia una semana y el tontaina del novio ni había sospechado la razón por la que su chica le hacía la cobra cada vez que él se acercaba. Menudo bobo. Tanto o más que el gigantón de uno

noventa que dormía unos metros más allá de donde yo vaciaba la vejiga.

Cuando volví al salón, Sonia se encontraba sola de nuevo.

—¿Dónde está tu amiga? —pregunté.

—Ha ido a la cocina a preparar unos cafés.

—Vale… ¿Y nosotros qué plan tenemos?, ¿nos vamos?

Me relamía imaginando lo que iba a hacerle en el coche. Pero Sonia decidió defraudarme.

—No, aún no, es pronto para dejar sola a Sara —replicó mientras en mi rostro se pintaba la desilusión—. A lo mejor hasta me quedo a dormir con ella. Menudo disgusto tiene la pobre. ¿Te importa si no te acompaño…?

Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia. ¿Qué otra cosa podía hacer? Mi polvo de la noche se había ido a la mierda.

—Ah, vale, pues entonces os dejos solas —dije intentando zafarme. Si no íbamos a hacer prácticas, mejor irme a dormir—. Que mañana tengo clase a primera hora.

Le di un beso en el pelo y me dispuse a marchar, pero Sonia me retuvo. En su cabecita bailaba alguna idea que sospeché que me iba a tocar de lleno.

No me equivoqué.

—Espera, antes de irte… ven un segundo…

Me tomó de la mano y me llevó hasta la puerta del balcón, la zona más alejada del resto de la casa. Su tono de voz se redujo tanto que casi tenía que leerle los labios para entenderla.

—Una cosa… —susurró—. ¿A ti te parece guapa mi amiga Sara?

Me quedé de piedra. Y mentiría si dijera que mi entrepierna no experimentó un latigazo. Porque su amiga estaba para parar un tren.

—Espera, a ver si lo entiendo… —dije tragando saliva—. ¿Me… me estás preguntando si tu amiga está buena…?

—Sí, bobo… A ver, ¿está buena o no está buena…?

Sonia sonreía con aquella sonrisa pícara que últimamente exhibía cuando estaba conmigo. ¿Qué se le estaría pasando por la cabeza?

—A ver, Sonia, esa pregunta tiene trampa —protesté—. Diga lo que diga me voy a meter en un lio, fijo…

Nuestros susurros parecían más bien suspiros. Recé para que Sara no volviera todavía, era

obvio que estábamos hablando de ella y lo iba a notar.

—Que no, de verdad… —replicó a punto de soltar una carcajada—. Que no pasa nada. Pero dime la verdad… ¿Tú te la tirarías… si pudieras?

Me apoyé en el marco de la puerta del balcón para no caerme.

—Joder, Sonia, que yo ya tengo bastante contigo… ¿Qué… qué… estás tramando? ¿Me lo puedes explicar?

La camisa no me llegaba al cuerpo. Sonia, sin embargo, se mantenía serena. Estaba seguro de que me iba a proponer alguna de sus locuras.

—Verás… —miró hacia la puerta del salón antes de continuar—. Sara está muy afectada. Pero, más que afectada, está «despechada». Porque la tía está como un queso y oportunidades de ponerle los cuernos a Toni las ha tenido a montones. Aun así, se ha mantenido fiel siempre. Y ahora el muy idiota le hace esto. Tiene un cabreo monumental. Ni te lo imaginas. Ha llegado a decir que se va a follar al primer tío que se encuentre. Y lo ha repetido no sé cuántas veces. Me temo que lo piensa hacer en serio.

Comencé a entender por dónde iban las elucubraciones de mi medio hermana, y sudaba como un pollo.

—No jodas, Sonia, que ya sé lo que quieres decirme —balbuceé—. Pero a mí no me metas en más líos, que te conozco…

Me agarró de un brazo porque notaba que estaba a punto de huir si no me sujetaba.

—Por dios, Fran, ¿cómo vas a negarle el agua a un sediento…? —susurró con expresión grave. Estaba hablando en serio, no me cabía la menor duda—. La chica está de lo más enfadada, y yo me temo que pueda hacer una locura. Tu eres un tío cabal. Y si la tía se va a follar a cualquiera, yo prefiero que seas tú a que se tire a cualquier desalmado que la vaya a hacer más daño. Anda, *porfi*, hazme este favor…

Puso los morritos de niña buena, esos a los que yo no sabía decirles que no.

—Anda, fóllatela, hermanito —insistió—, hazlo por mí…

—Sonia, por dios… —intenté razonar—. ¿Pero qué edad tiene tu amiga? Por lo menos veinticinco…

—Veinticuatro…

—Pues eso, lo mismo da… —tragué saliva—. Es una vieja. Y a mí me da corte follar con chicas de mi edad, ni te cuento hacerlo con una madurita…

—Por dios, Fran, ¿cómo va a ser vieja con veinticuatro? —seguía sus razonamientos inasequible al desaliento—. ¿Pero tú has visto cómo está la niña? Si está que se rompe de buena… Ya quisiera yo…

No sabía por dónde salir de aquel embrollo. Y no quería entrar en una discusión entre cuál de las dos estaba mejor. Sara estaba más que buena. A decir verdad, estaba para mojar pan. Una mujer que jugaba en una liga a años luz de la mía. Echarle un polvo no estaría nada mal.

Pero Sonia era más terrenal, más asequible. Y, con perdón de las virtudes de la tal Sara, yo a quien quería follarme esa noche era a mi medio hermana, no a su amiga.

Además, había que pensar en las consecuencias. ¿Qué pasaba si a la guarrilla le gustaba mi «tranca» y se encaprichaba de ella? ¿Empezaría a perseguirme y me encontraría con dos rollos a espaldas de sus novios, Juan y Toni? Tener una amante es una complicación de narices. Todo el día en vilo, sospechando que el novio se da cuenta de lo que ocurre… Ufff… Si eso pasaba con un solo cornudo, no quería ni imaginarme loque ocurriría con dos.

—¿Y qué pasa con nuestras prácticas? —le solté de sopetón como última excusa.

—¿Con nuestras prácticas? —caviló—. Pues nada, qué va a pasar… Hazte a la idea de que lo que hagas con Sara es una práctica más. Aunque la chica sea otra, el objetivo es el mismo: aguantar lo más posible y hacer que se corra como una perrita…

Su sonrisa le crecía por momentos. Sabía que estaba a punto de llevarme al huerto.

—Joder, Sonia, miedo me das… —dije casi entregado—. De todas formas, ¿por qué crees que ella va a aceptar follar conmigo?

—Eso déjamelo a mí… —dijo tan segura de sí misma como siempre.

Como no le dije que no, ella asumió que había claudicado y me dio un abrazo de hermana agradecida.

—Gracias, hermanito, no sabes cuanto te quiero…

Y entonces me explicó su plan.

—Mira, tu vete al baño y espérala allí. Yo hablaré con ella y la convenceré de que eres el chico apropiado para vengarse de su novio. Que si eres un tío sano y deportista, que si follas como los ángeles, que si tal…

—No fastidies que le vas a contar lo nuestro.

—No, no… por dios —me tranquilizó—. Lo nuestro es ultra secreto… Nadie más que tú y yo lo podemos saber, recuerda… Todo lo que le cuente le diré que lo sé por tus novias…

—Ufff… qué susto… —le reconocí.

Me tomó del brazo y me llevó hasta la puerta del salón.

—Venga, vete para el baño y espérala allí. No creo que tarde mucho en convencerla.

—¿Y si no?

—Pues si es que no, te doy un toque y te largas para casa. Yo me quedo con ella a dormir y mañana será otro día, qué se le va a hacer…

—Vale… —acepté por fin, dirigiéndome al baño con los hombros caídos.

Seguí las instrucciones de Sonia y durante media hora estuve esperando a que alguna de ellas apareciera. No sabía a cuál de las dos preferiría ver entrar por la puerta. Una sería para echar un polvo. La otra para irme a dormir.

Hubo momentos en que prefería lo segundo.

El tiempo pasaba y los nervios me consumían, llegué a mear dos o tres veces durante la espera. Y, cuando al fin la puerta se abrió, el rostro de la elegida apareció ante mí.

Luego cerró la puerta a su espalda y le puso el pasador.

A Sara también le temblaban las piernas.

*

SONIA

Me moría de sueño. Bostezaba de cuando en cuando y miraba el reloj de pulsera de forma constante. Ya llevaban los dos en el baño un cuarto de hora, pero no podía saber cuánto tiempo les iba a llevar quitarse las vergüenzas y ponerse a follar.

Convencer a Sara de que, si la decisión de ponerle los cuernos a Toni era en firme, mi hermano era la mejor opción, no había sido fácil. Ella prefería a alguien más maduro y, sobre todo, poder seleccionarlo a su medida.

Yo la contratacaba argumentando que un hombre más maduro no sería para echar un polvo. Que, si lo hacía así, podía mezclar sin querer los sentimientos con el sexo y eso complicaría aún más las cosas.

Por ese lado, conseguí que la idea le fuera calando. Hombre joven: sexo sin ataduras. Hombre maduro: sexo con sentimientos, peligro de emocionarse demasiado. Y sabía que ella no

quería perder a Toni, el amor de su vida, de ninguna de las maneras.

Cuando la balanza comenzó a inclinarse hacia mi medio hermano, pasé a la parte morbosa. Y le hablé del pedazo de tranca que se gastaba Fran. De su glande grueso y colorado, que se asemejaba a la cabeza de una seta. De su largo tronco, surcado de venitas como si se tratara de un árbol grueso y milenario. Y de sus huevos, gordos y suaves al mismo tiempo, los mejores para gozar cuando golpeaba con ellos tus muslos y tu vulva al ritmo de sus embestidas, jóvenes y firmes.

—¿Y tú cómo sabes todo eso de tu hermano? —me preguntó al verme describir el asunto emocionada—. ¿No te lo estarás tirando?

Me di cuenta de que había metido la pata, pero intenté arreglarlo como pude.

—Por dios, Sara, ¿cómo me voy a estar follando a mi hermano? —me apresuré en responder—. Sé que tiene una tranca porque se la he visto en la ducha, y lo demás lo he visto cuando se tira a sus ligues sin cerrar la puerta de su cuarto, el muy cochino…

—Ah…

Pareció tragárselo y yo suspiré. Con mi relato los colores se le habían ido subiendo poco a poco. A la media hora ya bufaba de las ganas de pillar a mi hermano. Era el momento de actuar antes de que se volviera a enfriar. Así que no esperé más, tiré de ella hacia el baño y golpeé la puerta para no dejarle vuelta atrás.

Cuarto de hora más tarde me preguntaba si ya llevarían follando un rato o si todavía estarían estudiándose como los dos desconocidos que en realidad eran.

Confiaba en Fran, quien una semana atrás era un yogurín sin experiencia con las chicas. Ahora, sin embargo, se mostraba como un malote sin escrúpulos, que pedía perdón antes que permiso. De «te importa si hago…» o «te molestaría si…» había pasado en pocos días a manejarme a su antojo, tratándome como a una vulgar puta.

Y eso me ponía como a una perra.

Sin pedir permiso, me ponía de frente o de espaldas, bocarriba o bocabajo, y me follaba sin escrúpulos, tirándome del pelo y con ganas de darme algún cachete en el culo, cosa a la que aún no se atrevía. Yo le había marcado los límites, pero a veces me apetecía que los sobrepasara porque era la forma en que llegaría más rápido al orgasmo, objeto y fin de nuestras prácticas.

Así que no dudaba de que Fran le iba a echar un buen polvo a mi amiga. Uno de esos que no se olvidan. O que al menos no lo olvidas para manejarlo como arma contra tu pareja infiel. «¿Tú quieres ponerme los cuernos? Pues ten cuidado que yo tengo con quién ponértelos a ti. Y folla mejor que tú cien veces, pichacorta…».

Me reía para mis adentros con mis cavilaciones calenturientas. En realidad no tenía ni idea del tamaño del aparato de Toni, pero ni con su gran altura imaginaba que llegara a la mitad del de mi medio hermano.

Un rato más tarde, estaba convencida de que Sara ya estaría jadeando… y quizá camino de su segundo orgasmo.

Eso era lo que pensaba, convencida al cien por cien.

Pero entonces entró el mensaje de *wasap* de Fran.

Para desengañarme.

Desbloqueé el móvil y leí.

FRAN: Oye, hermanita… Tenemos un problema.

SONIA: Un problema?

Me asusté. Algo no iba bien. Lo pensé un instante. ¿Serían los condones? No creía, le había pasado a Sara una tira con cuatro. Tampoco creía que iban a ser capaces de llegar a semejante número de polvos dos desconocidos como eran ellos pocas horas atrás. De todas formas, tenía más preparados, por si hacían falta.

FRAN: Sí, un problema…

¿Por qué Fran no iba al grano? Joder, me estaba poniendo de los nervios.

SONIA: Pues cuéntamelo y no repitas, por dios…

FRAN: Es que…

No terminaba de explicarse el muy tontaina.

SONIA: Qué, joder, qué?

FRAN: Pues que Sara no quiere follar…

¿¡Qué…!? No podía creerlo. ¿Tanto remar para morir ahogada en la orilla? Menuda putada. Esto sí que me había pillado desprevenida.

SONIA: No me jodas… No quiere…?

FRAN: No…

SONIA: Me cago en la leche…!

FRAN: El caso es que…

SONIA: Al grano, Fran…

FRAN: Pues eso, que tampoco quiere dejar pasar la oportunidad, que dice que tú tienes

razón, que mejor hacerlo conmigo que con un madurito… Oye, qué es eso del madurito…?

Lo pensé un instante, incluso estuve a punto de aclarárselo, pero me enfadé conmigo misma por dejar que Fran me dispersara.

SONIA: Da igual, olvídalo… Pero, dime, le has enseñado tu… tu polla… para que la vea…

FRAN: Sí, es lo primero que me ha pedido. Me la ha tocado y hasta me ha pajeado un poco hasta que se me ha subido del todo. Luego es cuando se ha echado para atrás… Yo creo que se ha asustado al ver cómo es…

No me extrañaba, ver aquel pollón y tocarlo con la mano era para corazones fuertes. Y Sara nunca había follado con otro que no fuera su novio. Tenía que haberse acojonado al verlo si el pichacorta de Toni era justamente eso: un «pichacorta».

FRAN: Qué hago…?

No tenía ni idea sobre qué contestar. Me había descentrado por la sorpresa y tenía que concentrarme de nuevo. Seguro que habría una solución. Y si no la encontraba, pues abortaba y ya está, tampoco era para morirse del disgusto.

A ver, si Sara no quería follar, a lo mejor…

De pronto se me encendió una luz en la cabeza.

SONIA: Fran, espera… pregúntale a Sara si te haría una mamada.

FRAN: Qué…?

SONIA: Joder, Fran, una mamada, necesitas que te lo deletree…?

FRAN: No, no… Vale… ya le pregunto…

Pasaron dos minutos y no me llegaba una respuesta. Iba a volver a preguntar cuando me llegó el mensaje de Fran.

FRAN: Que dice que sí… que me la chupa… que eso le da menos cosa…

¡Eureka! Lo había conseguido.

SONIA: Vale, genial… Pero una cosa, Fran…

FRAN: Qué cosa…?

SONIA: Haz que te la chupe como tú sabes… sin cariñitos… lo pillas?

Sabía que me estaba entendiendo, porque habíamos hablado sobre el tema en alguna ocasión antes.

Enseguida respondió, lo había comprendido a la perfección.

FRAN: Vale… pero si se mosquea me cubres, eh?

SONIA: Por supuesto… Y otra cosa… haz fotos con el móvil y me las envías de vez en cuando… Si te pregunta Sara por ellas, le dices que yo se lo explico luego.

FRAN: Ok

*

SONIA

Pasaron cinco minutos antes de que comenzaran a llegarme las imágenes desde el móvil de Fran. A medida que llegaban, las instantáneas iban subiendo de nivel.

Nivel de morbo, quiero decir.

En la primera, se veía a Fran despatarrado y sin ropa inferior. Se había sentado en el inodoro y había puesto a Sara de rodillas ante él. Mi amiga abría la boca y con la lengua le estaba lamiendo el glande. Se veía que había hecho lo mismo con el resto del tronco porque brillaba la saliva en toda su longitud.

En la segunda, el pollón de mi hermano silueteaba la mejilla de Sara, que ya chupaba la verga como si fuera un *chupachups*.

En la tercera, Fran le había hecho un recogido del pelo por detrás y le agarraba de la melena por la raíz. Se venía lo mejor.

La siguiente foto mostraba unos ojos de Sara muy abiertos que miraban a Fran desde abajo. Fran le sujetaba por el pelo y había empujado a mi amiga hasta tragarse casi todo el pollón. Se debía de estar ahogando y ella le pedía clemencia.

En la siguiente se veía claramente que era cierto que se ahogaba. Sara luchaba por levantar la cabeza, pero Fran se la retenía sin permitírselo. La cara de Sara se notaba muy colorada.

No había tregua, en la siguiente foto Fran la había liberado de la presa y se veía a Sara toser y escupir las babas que le salían a borbotones por la boca. Su rostro estaba amoratado por la falta de aire.

Luego dejaron de llegar fotos por unos minutos. Claramente, Fran quería dedicarse a disfrutar de la mamada sin mayor distracción.

Al observar la penúltima foto me sentí feliz. La imagen era de lo más morboso: Fran se

había puesto en pie y sujetaba por el pelo a Sara, levantando la cara de susto de mi amiga; con la otra mano se pajeaba con urgencia y de la punta del pollón salían chorros de lefa que iban cayendo sobre la cara y la boca de Sara, que sacaba la lengua para recibirlos.

Era la misma Sara la que sujetaba el móvil. La muy perra había entrado por fin en el juego.

En la última foto, Sara miraba a la cámara sonriente. ¡Había triunfado! La lefa le colgaba de los carrillos, los ojos y el pelo. Mi amiga, además, escupía la que le había entrado en la boca y le iba escurriendo desde la barbilla hacia las tetas.

Aquella sesión de sexo fotográfico había sido un acierto. Con aquellas imágenes, Sara iba a poder darle en el morro a su novio. No iban a quedarle ganas de volver a ponerle los cuernos en mucho tiempo.

Por supuesto, en ninguna de las fotos se veía quien era el tío que había pringado de leche la cara de su chica.

*

FRAN

Nos tomamos la penúltima en el salón, mientras Toni seguía roncando en su habitación ajeno al tamaño de sus cuernos. Sara se había limpiado ligeramente los manchurrones de semen, aunque no lo había hecho del todo, dejando los más procaces secarse a ojos vista. Se diría que los trataba como heridas de guerra que exhibía con orgullo.

La primera copa fue más que divertida, explicando a Sonia cómo habíamos llevado a cabo la proeza del baño. Entre risas y comentarios libidinosos, llegamos a brindar por las mayores tonterías. La segunda, sin embargo, demostraba que la noche avanzaba y que todos nos caíamos de sueño.

Al final, antes de que amaneciera, tuve que darme por vencido y marcharme a casa sin lograr mi objetivo: follarme a mi medio hermana, un polvo rápido en el baño me habría bastado.

Un rato más tarde, me pajeaba solo en la cama, fantaseando con las virtudes de Sonia. Aunque se me hacía imposible evitar que se me cruzaran imágenes de la preciosa boquita de Sara, y de su lengua procaz, que me había extraído hasta la última gota de leche.

Después me dormí en un sueño sin sueños.

Había valido la pena la noche, al fin y al cabo.

PRIMERA TARDE CON HELENA

FRAN

Cuando faltaban dos días para la primera prueba, Sonia me pidió a espaldas de su novio que subiera a su habitación con urgencia. Juan y yo veíamos en ese momento un partido de champions y tuve que inventar una excusa para ausentarme por unos minutos. Perderse un partido así necesitaba de una razón de peso. Aunque, estaba seguro de ello, en su vida podría llegar a suponer que me estaba follando como un loco a su chica.

Entré en la habitación y Sonia corrió el pasador. A continuación me pidió que cerrara los ojos. Cuando me dijo que podía volver a abrirlos, mantenía sobre su mano derecha varias grageas de color azul.

—¿Pastillas? —susurré perplejo—. ¿Qué es esto, éxtasis?

Sonia rió con la bonita sonrisa que me regalaba últimamente.

—¡*Viagra*, so bobo…!

Casi me da un infarto.

—¿*Viagra*…? —balbuceé abriendo los ojos como platos—. ¿Para mí?

—Hombre, hermanito, no va a ser para mí —dijo, y volvió a mostrar su dentadura al completo con una muestra de picardía.

Como me vio atolondrado, me explicó su plan.

—He conseguido estas pastillas a través de mi amiga. Una para cada día y una más de reserva por si acaso. Tienes que tomártela una hora antes de la prueba, más o menos. El efecto dura entre tres y cinco horas… ¡Suficiente para convertirte en un campeón!

Tomar medicamentos no era lo que más me ponía del mundo. Se podía decir que me gustaba ver a los médicos como a los toros: desde la barrera.

—Pero, Sonia —repliqué—. La *Viagra* me la mantendrá dura, pero no evitará que me corra.

—Y eso qué importa, hermanito —respondió con morritos pícaros—. ¡A nadie le preocupa

si tú te corres o no, mientras la tengas tiesa! La que tiene que «orgasmear» soy yo. A ver si te enteras…

—Eso es verdad, pero…

Seguramente llevaba toda la razón, como siempre, aunque yo no terminaba de entenderlo.

—¿Es que no lo ves? —insistió al verme poco convencido—. ¡Lo único que necesitamos es que se te mantenga arriba aunque te corras, para que así puedas seguir metiéndomela hasta que yo llegue las veces que haga falta!

—Ssshhh… ¡baja la voz! —espeté al ver que se había venido arriba y que elevaba el tono.

—Uy, perdón… —dijo soltando una risita y llevándose la mano a la boca.

—No, si al final el tonto de tu novio terminará por enterarse.

—Tranqui, ya me inventaré alguna otra trola…

Me acaricié el mentón pensativo. Podría ser que tuviera razón. Si yo me corría, pero seguía con la polla dura, podría seguir bombeando sin necesidad de parar.

—¡Joder, tía, qué buena idea! —solté al entenderlo del todo.

—Lo ves… tu hermanita nunca falla… —dijo poniendo dos dedos en «V».

Reí su salida y ella se lanzó sobre mí. Nos dimos el abrazo que seguramente no nos habíamos dado nunca antes.

Me cuidé de no darle un beso, sin embargo.

Me jugaba la entrepierna, y lo sabía.

*

El día de la primera prueba llegamos con tiempo de antelación. Estábamos ansiosos por empezar. O, más bien, por terminar. Temíamos quedarnos sin el dinero para el viaje de Sonia, en el caso de que algo saliera mal.

Nos recibió la profesora en persona en la puerta de su despacho. Las oficinas estaban ya casi vacías, el experimento se iba a realizar en la tarde-noche para evitar que ojos curiosos pudieran interrumpir el proceso y echarlo todo a perder.

Entramos en el despacho donde mantuvimos la entrevista anterior y la profesora cerró la puerta a nuestras espaldas con el pasador de seguridad.

Pero no estaba sola.

De entre las sombras apareció un tipo de mediana edad, traje recién planchado y pajarita de flores sobre camisa rosa. Un hortera de libro. Su pelo punteado de canas y el bigotito recortado le daba un aire de dandi de medio pelo que tiraba para atrás.

Sonia y yo nos habíamos quedado parados. Lo que íbamos a hacer era lo suficientemente íntimo como para no esperar mirones. Y la imagen del tipo no era otra que la de un *voyeur* cachondo.

La profesora, al observar nuestra sorpresa, se apresuró a hacer las presentaciones.

—Veréis… os presento a Diego Suárez —dijo tomando del brazo al *voyeur y* mostrando una sonrisa de dentífrico—. Él es el catedrático que dirige mi tesis doctoral… y mi marido.

La mandíbula se me descolgó hasta casi tocar el suelo. Y al mirar a Sonia comprobé que la suya no andaba mucho más arriba.

Sin darnos tiempo a responder, el tipo se echó hacia adelante y nos saludó por turnos. Conmigo se limitó a darme la mano con frialdad, una apretón seboso y húmedo. En cambio, a Sonia le dio un abrazo que duró más de lo considerado decente, además de que me pareció —y luego Sonia corroboró— que había aprovechado para tocarle el culo.

Un *voyeur* y un *tocón*, puntualicé para mí.

—Encantado —había dicho el tipo al saludarnos como si fuéramos amigos de toda la vida.

—Hola… —replicamos Sonia y yo al unísono.

Mientras sobaba a mi medio hermana, yo no dejaba de cavilar para mis adentros. ¿Aquel tipo era el marido de la preciosa Helena? Por dios, si le debía de sacar no menos de diez o quince años.

Cabreado como estaba, me fijé en su frente. Entre las canas repeinadas hacia atrás en perfecta alineación, existían dos espacios ideales para colocarle un par de buenos cuernos. Por cerdo y aprovechado.

Sonia y yo nos miramos un segundo. En la cabeza de los dos bullía la misma pregunta: ¿Aquel dandi de medio pelo iba a asistir a nuestras sesiones de sexo? ¿O solo nos lo estaba pareciendo a nosotros?

La profesora debió de leer la duda en nuestros ojos y se apresuró en aclararla para evitar malos entendidos.

—Oh, no os preocupéis, Diego solo quería saludaros, pero no se queda. Dice hola y se va…

Mi suspiro de alivio se sincronizó con el de mi medio hermana.

Así que el tipejo repitió el saludo inicial, en esta ocasión sin que Sonia se dejara achuchar, y en pocos segundos había abandonado el despacho de la profesora.

Había llegado la hora.

Las piernas comenzaron a temblarme. Era el momento de la verdad.

Antes de echar a andar, recé todo lo que sabía. No estaba yo muy seguro de conseguir dar la talla.

*

Helena nos pidió que la siguiéramos y pasó al laboratorio donde se iban a celebrar las pruebas.

Me fijé en la profesora mientras seguía sus pasos. Iba tan impecablemente vestida como el día que la conocí. Se había colocado su bata blanca sobre una falda de vuelo a medio muslo, una blusa parecida a la del primer día y… aquellas mismas medias de color crema transparente que tan cachondo me habían puesto.

Algo se había cambiado, sin embargo, que la hacía mucho más guapa: el pelo se lo había recogido en una coleta —lo que restaba unos años a su excesivamente «formal» aspecto— y se había colocado unas gafas color lila que remarcaban sus espectaculares ojos castaños.

Sonia se dio cuenta de que no se me había pasado la fascinación de la primera vez y me propinó uno de sus temibles codazos. El golpe dolió sobremanera, porque había bajado la guardia y no me lo esperaba. Me quejé con la mirada y ella no se cortó, haciendo una seña para que entendiera que me estaba vigilando.

Joder, ¿estaba celosa de la profesora mi medio hermana o solo me lo parecía a mí?

Al cruzar la puerta del laboratorio, Helena cerró el seguro interior tras de sí —máxima seguridad, como en la primera puerta— y a continuación nos presentó el que iba a ser nuestro centro de trabajo.

—Este es el laboratorio —extendió los brazos para abarcar el espacio—. ¿Qué os parece? ¿Os gusta?

Asentimos ambos sin mucho interés. Se trataba de un lugar más bien neutro y sin mucho que reseñar. Ajena a nuestros pensamientos, Helena se dedicó a explicarnos todo lo que allí había.

Se trataba de una amplia sala con una mesa en una esquina donde descansaba el ordenador de lectura de datos. La «famosa» camilla especial de la que nos había hablado en la primera reunión ocupaba el centro de la sala, y tres sillas se alineaban en un lateral. La pared estaba cubierta de diversos cachivaches médicos y un armario metálico con puerta de espejo.

«El almacén de los condones», pensé divertido.

A continuación nos llevó hacia una puerta situada en la izquierda de la sala y que conducía a lo que parecía una consulta médica. A la izquierda, contra la pared, se ubicaba una camilla; a la derecha, un biombo para cambiarse de ropa; y al fondo, una mesa con dos sillas y un armario alto donde se guardaba la ropa de trabajo.

—Este despacho lo utilizaréis como vestidor —nos explicó—. En el armario hay unas batas de hospital. Desnudaros por completo y ponéroslas. Podéis dejaros puestos los calcetines, si lo preferís, el laboratorio es algo fresco.

—Sí, hace un poco de frío aquí —corroboró Sonia.

—A mí me da igual, no soy friolero… —disentí—. Además, los calcetines son muy poco sexys.

Reímos mi chiste y la tensión se fue diluyendo.

—Bueno, si no hay ninguna duda, podemos empezar —dijo señalando el vestuario—. Cambiaros y salid cuando estéis preparados.

Confirmamos que habíamos entendido sus explicaciones y salió del vestidor para preparar el ordenador y los demás cachivaches, entre los que destacaba el casco de electrodos que iba a lucir mi medio hermana en unos minutos.

*

Sonia y yo nos cambiamos en silencio. Había entre los dos bastante confianza, no en vano llevábamos follando varias veces al día en las dos últimas semanas. Aun así, parecía producirse una situación de cierto pudor al encontrarnos en un lugar desconocido.

Tensos como nos hallábamos, al ponernos las batas nos dio por reír. Aquellos batines de hospital eran de esos que se atan a la espalda y que no te tapan casi nada. El culo, por supuesto, se quedaba al aire completamente y, en mi caso, como Sonia comentó con sorna, la punta del pollón asomaba por debajo del borde. La bata de ella, además, disponía de cortes redondeados a la altura de los pechos para que estos estuvieran accesibles al compañero sexual de la chica.

Sonreí con picardía, estirándome el aparato por debajo de la bata y me miré en un espejo para hacer posturas de Tiktok.

—¿Por qué sonríes tanto? —preguntó Sonia tirando de sus calcetines hacia arriba. ¿Estás contento con el atracón que te vas a dar conmigo, eh?

—Oh, no, no es por eso…

Ella seguía tirando de los calcetines, pero eran tobilleros y no daban más de sí.

—El próximo día me traigo unas medias.

—Unos pantis, casi mejor.

Volvimos a reír y eso ayudó a lograr la distensión que necesitábamos.

Unos minutos más tarde, Sonia se hallaba semi tumbada en la camilla con el casco que la asemejaba a un astronauta. Yo me había situado de pie entre sus piernas.

La profesora, por su parte, sujetaba con una mano una tablilla metálica con pinza donde había colocado un puñado de formularios para, suponíamos, ir tomando notas durante el proceso. En la otra mano manejaba un bolígrafo *Bic* al que mordisqueaba constantemente la capucha.

—¿Como vais a empezar? —dijo la profesora cuando estuvimos preparados—. ¿Sexo oral, como os recomendé?

—Sí, eso es —respondió Sonia. Yo no había abierto la boca desde que habíamos salido del vestuario, parecía que se me hubiera comido la lengua el gato.

—Adelante, pues —replicó Helena y se echó unos pasos hacia atrás, quedando a mi espalda y un poco a la izquierda.

*

El tiempo de las palabras había concluido.

Era tiempo de actuar.

Así que me dispuse a la faena.

Como aplicado alumno que era, empecé a utilizar los trucos que me había enseñado mi medio hermana en los días anteriores. Para que entrara en calor, le lamí el interior de los muslos hasta que empezó a respirar fuerte. Después ataqué su rajita suavemente, al principio, ganando velocidad con el paso de los segundos.

—¿Qué tal…? —le susurraba.

—Muy bien, así… por ahí… sigue… sigue…

Dedicaba mayor tiempo a su «botoncito», porque sabía que era su punto neurálgico. Ella, a su vez, se masajeaba ese punto con el dedo corazón cuando yo me dedicaba a los labios inferiores.

De vez en cuando me incorporaba y le dedicaba unos segundos a sus tetitas. Lamía y succionaba sus pezones suavemente. Como apoyo al proceso, en ocasiones le introducía un par de dedos en el conejito —Sonia prefería dos dedos a uno solo— y masajeaba la húmeda piel interior con un suave mete-saca.

En pocos minutos ya notaba su agitación interior. Había conseguido excitarla con bastante rapidez, y eso que estábamos en un sitio «frío» y con una extraña observando cada movimiento.

—Hummmm… hummm… —ronroneaba mi medio hermana.

—Vamos, guarrilla… —la animaba en susurros—. Dámelo todo…

Sonia había mantenido los ojos cerrados desde el principio para aislarse de aquel ambiente y estaría, supongo, en su mundo de fantasías. ¿Pensaría en alguien similar a la «Lucy» de mis ensoñaciones eróticas? ¿Quién sería el afortunado? Esperaba que no fuera el gilipollas de Juan, se me cortaría el rollo si se trataba de él.

Algo había, sin embargo, que empezaba a preocuparme. Intentando disimular, en cuanto podía bajaba una mano a mi entrepierna y me pajeaba para hacer crecer mi instrumento. Sin éxito, por el momento.

Unos minutos después, Sonia empezó a estremecerse y a dar saltitos con las caderas sobre la camilla.

—Venga, hermanita, que te voy a follar hasta dejarte seca… —le decía guarradas como habíamos pactado.

—Ay… sí… sí… quiero tu polla… quiero tu polla…

—Tranquila, putita, que te la voy a meter hasta que te parta el coño en dos... —por cada palabra soez ella sufría un espasmo y yo lo notaba.

Estaba a punto, lo sabía.

Y no me equivocaba.

En pocos segundos el orgasmo de Sonia estalló. Mi medio hermana saltaba sobre la camilla entre estremecimientos, mientras se mordía la manga de la bata para ahogar los gemidos.

Los muslos se le abrían y cerraban sin control, golpeándome en la cara.

Ignorando sus golpes, seguí lamiéndole entre las piernas para que su corrida se alargara.

En el ordenador se empezaron a oír unos *beep-beep* intermitentes, que se prolongaron hasta el momento en que Sonia dejó caer la cabeza a un lado como muerta. Me sujetó la cabeza para que detuviera mis lametazos, mientras sus jadeos bajaban de nivel.

El primer objetivo se había cumplido.

—¿Qué tal…? —preguntó la profesora al acercarse, tras darnos unos segundos de recuperación.

—Ufff… genial —respondió Sonia soplándose el flequillo y con la sonrisa de recién follada que solía poner.

—¿Y tú? —la profesora había mirado mi entrepierna, donde mi famoso «pollón» aún no había reaccionado.

—Perfecto… todo genial…

La profesora me sonrió y me guiñó un ojo. Era un gesto de ánimo y como tal lo tomé. Esperaba no defraudarla, porque al que le tocaba actuar en la siguiente escena era a mí.

*

Helena nos propuso tomar un descanso de diez minutos. Ese tiempo nos permitiría recuperarnos antes del segundo asalto. Y ella, mientras, revisaría los datos del ordenador.

—En el vestuario tenéis una cafetera recién hecha —nos dijo—. Tomad todo el café que queráis. Es café con cafeína, por supuesto, no quiero que nadie se me duerma esta noche.

Lanzamos una carcajada a coro y Sonia y yo nos retiramos al vestuario.

—¿Te has fijado en la cara de Helena? —dijo Sonia nada más cerrar la puerta.

—No —respondí—. ¿Qué le pasa?

—Se le ha puesto totalmente colorada —ahogó una risita—. Hasta las mismas orejas. Si no fuera una mujer tan formal, diría que se ha puesto cachonda con nuestro numerito.

Iba a responder con algún chascarrillo, cuando de pronto Sonia me apuntó a la entrepierna y soltó extrañada:

—¿Qué le pasa a tu «soldadito»? ¿Por qué no está «en pie de guerra»?

Bajé la mirada y me lo cogí con las dos manos de forma instintiva.

—Pues… ya ves… —respondí acongojado—. Que no hay manera de que se me levante... No sé si será el corte, la frialdad del ambiente… ni idea, chica…

—¿Qué…? ¿Pero… cómo…? —la sonrisa se le iba agriando.

—No sé, esto nunca me ha pasado en las dos semanas de prácticas y lo sabes.

Comencé a meneármela y apenas conseguí que se pusiera morcillona. El gatillazo se veía venir.

—A ver, Fran, por tu padre… —Se puso en jarras y me miró con la mala leche que gastaba en otro tiempo—. ¿Te has tomado la *Viagra*?

—Pues claro —respondí ofendido.

—¿Cuándo te la has tomado? Una hora mínimo, ¿recuerdas?

—Pues eso he hecho, la he tomado en el metro cuando veníamos.

—Entonces, ¿qué pasa?

—No sé, tía, como no la he podido tomar con agua, a lo mejor se me ha atascado en la laringe o algo así.

—¡No me jodas! —dijo entre dientes y corrió a por una de las botellas de agua que la profesora había colocado junto al café.

—O a lo mejor tu amiga te ha dado gato por liebre… —dije para excusarme— que todo puede ser…

Me hizo beber media botella de un trago y luego empezó a masajearme el «soldadito». Pero, aun así, no crecía ni un milímetro.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó asustada—. No podemos parar la sesión.

—Pues… tu verás… —respondí mirando al techo, como despistado.

De pronto cayó en el sentido de mis insinuaciones. Sin decirlo claramente, la estaba pidiendo que sobrepasara una de sus líneas rojas.

Se encaró conmigo con expresión de querer asesinarme.

—¿Qué te la chupe? —Parecía que me leía el pensamiento—. ¿Me estás sugiriendo que te la chupe?

—No, yo solo digo… que si tu amiga se ha equivocado de pastillas… Pues…

—¡Y una mierda mi amiga…! ¡Tú, que eres un gilipollas…! ¡Que seguro que te has

olvidado de tomártela cuando debías! ¡Y por tu culpa vamos a hacer el ridículo ante la profesora…!

Miré hacia otro lado, simulando aflicción. Ella sopesaba la situación y su expresión de enfado iba de mal en peor.

Tenía que decidir lo que haría… Yo me la meneaba sin mucho éxito para que viera las pocas salidas que existían.

Al final tuvo que claudicar, no había otra solución.

—¡Me voy a cagar en tu padre, que es mi tío segundo! —dijo con los ojos inyectados en sangre.

Con malas pulgas corrió a por su bolso, extrajo un frasco de cristal y volvió a mi lado. Me vaporizó varios chorros de perfume y lo untó por todo el instrumento.

—¿Qué haces…? —pregunté extrañado.

—¿Que qué hago…? —me miró enseñándome los dientes—. ¡Arreglar este puto problema! ¡Eso es lo que hago…!

—No, espera… no hace falta que…

No me dio tiempo a terminar la frase. Soltó un taco, se puso de rodillas y comenzó a chupármela con ese estilo peculiar suyo y que yo ya había gozado en una ocasión.

Acababa de romper el artículo III de sus mandamientos básicos. Y, a decir verdad, a mí no me importaba lo más mínimo.

—Joder… Sonia… pero que guarrilla eres cuando quieres… así… putita… así… —Había apoyado mi mano sobre su cabeza y la movía adelante y atrás para acompañar su vaivén.

Me propinó un cachete en el muslo con muy mala leche y me pidió que me callara. El cachete era de los que dolían y opté por dejar de vacilarla.

—¡Deja de hablar y concéntrate, coño…! —acompañó el grito con el sopapo—. ¡Y ni de coña se te ocurra correrte porque te mato…!

El calor y la humedad de su boca me pedían gruñir de gusto, pero opté por controlarme. Tan solo me estiré como si me acabara de despertar, las manos por detrás de la cabeza. Los escalofríos me iban y me venían. Aquella sensación de mi polla en su boca era incomparable a cualquier otro placer.

Mi querida Sonia me la estaba poniendo como un poste, mientras a toda máquina me pajeaba, me succionaba, me relamía…

Era un momento para disfrutar y luego ya discutiríamos lo que hiciera falta.

Pero siempre hay algo que lo estropea.

Porque en ese momento se abrió la puerta y la profesora apareció tras ella.

*

Helena se quedó como congelada. Yo volví la cabeza hacia la puerta y bajé las manos intentando taparme las vergüenzas, encontrándome con la cabeza de Sonia que mamaba con dedicación.

Mi medio hermana solo volvió los ojos y se quedó parada, sin sacarse la verga de la boca.

—Uy, perdón —se disculpó la profesora—. Solo venía a por unos papeles, no sabía que os estabais preparando para el siguiente… Bueno, nada, nada… ya vengo cuando terminéis, no os molesto…

Salió y cerró la puerta en silencio, como si estuviera intentando no despertar a un niño.

Sonia y yo nos miramos avergonzados, nos había pillado infraganti. A saber lo que estaría pensando. Seguro que se imaginaba que éramos unos depravados que solo pensábamos en el sexo las veinticuatro horas del día.

Y no se equivocaba mucho, al menos por mi parte.

Por otro lado, pude corroborar lo que había comentado Sonia unos minutos antes. Efectivamente, la piel de la profesora se había pintado completamente de grana. Pero no solo la cara, sino casi toda la piel nacarada que su ropa dejaba al descubierto: las orejas, el escote, la parte alta de los brazos… Estaba transfigurada en un gnomo, aunque de color rojo, en lugar de azul.

¿Sería cierto que se había puesto cachonda como una perra en celo?, pensé. Una Socióloga de su categoría, después de tantos años de estudio, debería estar acostumbrada a ver cosas como aquel experimento, ¿no? Aunque, y no era falta de humildad, un pollón como el mío no era algo común, o al menos es lo que había afirmado Sonia.

En cualquier caso, su belleza no había disminuido un ápice, yo la había visto tan atractiva como siempre.

Sin hacer caso de mis cavilaciones, Sonia había ignorado la interrupción y había continuado con la mamada. Cuando la dio por terminada, se separó de mi sexo y le dio unos meneos con la mano.

—Vale… —dijo—. Parece que ya está dura…

—Sí, como una piedra —confirmé yo.

—Pues nada, vamos a la sala… —ordenó—. Y que sepas que este tema no se queda así, tenemos que hablarlo…

Tragué saliva.

Aquella había sido una declaración de guerra en toda regla.

Intenté darle un beso en el pelo para reconquistarla, pero ella me esquivó, me propinó un pescozón y se dirigió hacia el laboratorio tirando de mi brazo.

Había llegado el momento de la verdad.

EL PRIMER POLVO

FRAN

La profesora se encontraba en su posición de control, a la espera de nuestra salida triunfal.

Y triunfal debió de parecerle.

Mi polla había crecido hasta su tamaño ideal y por mucho que intentaba ocultarla con las manos no lo conseguía del todo.

Helena intentaba disimular su interés, pero no lo lograba. Me siguió con la mirada y no reparó ni un segundo en Sonia, solo tenía ojos para mí.

Mi medio hermana, viendo que no la hacía ni caso, se puso el casco ella misma y se acomodó en la camilla como le pareció oportuno.

Observé a la profesora por el espejo del armario y descubrí que no dejaba de tragar saliva y de humedecerse los labios mientras me miraba. Se le había perlado la frente de sudor. Aunque debería decir que miraba a la parte inferior de mi cuerpo, que parecía ser la única que le atraía.

Mi bochorno subía de grados, con un corte tremendo por aquella mirada lasciva. Pero ella no se mostraba cohibida, sino todo lo contrario, su descaro era descomunal. Pasaban los segundos y seguía sin quitarme el ojo de encima en ningún momento.

No había ocurrido nada parecido hasta ese momento, y llegué a sospechar que serían imaginaciones mías. Sin embargo, el hecho de que abriera tanto los ojos tras las gafas y que no pestañeara, desmentía esa posibilidad. La forma en que boqueaba, como un pez al que le falta el oxígeno, era otro síntoma evidente.

Saberme mirado por aquella mujer me estremecía de tal manera que temí que me afectara a la hombría, reproduciendo el gatillazo de minutos antes. Afortunadamente, sucedió todo lo contrario, lo sentí crecer aún más. O quizá fuera la *Viagra* que empezaba a hacer efecto. En cualquier caso, sentí hincharse mi autoestima a extremos desconocidos al tiempo que mi verga batía records de dureza.

Seguí a lo mío, intentando ignorarla. Una vez entre las piernas de Sonia, levanté la cabeza y me di cuenta de que la profesora seguía sin percatarse de que podía verla a mis anchas a través

del espejo. Aquella era una situación de lo más excitante, porque yo podía vigilar sus movimientos sin que ella lo supiera. Observar aquel rostro grana que se me comía con los ojos me ponía la polla a reventar.

Mi rabo se agitaba pidiendo guerra. No necesitaba animarlo, parecía haber cobrado vida propia.

—Cuando queráis —dijo Helena dando el pistoletazo de salida.

*

Comencé la función utilizando las artimañas que Sonia me había enseñado, y en unos minutos estábamos follando y sudando por los cuatro costados. La carita de gusto de mi medio hermana era clara señal de que se lo estaba haciendo bien.

Pero el gesto de perra en celo de la profesora, mordiéndose el labio inferior o humedeciendo ambos labios con la lengua, era más excitante que el polvo que le echaba a Sonia sobre la camilla.

—¿Te gusta, zorrita…? —le decía al oído a mi medio hermana, aunque mi pregunta iba más bien dirigida a la putita Helena.

—Sí… sí… dame… dame… —susurraba ella, pellizcándose los pezones.

—Pues esto no es nada… —la amenazaba—. Prepárate para lo que viene, te voy a romper el coño…

—Joder… sí… Francito… hummmfff… sí…

Me follaba a las dos a la vez, aunque la que sentía entrar y salir mi rabo de su cuerpo era la afortunada Sonia, que se retorcía debajo de mí.

Sus gemidos llevaban unos segundos subiendo de nivel. Y yo aún andaba lejos de llegar al punto sin retorno. De repente, tomó mi cabeza entre las manos y la elevó. Su boca estaba entreabierta y su rostro tan colorado como la piel de la profesora.

—Cómeme la boca… —me susurró al oído.

Creí no haberla oído bien. ¿Me estaba pidiendo que sobrepasara otra de sus líneas rojas?

—Pero Sonia, ¿no dijiste…?

—¡No importa lo que dijera…! —me urgió entre jadeos—. Necesito que me la comas. Si no, no voy a poder correrme. Estoy a punto, pero no llego...

Pues sí, no me había equivocado, me estaba pidiendo que rompiera la regla II de sus mandamientos. Allá ella con sus puñeteras reglas, pero aun así…

No podía dejarla irse tan rápido.

—¡Espera, espera! —le dije, igualmente en susurros—. No puedes correrte… aún no…

—¿Pero por qué…? No puedo más… Ya casi estoy… ¿Qué te pasa…?

—Me pasa que yo también estoy a punto… —respondí—. Y si tú te corres, yo no podré aguantar y te lo echaré todo dentro.

No me dejó margen para excusas.

—Lo… siento… no puedo más… —jadeó—. Échame la leche dentro o donde te salga de las pelotas… pero no pares, por tu padre… no pares… hummmfff…

¡A tomar por culo otro de los mandamientos, en esta ocasión el primero de ellos!

Lancé mi boca sobre la suya y se la comí a la desesperada. Primero los labios y luego el interior, que parecía echar humo de lo caliente que estaba. Mi lengua hacía rizos con la suya y se la chupaba como un pirulí. Comer aquella boca jugosa y ardiente era como beber agua tibia en mitad del desierto.

Me sentí complacido de que se hubiera cargado sus propias reglas. Había deseado morderle la boca desde el primer día que follamos en su habitación. Aquel día me había montado la marimorena. Pero el sexo de esta manera era mucho más excitante y, por lo que decía, era su punto gatillo para lanzarse a ver las estrellas.

—Cómemela… así… asíii… —repetía ella con mi lengua jugando con sus babas—, que me…. voy a … correr… Ooohhh…

—Sí… hermanita… córrete… córrete…

La noté contener la respiración y supe que no había vuelta atrás. Sonia se infló como un globo y empezó a estremecerse de inmediato… Y yo con ella. Se agitaba como una florecilla al viento, era gozoso ver su expresión facial mientras lo hacía. Parecía tan buena niña… a pesar de lo puta que me estaba demostrando que era cuando quería.

Sus piernas habían vuelto a enloquecer como en cada orgasmo y su cabeza giraba a izquierda y derecha mientras gemía como una perrita.

—Ooohhh… aaaahhhh… más… más… no pares… joder… joder… —gemía mientras me clavaba las uñas en las nalgas para atraerme hacia ella.

El ordenador volvió a lanzar sus «*beep-beep*» y supe que los datos se estaban recogiendo a

la perfección.

Mientras tanto, sin poder contenerla, mi próstata empezó a bombear y no intenté retener el semen que subía desde la base para ser eyaculado contra mi medio hermana. Una decena de disparos se fueron sucediendo uno tras otro y le llené la vagina de leche, tanta que se le salía pegada a la piel de mi rabo.

Al sentirse rellenar de semen, el orgasmo de Sonia renació y volvió a gritar. Tanto gritaba esta vez, que ni mordiéndose la bata con el brazo dentro consiguió ahogar sus gemidos.

Se estaba llevando dos corridas por el precio de una.

—Así, guarrilla, así… —la animaba sin saber si me escuchaba—. Dáselo todo a la profesora…

El ordenador no paraba de emitir sus *beep-beep* enloquecidos.

*

Mientras sujetaba a Sonia para que no se callera de la camilla, alcé la cabeza y observé a la profesora a través del espejo. Estaba en su sitio, de pie, como hasta ahora.

Sin embargo, algo había cambiado en su postura, erguida y orgullosa hasta ahora: había cruzado una pierna contra la otra, apretándose la entrepierna contra el muslo, y se movía rítmicamente. Mantenía la mirada baja, simulando observar sus papeles, pero los ojos los tenía elevados hacia nosotros y no se perdía un solo detalle.

Creyendo que no era observada, bajó una mano y se alisó imaginarias arrugas de la falda a la altura del coño. ¡Joder! ¿Se estaba tocando «ahí» la profesora o volvían a ser imaginaciones mías? Desde luego, el color grana de su piel le había subido un par de tonos, por lo menos… señal de que no todo era producto de mi imaginación.

La zorrita seguía boqueando como un pez fuera del agua y supuse que acababa de correrse a la vez que nosotros. La muy hija de su madre se lo estaba pasando en grande a nuestra costa.

Volví la atención hacia Sonia. Una vez pasó la tormenta entre los dos, le alcancé unos pañuelos colocados al efecto y cada uno se dedicó a limpiar sus vergüenzas. Luego, la profesora nos propuso un nuevo descanso y entramos en el vestuario.

Sonia pasó revista a mi instrumento y, en este caso, vislumbró con satisfacción que la pastilla azul estaba funcionando por fin. Me dio un abrazo y me permití apretarle una nalga como señal de aceptación.

La cosa seguía bien.

SEGUNDA TARDE CON HELENA

FRAN

La tarde del primer día acabó sin muchos contratiempos. Sonia alcanzó dos orgasmos más y la profesora dio por terminada la jornada.

El resto de la noche transcurrió en silencio entre Sonia y yo. Primero en el metro, camino de casa, y luego durante la cena.

Juan llegó algo después y se llevó de muy malos modos a Sonia hacia su cuarto. Lo sentí por mi medio hermana, porque sabía que el muy cerdo no le perdonaría al menos una mamada. Y con lo cansada y harta de sexo que debía de estar la pobre, chupársela a aquel gilipollas no debía ser un plato de gusto.

Los dos días de descanso tampoco pudimos vernos. El tipejo la había acaparado y no había forma de encontrarnos. Tampoco era gran problema, ya que una vez comenzado el experimento, las prácticas no parecían necesarias.

La noche del segundo día, sin embargo, Sonia me hizo señas desde el baño de la planta baja. Se ponía un dedo en los labios para que guardara silencio y me pedía que entrase con ella. Supuse que no quería jugar al parchís y no me equivoqué.

—He dejado a Juan dormido… —me dijo cuando aseguró la puerta a mi espalda—. ¿Te apetece practicar?

No tuve que contestarle, lo entendió todo con solo mirarme. Me moría por follarla. Y en unos segundos me estaba haciendo la mamada más desesperada que me había dedicado desde el inicio de nuestro trato. Y la única voluntaria, dicho sea de paso.

Acabamos follando en la bañera y, mientras Sonia se esforzaba apretando los ojos para no gritar mientras se corría, en mi imaginación los cuernos de Juan iban creciendo un centímetro por cada embestida de mi rabo al bonito chocho de mi medio hermana.

Los pies, con sus eternos calcetines tobilleros balanceándose sobre mi cabeza, apuntaban al techo mientras le daba lo suyo sin contemplaciones.

—Puto… cabroncete… —rezongaba ella porque seguía follándola después de que se

hubiera corrido sin hacer caso de sus órdenes de detenerme.

*

Al día siguiente tocaba actuación en el laboratorio. Las mariposas de la primera vez ya no revoloteaban en mi estómago. Fue el momento en que comprendí el significado de la palabra «profesional». Pasada la barrera del *amateur*, la seguridad en mí mismo había aparecido, transformando al chico tímido que había sido hasta entonces.

Tuvimos que aguantar, una vez más para desgracia de Sonia, los «achuchones» del marido de Helena. De nuevo nos había recibido junto a ella y se había dado el gustazo de tocarle el culo a mi medio hermana mientras por delante le arrimaba la cebolleta.

La recriminé que no le delatara ante su mujer, pero Sonia solo pensaba en el dinero, y en acabar cuanto antes, y le restó importancia al asunto balanceando una mano en el aire.

—Deja al gilipollas, que seguro que esta noche se la menea soñando con mi culo. Que le den, es lo único que va a tener…

La imagen del muy idiota, el pantalón bajado y con la polla en la mano machacándosela a solas, se me dibujó nítida en la mente. Lo que me parecía ridículo hasta decir basta era que el tipo anduviera achuchando nenas, por muy tiernas y guapas que fueran, cuando tenía todos los días en su cama a un pibón de primera.

*

Cuando la función comenzó, el primer acto transcurrió sin mayor contratiempo. Una comida de coño con la experiencia que había amasado en las semanas anteriores hicieron que Sonia se corriera en mi boca en menos de diez minutos.

Fin de la historia.

Para el segundo acto, la cosa se complicó un poco. La *Viagra* había funcionado perfectamente, pero mi mente estaba en otro sitio y me costaba correrme.

A resultas de esto, mi medio hermana se había corrido ya dos veces, pero yo no terminaba de irme. No era necesario que yo terminara, pero la profesora esperaba que así fuera, o al menos no se decidía a detener la acción, y tuve que tomar una decisión sobre la marcha para acelerar el

proceso.

Cambié mi fantasía habitual —el polvo con Lucy en un pajar donde le estrenaba el culete — y busqué una nueva.

De pronto la imagen del dandi del bigotito surgió de algún sitio y tomó mi lugar frente a mi hermana. Mentalmente le hice un hueco y me dediqué a mirar.

Y fantaseé con una mediocre polla que entraba y salía del coño de Sonia, pequeña pero efectiva, mientras le comía la boca y le decía obscenidades. De las obscenidades, pasaba a las bofetadas, alternando sus dos carrillos, mientras mi hermana le gritaba enardecida: dame otra, dame otra… y por fin el tipejo se decidía a darle por el culo sin pedirle permiso.

Cuando la profesora tocó en mi hombro y me pidió que parase, comprendí que lo que había fantaseado que hacía su marido, en realidad era yo el que lo estaba ejecutando. Movimiento por movimiento. A excepción del intento de desvirgue trasero.

—Ya vale, chico, ya vale… —había dicho para detener el polvo—. Si no te corres, no pasa nada… Ya te correrás luego… Aún queda mucha tarde.

Unos minutos después, mientras nos relajábamos en el vestuario, le pedí perdón a Sonia.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado… —le dije, arrepentido.

Pero ella no parecía habérselo tomado a mal.

—Uffff… hermanito… menudo polvazo… —sonreía pícara—. Si no te para la profesora, me habría corrido por tercera vez… Lo único es que me has dejado el coño destrozado, tendré que darme crema por kilos.

—Vaya, que putada…

—¿Pero, qué te ha pasado? —se había acercado a mí y me había tomado por el mentón—. ¿Tan caliente te pongo…? No lo hubiera dicho, el polvo de anoche fue bueno, pero es que hoy te has cebado, casi te cargas la camilla… jajaja.

Agradecí que se lo tomara tan a la ligera.

—No… no sé… —me disculpé una vez más—. Habrá sido la *Viagra*, que habrá hecho que se me vaya la cabeza… Estaba como loco…

—No, si eso ya… ya lo he visto… —concluyó con una sonrisa y un apretón en mi rodilla.

—Te prometo que no volverá a ocurrir.

—Tranqui, si a mí no me importa, tontito…

Tomamos un café y una botella de agua y nos preparamos para el siguiente acto. El tercero

y último del día.

*

Salíamos del vestuario decididos, pero la profesora nos esperaba en la puerta y nos retuvo.

—Sonia… —dijo mirando sus papeles—, si no te importa, vete situando en la camilla mientras me quedo a charlar un momento con tu novio.

—¿Pasa algo? —dijimos los dos a una.

Pareció que ambos sospechábamos que Helena quería reñirme por lo que había ocurrido unos minutos antes.

—Oh, no… no es nada, de verdad… —respondió mirándola a ella—. Solo diez minutos para un test rutinario que necesito rellenar. Es todo papeleo, nada especial…

La profesora parecía congestionada —el color grana había vuelto a colonizar su piel— y rehuía nuestras miradas, sobre todo la mía.

Sonia me miró un instante y yo me encogí de hombros. Si tenía que hacerme un test, pues qué me lo hiciera y asunto terminado. Cuanto antes empezáramos, antes acabaríamos.

—Ah, pero antes coge una manta del armario por si tardamos un poco —dijo Helena, deteniendo la salida de Sonia—. Si eso, te la pones por encima, no te me vayas a constipar… —sonreía como una buena madre.

Volvimos a mirarnos extrañados, pero Sonia tomó la manta del armarito y salió en silencio. La profesora cerró la puerta tras ella. Ahora estábamos solos los dos, Helena y yo mismo, aunque ella seguía sin mirarme a la cara.

Giraba sobre sus tacones, como buscando algo. Se la notaba cohibida.

Cierto temor comenzó a adueñarse de mí. Algo no iba bien.

«¿Qué estará pasando? —pensé acongojado—. ¿Se habrá dado cuenta de que he tomado la dichosa pastilla azul y eso invalida el experimento?».

Intentaba cubrir mi aparato con las dos manos. Con poco éxito, a decir verdad. La *Viagra* debía de estar funcionando al cien por cien y la verga me había crecido de forma incontrolada. Más que un pollón, ahora parecía el mástil de un velero.

—Ven —dijo empujándome suavemente con su mano en mi espalda—. Siéntate sobre la camilla y apoya la espalda en la pared.

Así lo hice y ella se sentó a mi derecha.

Luego quedé a la espera, mis manos cubriendo cuanto podía.

*

—Verás, necesito comprobar algo… —comentó tragando saliva.

Dejó la tablilla detrás de ella y se acomodó en su postura. Tiró de la falda hacia abajo, que se le había subido al sentarse, aunque me dio tiempo a divisar las costuras de los pantis sobre sus bragas.

Me estaba poniendo muy perro por momentos, aunque estarlo aún más parecía imposible.

—Quita las manos —dijo con voz ahogada—. Necesito mirar una cosa de cerca.

Separó mis manos de la polla y la tomó entre las suyas. Una sujetaba con firmeza el tronco venoso y la otra apretaba mis huevos amasándolos, como queriendo auscultarlos.

—Ufff… sí que se te ha puesto dura… —susurró en un jadeo.

—Sí… para el experimento es lo que se necesita, ¿no…? —repliqué para no parecer mudo.

—Sí, es lo que necesitamos… grande y dura… sobre todo dura…

Una babilla se le escapó por la comisura de los labios, mientras los ojos se le salían de las órbitas.

Empezó a acariciarla con suavidad. Luego, la mano que amasaba mis huevos bajó más abajo y coqueteó con la entrada del ano. Un estremecimiento me sobrecogió, nadie había puesto sus manos en ese sitio sagrado.

Hasta ahora.

Di un respingo y ella me pidió perdón. Asumí que me estaba auscultando las zonas erógenas por algún interés médico. Y me temí que, de un momento a otro, encontraría la prueba que buscaba y exclamaría: «¡Te pillé, farsante!, ¡esta erección no es natural!», o algo así.

—¿Siempre has sido así de peludito? —dijo en lugar de lo que esperaba.

Yo no entendía nada. ¿De qué coño iba aquello?

—Sí… —respondí—. Desde que tengo trece o catorce… ya no recuerdo…

—Ah, vale… —replicó con voz ahogada.

De pronto, bajó la cara y la arrimó al glande. Lo olisqueó durante unos segundos y después

lo besó suavemente. Luego, sin mayor aviso, empezó a lamer el pollón todo lo largo que era, desde los huevos al capullo y viceversa, de abajo arriba y de arriba abajo.

—Pero… pero… —conseguí balbucear sujetándome a la camilla para no caerme del susto.

—Ssshhh… tranquilo… es solo por el test… —susurró.

Me había puesto tenso como el alambre de un equilibrista. ¿Qué coño hacía aquella mujer? ¿Se le había ido la pinza?

Siempre en silencio, comenzó a pasarse mi pollón por la cara y a manosearlo con fuerza. Un gemido ahogado escapó de su garganta y una luz se encendió en mi cerebro. Aquello no era lo que había creído. Ni de coña. No se trataba de una auscultación genital, sino de una mamada en toda regla.

Sonia se iba a coger un buen cabreo cuando se enterara… Ella trabajando y yo recibiendo el premio de la profesora.

—Mi polla preciosa… —jadeaba Helena restregándosela por las mejillas y golpeándose la lengua con la punta del capullo, antes de comenzar a succionarlo como si se lo quisiera tragar—. Por fin eres mía, por fin…

Ahora entendía el cambio de color en su piel. La profesora estaba caliente como una pavesa. ¡Pedazo de guarra…!

¿Pero que podía hacer ante semejante ataque sin quedar como un imberbe?

—Pare, Helena, pare… —le rogaba sin mucha convicción.

—Solo un momento… solo un momento… —repetía ahogándose con la saliva que segregaba su boca mientras mamaba.

—Ohhh… jo-der… —jadeaba yo ante semejante ataque apretando los párpados para sentirlo mejor.

La dejé hacer por unos segundos. De nuevo se pasaba la polla por el rostro y tuve la sensación de que la estaba mimando como se mima a un niño. ¿Se había enamorado aquella bella mujer de mi pene? ¿Sería el más atractivo, el más largo o el más gordo que había visto en su vida? Porque, imaginaba, en su trabajo habría visto muchos y el mío solo sería uno más. ¿O no?

—Es mía… es mía… —repetía emocionada.

Y yo no pensaba en otra cosa que en huir de ella.

Hasta que tuve un punto de lucidez y aparté los pensamientos timoratos de un plumazo.

¡A tomar por saco mi timidez con aquella mujer! Había soñado con estar a solas con ella

desde la primera vez que la había visto, y ahora la tenía sobre mí, acariciándome y besándome la polla con deleite. No podía quedarme quieto como un adolescente asustado. Que se cabreara Sonia todo lo que quisiera.

—¿Sabe usted una cosa…? —le dije viniéndome arriba.

—¿Qué, qué…? —decía ella con la lengua fuera de la boca rizando y extendiendo su propia saliva sobre mi capullo.

—Que es usted una… una… —no conseguía articular la palabra que mejor le pegaba.

—No… no… te juro que no soy así, es que tu polla me ha vuelto loca…

—Y una mierda, pedazo de… —dejaba las frases sin terminar para que ella misma lo hiciera en su cabeza.

—No… de verdad…

La tomé por la coleta y le levanté la cara unos centímetros.

—Ay… ay… —se quejó al sentirse tirada de la bonita melena—. Me haces daño…

Me miró por primera vez a la cara, preguntándome con los ojos. Y mi respuesta fue inmediata: le puse la polla entre los labios y se la empujé hacia dentro, haciendo fuerza sobre su cabeza con la mano que le agarraba del pelo. No opuso apenas resistencia a la penetración, y mi glande tocó sus cuerdas vocales sin que nada la detuviera.

—Chúpemela como usted sabe, vamos…

—Nommmfff… nommmff… —decía, simulando resistirse.

—Joder que no… cómasela, se la regalo entera…

—Valemmf… valemmf… —decía liberándose de la carne que amenazaba con ahogarla—. Pero no me hagas daño… por favor…

Me había venido arriba y ni yo mismo me reconocía.

—Adentro… y si le hago daño, se jode… —repliqué, y volví a penetrarla hasta que mis testículos tocaron su barbilla.

Como esperaba, no se resistió. Estaba claro, había deseado mi pollón desde que lo viera por primera vez, y necesitaba la excusa de verse obligada para perder el control sin sentirse culpable.

Una furia pareció desatarse en la hasta ahora «formal» profesora, que empezó a chupármela como si no hubiera un mañana. Recordé que mi medio hermana sabía mamar a las mil maravillas. Pero ni de cerca llegaba al ansia con la que aquella mujer se me comía el rabo. Lo

chupeteaba, lo succionaba, lo pajeaba, lo mordía… Las babas se le escapaban de la boca y eso me ponía super cachondo.

—Ssrrlllpppp… Ssrrlllpppp… —repetía llenándolo todo de babas, desde su bata hasta la camilla, llegando a caer al suelo.

Sin premeditarlo, de un impulso me puse en pie. La empujé fuera de la camilla, colocándola de rodillas sobre el suelo. Luego, le metí el rabo en la boca de nuevo y, tomándola de la coleta, empecé a metérselo y sacárselo sin piedad.

Le estaba follando la boca sin conmiseración.

—Parrggaaa… Parrggaaa… —se quejaba ella, sujetándose a mis muslos para no caer por las embestidas.

—Calle y chupe… —replicaba sin dejarla liberarse de mi tenaza.

Le entraba tan adentro de la garganta, que a veces le daban arcadas. Pero enseguida se rehacía, recogía las babas derramadas, las escupía sobre el glande y las esparcía por toda la verga. Luego volvía a metérsela hasta dentro ella misma. Se veía que la estaba gozando.

Este forcejeo duró algunos minutos.

Al cabo, la mirada de Helena cambió. Estaba pensando en un giro de guion y la dejé hacer, soltándole de la coleta.

—¿Qué quiere que le haga ahora…?

—Ssshhh… —dijo por toda respuesta.

Se levantó, se quitó la bata y la arrojó sin cuidado sobre la camilla. Yo la miraba extasiado. A continuación, se subió la falda y, con un gesto urgente, se bajó los pantis y las bragas hasta medio muslo.

—Necesito más… —suspiró con falta de aire.

—Joder, profesora… que mi novia se va a mosquear y va a venir a buscarnos…

Sus ojos, antes inyectados en sangre, ahora eran puras ascuas.

—No te preocupes, estoy a punto… no voy a tardar mucho…

Sin decir más, me tomó de un brazo y me apartó a un lado. Se colocó con las manos apoyadas en la camilla y, con el culo levantado, se subió la falda por la espalda y me atrajo del brazo hacia ella.

—Ven… acércate…

Comprendí lo que quería. Miré su vulva. Era grande, roja como la grana y palpitaba como

un corazón… y me estaba llamando a gritos. Salivé los dedos como había visto a hacer a Sonia y se los pasé por los labios. No hubiera hecho falta, observé, tenía el coño chorreando y no había problemas de lubrificación.

—Venga, vamos, ¿a qué esperas…? —rogó—. Date prisa…

La penetré hasta la base de los huevos de un solo envite. Mi polla entró en aquel coño como un cuchillo caliente penetra en la mantequilla.

—Ufff… sí…. —dijo ella encogiéndose y arqueando la espalda y el cuello—. Así, hasta dentro… joder… Ahora, muévete… dame… dame…

Se me agolpaban las palabras obscenas —zorra, putita—, al recordar que a Sonia le encantaban. Pero con la profesora era incapaz de pronunciarlas. El respeto las apagaba antes de que salieran de mi boca. Aun así, le decía guarradas de vez en cuando.

—Tranquila… tranquila… que pienso darle… pero qué caliente está, profesora…

—Ohhh… Ooohhh…. —replicó agarrándose fuertemente a la camilla para no caerse por mis embestidas.

La estaba culeando como un loco. Un fuego abrasador, cien veces mayor que el de la vagina de mi medio hermana, me quemaba la polla mientras le perforaba el vientre. ¡Aquel coño era el puñetero infierno!

Tan cachondo estaba en ese momento que no me importaba que la cabeza de la profesora golpeara contra la pared, aun a riesgo de que Sonia lo oyera y entrara a preguntar qué ocurría. Pero el clon-clon de su cabeza comenzó a ser tan elocuente, que le pedí que lo controlara.

—Pare… pare… sujétese como pueda, que nos va a pillar mi herma… digo… mi *novia*…

Me mordí la lengua, cabreado conmigo mismo. Había estado a punto de cagarla.

—Espera… espera… —me pidió y dejé de embestirla.

No parecía haber advertido mi error al mencionar a Sonia, y el susto se me pasó.

Cambió de postura y alejó la cabeza de la pared. Apoyó una mano contra el muro, mientras con la otra sujetaba de nuevo la manga de la bata dentro de su boca.

—Ahora… ahora… dame… dame… —pidió.

Su falda volaba adelante y atrás con cada embestida. Al poco, sus muslos y el culo empezaron a cambiarle de color. Estaban tomando el grana del resto de la piel. Me fijaba en ellos, mientras me concentraba en el sonido que hacía el golpeteo de mis huevos contra su coño. Era el ritmo más excitante que había oído en mi vida.

—¿Le gusta así…? —le pregunté.

Ella volvió la cabeza y me miró con ojos lujuriosos.

—Así… sí… muy bien… sigue… no pares… —respondió y estiró las piernas para levantar el culo a mi altura—. Ufff… que bien… ooohhh…

En su rostro había notado que no le quedaba mucho.

Y no me equivoqué.

Sin previo aviso, un estremecimiento amenazó con hacerla caer al suelo. Sus rodillas se habían encogido, antes de empezar a temblar como un flan. Estaba empezando a correrse.

—¿Se corre, profesora…? ¿Se corre…? —pregunté apretándole las tetas por encima de la ropa, conociendo de antemano la respuesta.

—Creo… que… sí… —dijo volviendo a girar la cabeza hacia mí y mostrándome los ojos en blanco.

—Vale… córrase… que yo la sujeto…

—Ooohhh… ooohhh… me voy… me voy… hummmfff… —fueron sus últimas palabras antes de perder el control de sí misma.

La agarré fuertemente por las caderas, aceleré el ritmo de las embestidas y aguanté su orgasmo monumental, que pareció durar una eternidad. Vaya polvazo se está llevando esta tía, recuerdo que pensé.

—No pares… no pares… —repetía entre jadeos con la cabeza apoyada en la camilla.

—Tranquila… que no paro… —le dije sin mentir. De hecho, estaba acelerando.

Y acompañaba sus gemidos con el movimiento salvaje de mis caderas para ayudarla a subir al cielo.

*

—Me voy al laboratorio a seguir con la prueba… —dije cuando todo acabó. Yo no me había corrido y me alegraba por ello. Tenía que pensar en el trabajo.

Mientras la profesora se recuperaba del orgasmo sentada en el suelo y yo me recomponía la bata, pensé que habría quedado exhausta y que daría el asunto por terminado. Pero no fue así, para mi asombro.

Cuando consiguió respirar más calmada, se puso en pie y terminó de quitarse los zapatos, las medias y las bragas, dejando todo ello apilado sobre una esquina de la camilla. Luego, se sentó en el borde y abrió las piernas mostrándome su vulva enrojecida por la cabalgada anterior. Quería más, adiviné, estaba hambrienta como una loba.

No me equivoqué.

—Espera… solo un poco más… —se tocaba la vulva de forma casi grosera—. Después seguimos con las pruebas…

—Joder, es tarde…. —comencé a quejarme—. Sonia debe de estar mosqueada.

Pero ella estaba a medio cocinar. Necesitaba un poco más de cocción antes de sentirse satisfecha.

—Vamos, Fran, por dios, si no me has follado tanto, he tardado solo tres minutos en correrme… No creo que te pida nada del otro mundo…

—Profesora…

—Venga, bobito… —dijo con una sonrisa que invitaba a comerle la boca.

Decidí no hacerme de rogar. Aquello amenazaba con eternizarse y Sonia iba a acabar entrando en el vestuario. Teníamos que acabar lo antes posible, así que mejor no perder el tiempo.

—Vale, como quiera…

La agarré de las piernas por las corvas y la atraje hacia mí.

Ella se sujetaba con una mano a la camilla y con la otra se abría los labios y me mostraba el tremendo agujero que le había provocado con mi pollón unos segundos antes.

—¿Te gusta…? —me provocó.

—Mu-mucho… —respondí.

Menuda pregunta, pensé, ¿que si me gustaba…? Vaya si me gustaba. ¡Menudo chochazo mostraba la profesora sin ningún pudor! Y su aspecto en parte era gracias a mí, se lo había abierto a conciencia con el polvo que la acababa de echar. Porque imaginaba la polla del dandi como un pequeño cacahuete que no debía de servir para nada.

—Pues adelante… haz con él lo que quieras…

La sujeté un muslo con la mano izquierda. Con la derecha, agarré mi pollón por la base y comencé a hundirlo y a extraerlo de su agujero de forma intermitente. No me decidía del todo a follarla.

—Joder, Fran… —se quejó ella mordiéndose el labio—. No me putees así… métemela ya por dios…

Pero mis dudas habían vuelto.

—Se lo he advertido… —refunfuñé—. Sonia va a entrar y nos va a pillar. Luego no me diga que no se lo dije…

—Pues por eso… date prisa y fóllame rápido, que no creo que aguante mucho. Si no te corres tú, no te preocupes, que ya tendrás tiempo con tu… novia…

Mi novia… ufff… Imaginé a Sonia preocupada por nuestra tardanza.

—Me siento muy culpable —repliqué. Le daba vueltas sin querer decidirme, metiendo y sacando el glande ayudado con la mano.

Helena tragaba saliva a intervalos. Su frente no podía sudar más.

—Venga, no me hagas esto… fóllame ya que no tenemos toda la tarde…

Como toda respuesta, situé mi boca sobre su coño y dejé caer un salivazo cargado de babas, que extendí con la lengua a lo largo de sus labios vaginales. La profesora bufaba gozosa.

—Hummmfff… que bien… ooohhh…

A continuación, sin aviso previo, le metí la polla hasta el útero y ella pareció desmayarse, poniendo los ojos en blanco y apoyando la espalda contra la pared. Había vuelto a meterse la manga de la bata en la boca, por lo que sus gemidos quedaban ahogados. Volví a embestirla, cada vez con mayor con fiereza.

—¿Así, profesora… así? —decía sin dejar de mover las caderas adelante y atrás.

—Sí… sí… joder… joder… que bien… Francito… no pares… no pares…

Miré el bello rostro de la mujer que me estaba follando. La hembra más hermosa que había pasado entre mis piernas, a pesar de que era solo la tercera que lo hacía. Ella me miraba con sus ojos castaños entrecerrados y me pedía que no parara. Mientras la embestía, se tocaba con las dos manos por encima de los labios del coño, haciendo giros sobre el clítoris que se hallaba hinchado como una canica.

—Así… muy adentro… todo lo que puedas… —jadeaba mordiéndose el labio inferior y entrecerrando los párpados.

De pronto me apeteció besarla. Me agaché hacia ella, le saqué la bata de entre los dientes y empecé a comerle la boca a lengüetazos y a bocados, mi lengua jugueteando con la suya. Helena se abrazó a mi cuello y enroscó sus piernas en mis caderas para no caer.

—Mmmmfff… mmmmfff… —gemíamos los dos al unísono mientras nos comíamos el uno al otro.

Antes de que me diera cuenta —en segundos, me pareció—, empezó a correrse de nuevo. ¿Tan rápido?, me pregunté. Aunque ya me lo había anticipado, me impresionó la velocidad con la que había llegado a la cima.

—Me voy… me voy… —anunció un segundo antes encorvando el cuello hacia adelante.

Al notar su orgasmo, la sujeté mientras sus piernas se movían sin control. Las caderas se le estremecían y apretaba los ojos como si la estuvieran matando de gusto.

—Así, profesora, así… córrase… —le decía, orgulloso de ser el autor de aquel desbarajuste en sus movimientos—. Y seguía entrando y saliendo de ella para acompañarla.

*

Entonces, sin desearlo, llegó mi turno. Había intentado retener mi orgasmo para no eyacular, quería dejar mi potencia para la última prueba con Sonia. Pero obviamente no lo había conseguido.

—Joder, no… no… —dije para mí.

El semen me subía desde la próstata y mi corrida era imparable. Ella pareció notarlo y, recobrando la lucidez, me gritó asustada acercando su boca a mi oído:

—¡No, tío, no te corras dentro! ¡Por dios, que ahora no estoy tomando la píldora! ¡Córrete fuera! ¡Fuera…!

Pero era tarde.

—No puedo… ooohhh… no puedo… hostias… joder…

Me asusté, el asunto no tenía vuelta atrás y si se la sacaba lo iba a poner todo perdido, desde la camilla hasta la pared. El vestuario al completo oliendo a semen no parecía una situación agradable. Entonces se me ocurrió una idea. Le saqué la polla de dentro y tiré de ella hasta ponerla de rodillas en el suelo. Luego, le agarré de la coleta y le sujeté la cabeza con la cara hacia arriba.

—Se lo tiene que tragar, profesora… no hay otra solución.

—No… no… —movía la cabeza intentando zafarse, pero yo la retenía por el pelo—. Me muero del asco…

La sujetaba para que no se resistiera, sin mucho éxito.

—No luche, por dios, que le voy a poner la cara perdida y Sonia se va a enterar —le dije con el último aire que me quedaba antes de empezar a disparar.

Pero no se quedó quieta, y la fastidió.

Empecé a regar con mi esperma su bello rostro. Mi polla parecía una fuente. Le llené los labios apretados, la nariz, los pómulos, el pelo… Y aquellas excitantes gafas con las que había soñado desde que entré por la puerta de su despacho.

—Lo siento… profesora… joder… joder… —le dije consternado, pero soltando disparo tras disparo sobre ella.

Cuando mi corrida terminó, Helena se quedó desmadejada, se ladeó hacia su derecha y se recostó sobre la camilla, jadeante. Parecía querer dormirse en aquella postura.

—Vamos, profesora, despierte —la urgí, limpiándome con papel higiénico—. Sonia nos está esperando.

—Joder… —refunfuñó con expresión de repugnancia—. Mira cómo me has puesto… Me has pringado entera…

—Lo… lo siento… —me disculpé—. Hubiera sido mejor hacerlo con condón.

—Sí… ya… como si llevara el bolso lleno de preservativos para estas ocasiones… —se lamentó—. Joder… que yo no soy así… que no le he puesto los cuernos a mi marido nunca…

La estaba ayudando a levantarse, cuando se produjeron unos ruidos intermitentes en la manilla de la puerta.

—¿Fran?, ¿Helena…? —se oyó la voz de Sonia mientras intentaba abrir la puerta sin conseguirlo—. ¿Estáis bien? ¿Por qué tardáis tanto?

La cara de horror de la profesora competía con la mía.

EL FINAL DE LA NOCHE

FRAN

Helena dio un salto y cogió la ropa de encima de la camilla, agobiada por la pillada.

—¿Lo ve…? —la regañé—. Se lo advertí…

No me hizo caso y corrió a esconderse tras el biombo. Afortunadamente había tomado la precaución de poner el pasador de la puerta antes de lanzarse a seducirme y eso nos salvó.

—Abre y sácala fuera mientras me visto —susurró—. Cuéntale cualquier excusa, pero por dios no le digas la verdad…

Me puse en su piel y entendí el bochorno que yo hubiera sentido en una situación parecida. Ella, una mujer formal, profesora y científica, se había dejado llevar por la lujuria ante una polla más o menos atractiva. Nada de lo que sentirse orgullosa.

Y yo decidí ayudarla.

Abrí la puerta y tiré de Sonia hacia el laboratorio cuando intentó entrar dentro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Por qué habéis tardado tanto?

Me dolía tener que mentirla, pero no me quedaba otra.

—Nada, lo que ha dicho la profesora… —respondí—. Me ha cribado a tests… Aunque si te digo la verdad, me parecen una gilipollez. No creo que sirvan para mucho.

Sonia me miraba incrédula, pero por fortuna no hubo tiempo para más explicaciones. La profesora salió a la carrera del vestuario, haciendo lo posible por esconder con su eterna tablilla de trabajo los pegotes de semen que le colgaban del pelo y de la cara. Se veía que se había limpiado lo más posible, pero necesitaba un buen lavado de cara si quería cubrir las huellas del delito.

Y luego tendría que recomponerse el maquillaje. Nos iban a dar las tantas.

—Voy un momento al baño —se excusó—, vengo en seguida.

Afortunadamente, Sonia no preguntó nada más. Y, cuando la profesora volvió quince minutos más tarde, las aguas se relajaron y la última prueba de la tarde comenzó. Olisqueé el aire

y entendí que el tufo a perfume que echaba para atrás intentaba cubrir el olor de la leche con la que le había pringado la cara.

—Pues nada, chicos… —dijo en tono desenfadado—. Vamos a por el último del día.

Me palpé la verga por ver si respondía después del polvo que le había echado a aquella mujer de bandera y no me decepcionó. La *Viagra* había hecho su función y mi polla, tras un par de meneos para reanimarla, volvió a tomar el tamaño y la dureza necesarias para proseguir con la tarea de la tarde.

*

Una vez que todo acabó y nos hubimos vestido, nos dispusimos a marcharnos. Apagábamos todas las luces del laboratorio para salir cuando Diego, el marido de la profesora, hizo acto de presencia.

—¿Ya habéis terminado por hoy…?

Sonia y yo le miramos sin abrir la boca. Fue Helena quien respondió a la pregunta retórica.

—Sí, por hoy ya hemos tenido bastante…

—Y, ¿qué…? —se acercó a Sonia y le pellizcó una mejilla—. ¿Muchos orgasmos, pillines?

La mandíbula de Sonia se le descolgó ante semejante grosería y yo tuve que sujetarme para no darle un par de bofetadas a aquel idiota.

—Diego, por favor… —le regañó la profesora.

Aquello no parecía serio. La intimidad y el anonimato en aquel experimento eran condiciones *sine qua non* para mantener la privacidad de los participantes. Pero al tipejo se la sudaba sin duda alguna. Al parecer, lo único que le importaba era permanecer cerca de mi medio hermana y echarle mano a alguna parte de su cuerpo con cualquier excusa.

—Sí, ha habido un montón de orgasmos —le espeté de mala leche, refiriéndome a los de su mujer, más que a los de Sonia. Lo único que me hacía soportable su careto era imaginar su frente con un par de cuernos como dos castillos—. No se imagina cuantos…

—Pues eso es una gran noticia —dijo sin darse por aludido—, tenemos que celebrarlo…

El tipo se empeñó en invitarnos a tomar unas copas en un bar de moda que unos amigos suyos acababan de abrir. Se inició una discusión, el idiota del dandi por un lado y el resto del

grupo por otro. Todos contra él, por supuesto.

Sonia y yo estábamos muy cansados, aducíamos sin dar más detalles, aunque eran fáciles de imaginar. Y su mujer había tenido un día «agotador», primero dando clase, y después conduciendo el experimento.

«Y follándose al becario en el intermedio», añadí para mí, sin expresarlo en voz alta.

Finalmente —el tío estaba acostumbrado a ganar batallas y no se amilanó ni por un instante— se salió con la suya. Media hora más tarde nos sentábamos en la mesa de una terraza en un bar de copas tan abarrotado que no cabía un alfiler. Sonia y yo en un sofá de dos plazas y Helena y su marido en dos sillones individuales frente a nosotros.

De como consiguió la mesa, no se habló ni un instante, aunque el billete que sobresalía de la chaqueta del maître nos daba una idea de sus métodos de persuasión.

*

La noche fue transcurriendo y las copas sucediéndose, todas bajo su estricta invitación. Increíblemente, fue una noche más divertida de lo que todos esperábamos. El tal Diego era un gran conversador y se sabía todos los chistes y chascarrillos del momento.

A eso añadió el presentarnos a todo bicho viviente que pasaba cerca de nuestra mesa —conocía a todo el mundo y todos le conocían a él— y los chismes y las risas se sucedían sin descanso.

Lo único molesto de aquella reunión eran las claras intenciones que aquel ligón de medio pelo tenía para con mi medio hermana. Porque se veía a cien leguas que lo intentaba todo con Sonia, a pesar de estar delante de su mujer y de su supuesto novio. Debo decir que admiraba a Sonia por saber aguantar ante aquel idiota sin casi inmutarse. Al menos hasta cierto momento de la noche.

Transcurrida una hora, Sonia se disculpó y preguntó por el baño.

Y ahí empezó a torcerse la velada.

—Este sitio es muy grande —dijo poniéndose en pie y trastabillando por el alcohol ingerido—, ¿tenéis idea de dónde pueden estar los lavabos?

No me gustaba ver achispada a mi medio hermana. Sabía que en esas condiciones solía bajar la guardia.

El dandi no podía perderse la ocasión, y se puso en pie como un resorte.

—Yo sé dónde está… —dijo tomándola de la mano—. Ven, te acompaño… Así vacío yo también la vejiga.

Sonia me miró como preguntando: ¿Qué puedo hacer? Y en ese momento tuve la sensación de que ella se sentía complacida por las atenciones de un tipo como él. Era un idiota, pero tenía clase. «Incluso era guapo», me diría días después.

Y los dos se perdieron entre legiones de gente, que se movían por los pasillos como hormigas al son de la música de moda.

—Espero que vuelvan pronto… —dije para no quedarme en silencio frente a Helena—. Estoy deseando que nos vayamos para casa y coger la cama en marcha…

—Ufff… —replicó la profesora sonriendo—. Pues espera sentado… porque las colas de los baños en este bar son kilométricas, y más la de las chicas.

No haría ni un minuto que nuestras parejas se habían ido al baño, cuando Helena se levantó y se sentó a mi lado. Se cruzó de piernas y me enseñó más de lo decentemente aceptable. No me corté, sin embargo, le había visto aquella tarde mucho más de lo que ahora enseñaba, por lo que me atreví a mirarle las piernas de forma descarada.

—Fran… —dijo tras beber un trago de su copa—. Quiero decirte algo…

El tono de intimidad que había aplicado a su voz me estremeció.

—Usted dirá…

Con ese mismo tono, suave y sedoso, se quejó como tantas veces en los últimos días:

—Vaya, no dejas de hablarme de usted —sonrió—, no sé si es que te parezco muy mayor… Recuerda lo que hablamos de nuestra diferencia de edad…

Me incomodó su condescendencia, como si le hablara a un mozalbete, pero intenté que no se notara.

—Ah, bueno… sí… no… no sé… —no sabía que contestar, así que al final balbuceé sin decir nada.

Su expresión se transformó y supe que iba a hablar en serio.

—Bueno, es igual, no pasa nada. —dijo cambiando de tercio—. Verás… quería pedirte que seas muy discreto con lo de hoy… ¿Sabes a lo que me refiero?

—Creo… que sí… —confirmé.

—Pues eso… Es muy importante que lo que ha pasado en el vestuario se quede entre

nosotros. Sería muy grave que Sonia o mi marido llegaran a enterarse.

La recordé con los chorros de lefa descolgándose como estalactitas de los cristales de sus gafas y sonreí para mis adentros.

—Por supuesto, profesora… No dude de que no se lo diré a nadie… puede estar tranquila…

Una sombra cruzó su mirada y un escalofrío me recorrió la espalda. Su expresión ya no era tan amable.

—No, no lo dudo… —se humedeció los labios—. Porque, además, te propongo un *quid proquo*… ¿sabes lo que es eso?

No entendía de latinajos, aunque esa expresión era muy habitual en el cine.

—Sí… es eso que sale en las películas: «tú haces algo por mí, y yo lo hago por ti…» —respondí sin entender adónde quería ir a parar.

—Pues eso… —su sonrisa se amplió—. Tú no dices nada de lo que ha pasado entre nosotros… y yo no digo nada de lo que pasa entre «tu hermana» y tú…

Había resaltado las dos palabras —«tu hermana»—, y el latigazo en el estómago me estremeció por entero. Me quedé petrificado y deseando que se me tragara la tierra.

—No, no me mires con esa cara de incógnita… —prosiguió—. Me lo has dicho tú mismo mientras… hacíamos… bueno, eso…

—Joder… —suspiré.

Comprendí a qué se refería. En un momento del polvo le había dicho que no podíamos hacer esperar a Sonia, y al decirlo había mencionado la palabra «hermana» antes de corregirla por «novia». Había metido la pata hasta la rodilla, y ahora pagaba por ello.

—Tranquilo, cielo… —Helena me apretó el muslo con una mano—. Que no pienso decirle a nadie que te follas a tu propia hermana. Empezando por tus padres, por supuesto.

Tragué saliva. Si se iba de la lengua era peor de lo que ella pensaba. De hecho, no tenía miedo de mis padres. Ellos no llegarían a matarme, porque antes ya me habría estrangulado Juan.

—Por dios, profesora… —le rogué—, sobre todo no le mencione a mi hermana que he metido la pata, me puede costar un disgusto que ni se imagina.

—Tranquilo, jovencito… —me volvió a apretar la pierna—. Que yo no diré nada si tú haces lo mismo…

*

Se hizo un momento de silencio entre los dos. Rogaba porque Sonia volviera, a poder ser sin el marido de la profesora pegado a su trasero. Pero el tiempo pasaba y seguíamos sin noticias de ninguno de los dos.

Helena aprovechó para pedir dos nuevos *mojitos* y, cuando nos los trajeron, volvió a ponerse locuaz.

—Por cierto… —dijo tras beber un largo trago del dulce licor—. ¿Qué se siente haciéndolo con una hermana?

—¿Qué…? —Volvía a sorprenderme la profesora, ¿de veras quería entrar en detalles?

Helena no perdía la compostura, como si estuviera hablando del tiempo.

—Bueno, espero que no me tomes por una chismosa —dijo como si me hubiera leído el pensamiento—. En realidad te lo pregunto como socióloga. Siempre me he cuestionado cómo funcionarán los mecanismos cerebrales en una situación de incesto… A lo mejor tú me lo puedes explicar, estaría encantada de escucharlo. Y nunca se sabe si podríamos seguir trabajando juntos en un futuro proyecto…

Mil ideas se cruzaron en mi cabeza. Desde la posibilidad de seguir «trabajando juntos» para que la muy zorra pudiera seguir aprovechándose de mi verga, hasta las casualidades que se habían dado para llegar hasta ese momento.

Y, aunque el pasado no puede cambiarse, al menos podía permitirme el lujo de no darle demasiadas explicaciones.

Así que me salí por la tangente, quizá así dejaría de preguntar.

—Bueno… es que Sonia y yo no somos hermanos… —le confesé—. Solo somos primos… y lejanos, no se crea…

—Ah… —sonrió—. Ahora lo entiendo…

Pues genial, si lo había entendido tal vez se callara por un rato. El mareo que sentía debido a la música, el alcohol y el ambientazo del lugar me pedían echarme un sueño, no mantener una sesuda charla.

Pero la profesora era mucha profesora. Y estaba muy lejos de darse por satisfecha.

—Y… otra curiosidad… —prosiguió con su interrogatorio—. Tu… «prima»… ¿tiene un novio real…? Quiero decir, alguien que no seas tú…

No pude mentirle. No sé por qué, pero me fue imposible hacerlo.

—Sí, tiene un novio muy pijo que se cree muy malote y no es más que un tontaina… —dije sin pensarlo dos veces—. Se llama Juan.

Había vuelto a meter la pata y me di cuenta demasiado tarde. La sonrisa de Helena creció varios centímetros. Le había dado cuerda de la manera más inocente.

—Ah… genial… qué bien… ¿no…? —se acomodó en el sillón y me acarició una mano—. Y…

«Joder, ¡no!», me dije, le había dado pie a formular una siguiente pregunta. ¿Por qué no me estaría calladito? Supuse que se debería a los tres mojitos que ya llevaba encima, que me habían soltado la lengua.

—Y su novio… ese Juan… ¿sabe lo que estáis haciendo tú y ella en el laboratorio?

—¿Có-cómo va a saberlo…? —repliqué aterrorizado—. Si se entera se cogerá un cabreo de narices y acabaremos a bofetadas…

Sus ojos chispeaban, se lo estaba pasando en grande con el morbo de nuestra historia.

—¿Por qué se iba a enfadar? —se humedeció los labios—. Se trata de un experimento científico, eso no cuenta como cuernos.

—Buffff… para Juan sí que contarían como cuernos, y de los grandes… —aseguré.

—Y, dime, ¿por qué no ha venido él con Sonia, en lugar de venir tú a fo… quiero decir, a hacer las pruebas…?

—Eso es muy largo de explicar, pero mejor que Sonia no se entere de que se lo he contado porque me montará una buena...

—Bah, no creo, yo os veo gente muy liberal… —me vaciló—. Sexualmente, quiero decir, seguro que pasara lo que pasase la sangre no llegaría al río…

No supe qué responder, por lo que preferí callar.

—Además… —añadió—. Hay chicos a los que no les importa que sus chicas tengan sexo con otros… En plan *swinger* y esas cosas, ya sabes… Aunque que se tire a su novia un hermano-primo… no sé, no sé…

En ese punto me mosqueé de veras…

Y decidí contratacar.

—Pues como algunas mujeres… —le solté sin pensarlo dos veces—. Porque no sé si se habrá dado cuenta de que su marido no para de perseguir a mi prima desde que la conoció… Y

no le importa nada que usted esté delante.

Le dio un golpe al aire, como queriendo quitarle hierro a mi comentario.

—¿Diego? —dijo con sorna—. Bah, qué bobada, no le hagas caso… Solo está jugando… No te preocupes por él…

El resultado de su comentario consiguió el efecto contrario. Ahora me preocupé aún más, incluso tuve la sensación de que marido y mujer estaban conchabados.

—Y una mierda… —protesté—. Por ejemplo, ahora mismo… A saber por qué tardan tanto…

—Ya te lo he dicho… Seguro que hay una cola larguísima en el baño.

Me puse en pie, mi paciencia se había agotado. Le había dado unos minutos de cortesía, pero ya no aguantaba más. No sabía si serían celos, pero comenzaba a pasarlo mal pensando en aquellos dos a solas en algún rincón del disco bar. El viejo dandi podía estar seduciéndola como había hecho su mujer conmigo y no me apetecía nada la idea.

—Pero, ¿dónde vas tan corriendo? —dijo la profesora, alarmada.

—A buscar a Sonia… —respondí con la máxima dignidad de que fui capaz.

—Bueno, yo os espero aquí, pero ya verás como vuelven antes que tú.

La miré antes de entrar en el abarrotado local. Su sonrisa divertida me siguió hasta que me adentré entre el gentío.

*

Busqué por todas partes durante varios minutos sin conseguir encontrarles.

Había empezado por los servicios. La cola kilométrica —más que en cualquier otro bar de copas— era auténtica, en eso Helena no había mentido. Las recorrí al completo —la de chicas y la de chicos—, pero no encontré a ninguno de los dos.

Después me pasé por la pista de baile. Nada, igualmente. El tercer punto a controlar era la barra, de no menos de diez metros de larga y con bastantes recovecos entre unas columnas que generaban rincones íntimos.

Y hacia allí decidí dirigirme.

Iba a cruzar uno de los pasillos evitando el tráfico que circulaba en las dos direcciones, cuando alguien tropezó conmigo y una bandeja cayó al suelo. Me agaché para ayudar a recogerla

y me encontré a pocos centímetros de una chica de más o menos mi edad. Era la camarera que nos había servido en la mesa.

—Lo… lo siento… —llevaba un mal día y esta disculpa podía ser ya la quinta o sexta.

—Bah, no te preocupes —respondió ella toda sonrisa—, son gajes del oficio.

Nos habíamos quedado plantados a pocos centímetros, y la gente nos regateaba por ambos lados.

—Es que estoy buscando a mi… novia… y me he despistado.

—¿Tu novia? —preguntó ella—. ¿La chica del pelazo castaño que estaba contigo en la mesa?

Me alegré de la buena memoria de la camarera. Acordarse de alguien en aquella jungla era impensable para una persona normal, al menos para mí.

—Sí, eso es…

Esperé su respuesta con la boca abierta. Echó un vistazo al local girándose sobre sí misma, y al final me confirmó que la había visto no hacía mucho.

—Pues creo que andaba por la barra con un hombre mayor, imagino que sería su padre.

—¿Seguro…?

No dudaba de ella, pero estaba claro que se había fijado más en Sonia que en Diego, si no, habría recordado que ese posible «padre» tenía más aspecto de ligón de segunda que de figura paterna. Tal vez es que a la camarera le iban las chicas, más que los chicos.

—En realidad no es su padre, sino un amigo.

—Ah, sí… supongo… perdona…

—Nada, no te preocupes…

De pronto giró la cabeza y miró fijamente hacia un punto lejano.

—Mira, por allí van…

Señaló hacia el final de la barra y, en efecto, comprobé que se trataba del dandi, que se alejaba en dirección opuesta a nosotros. Una chica, que bien pudiera ser Sonia, caminaba delante de él. El marido de Helena la seguía, empujándola por la cadera y sobándole el culo de cuando en cuando.

De todas formas, a la chica no se la distinguía del todo al estar tapada por el corpachón de Diego. No hubiera podido asegurar que se trataba de Sonia, pero por lo poco que se veía de ella no me cupo duda de que era mi medio hermana.

Su melena castaña, los shorts vaqueros, y una camiseta blanca de manga larga la delataban. Imposible que fuera otra.

*

¿Pero adonde irían por aquel lado de la barra, justo en dirección contraria a los lavabos?, me pregunté mientras la chica de la bandeja se despedía con un guiño y se iba por donde había venido.

No quise aceptar lo que parecía obvio, su escapada furtiva lo decía todo. Y por alguna razón desconocida me dolía.

Con un nudo en el estómago decidí seguirles. Tuve que dar bastantes codazos para abrirme paso si no los quería perder. Finalmente salieron por una puerta en la que no había reparado hasta ahora. Un cartel de «Parking» encima de ella me dio una pista bastante clara de hacia dónde iban.

Tuve que correr a trompicones con la gente para que no se me escaparan, el parking estaba muy mal iluminado y allí abajo podrían despistarse con facilidad.

Y se despistaron, por supuesto.

Tuve que asomarme a tres o cuatro calles —siempre agazapado para que no me vieran— hasta que volví a localizarles. Para cuando lo hice, los dos se encontraban al otro lado del todoterreno de Diego, el mismo con el que habíamos llegado al bar.

Con estupor comprobé lo que hacían tras el vehículo: besarse apasionadamente. Ella había pasado los brazos por encima del dandi, y él le amasaba las tetas con una mano mientras se comían la boca mutuamente. La chica parecía sentirse en la gloria saboreando las babas del que para mí era un viejo.

Lo que pasara por la parte baja de sus cuerpos era un enigma, ya que los veía a través de las ventanillas del cochazo.

La oscuridad del parking, mezclada con el ahumado de los cristales del todoterreno, me impedían ver claramente sus maniobras, pero parecía obvio que se estaban calentando mutuamente. Aposté a que adivinaba lo que vendría a continuación.

Y acerté de lleno.

Cuando al fin se separaron tras el primer calentón, los cuatro intermitentes se encendieron dos veces y un pitido zumbón anunció la apertura de las puertas. En menos de cinco segundos, ambos se hallaban en el asiento trasero del coche y volvían a morrearse entre magreos de forma

obscena.

Me acerqué lo más que pude para poder verles de cerca. Los sentimientos que me embargaban ante aquella escena eran contradictorios. Por un lado, me ofendía que Sonia se hubiera dejado seducir de una forma tan fácil por un tío que, además de ser un idiota, era un total desconocido.

Por otro, los celos me quemaban. A pesar de no ser mi novia, sino la del tontaina de Juan, sentía a mi medio hermana como algo mío. Y aquel tipo me la había «birlado» delante de las narices.

El último, sin embargo, era un sentimiento morboso. Espiar a aquellos dos me había puesto muy cachondo, incluso después de la tarde de sexo que había tenido con dos pibones de primera. Mi erección había vuelto a aparecer y la tienda de campaña de mi entrepierna ya era más que notable.

Este detalle me fastidió sobremanera. Me avergonzaba empalmarme viendo a aquel cerdo tirarse a Sonia. Lo achaqué al efecto retardado de la *Viagra*, era la única manera de disculparme a mí mismo. Aunque hubo momentos en los que a punto estuve de sacármela y masturbarme viéndolos follar.

Soporté sin pestañear los diez minutos que duró la mamada de Sonia al cerdo de Diego. Luchaba contra el deseo de pajearme, y al final conseguí vencerlo. Sin embargo, cuando la tumbó sobre el sillón, le quitó las bragas y se las metió en la boca, antes de clavársela, una arcada me sobrevino y perdí el interés por proseguir la vigilancia.

Recé porque utilizaran preservativo y me alejé de allí. No me apetecía que mi medio hermana me pegara una ETS por unos minutos de sexo con un tonto del culo, con la cartera más grande que el cerebro.

Estaba claro que no era una relación abusiva y tenía que aguantarme. Mi medio hermana tenía veintidós años y era libre de tirarse a quien le saliera del coño. Tampoco me causaba problemas que le estuviera poniendo los cuernos a su novio con un extraño, ya que llevaba poniéndoselos conmigo casi tres semanas, y quizá ya lo hubiera hecho con otros anteriormente.

Lo que no me entraba en la cabeza era la pregunta del millón: ¿De verdad tenía ganas de sexo después de follar conmigo toda la tarde y correrse varias veces entre mis piernas? ¿Tan poco la satisfacía yo, que necesitaba abrirse de piernas con un viejales? ¿O es que le había prometido algo el tipejo, tal vez unos euros para el viaje de fin de curso? En este último caso, el detalle la convertía en una vulgar puta.

Y eso dolía.

Pero lo que más dolió fue darme cuenta de que yo no era tan importante para Sonia como había creído. El baño de realidad que me había llevado me había hecho tocar tierra después de caminar a varios metros sobre el suelo durante tres semanas.

A partir de aquel día no volvería a creer en el género femenino. Cuando más seguro te sentías de que una chica estaba a tu lado, se te escurría de las manos y se acostaba con el primero que les hiciera más gracia que tú.

Menudo putón, la zorra de mi medio hermana.

Que la dieran.

Por mí se podía follar a aquel tipejo, a medio disco bar y a todo el equipo de fútbol de su facultad.

Me la sudaba.

*

Subí al local y me dirigí desconsolado hacia nuestra mesa de la terraza. Si hubiera tenido una pizca de orgullo me habría marchado para casa en ese mismo instante.

Pero no pude hacerlo por más que lo intenté. Había llegado con Sonia a aquel bar y me iría con ella igualmente. Y me callaría lo que había ocurrido en aquel coche, al igual que haría con lo acontecido entre la profesora y yo. Si mi medio hermana se iba de aquel bar bien follada, pues mejor. Que yo no me iba menos que ella.

Pero teníamos que irnos juntos.

Saber que ella estaba bien era lo prioritario. Aunque tuviera que esperar a que el dandi se la follara hasta dejarla seca.

Por otro lado, estábamos lejos de casa y en el todoterreno del marido de la profesora se iría mucho más rápido que en el autobús nocturno. Y más barato que en un Uber.

Según llegaba a nuestra mesa, descubrí que la profesora seguía allí. Había cumplido su promesa de esperarnos, a pesar del tiempo que la habíamos dejado a solas. Andaba despacio, sorteando a todo el que se me echaba encima, casi siempre bailando o tambaleantes por el alcohol.

Miraba a Helena y me imaginaba la cara que pondría si supiera que su querido marido se estaba tirando a Sonia en su magnífico todoterreno. Habíamos porfiado por lo que pudiera

ocurrir cuando se fueron juntos y cogidos de la mano, y yo había salido vencedor en la pugna. Aunque no me sintiera vencedor, sino todo lo contrario.

A ver si ahora, si le contara lo que había visto, se mostraría tan segura de la fidelidad de su amorcito. Menuda gilipollas. Aunque eran tal para cual. Se merecían llevar los cuernos más largos de Madrid.

De pronto, noté un movimiento detrás de la profesora. Hasta ese momento no había reparado en que alguien se hallaba sentado a su lado en el sillón que habíamos compartido. Era por eso que Helena me daba la espalda. Hablaba con la otra persona de una forma más que elocuente, moviendo las manos mientras parloteaba. Menudo rollo le estaría soltando. O quizá «la» estaría soltando.

Porque en realidad no podía distinguir si su contertulio era hombre o mujer.

«Joder, vaya engorro», pensé. Si tenía que ser presentado a otro extraño esa noche, iba a terminar gritando. Casi era mejor quedarme lejos de la mesa y esperar a que Sonia y el dandi se hartaran de follar y se dignaran a volver.

Y así lo hice.

*

Diez minutos más tarde, la escena no había cambiado. Helena y la persona desconocida seguían charlando como dos viejos amigos.

Yo seguía apoyado en una maceta gigante a la espera de los amantes del todoterreno. El tipo debía ser una auténtica máquina, les había dejado solos hacía bastante tiempo, el suficiente para haber terminado la sesión de sexo. Al fin y al cabo, se trataba de un polvo rápido de coche, no de rodar la película *Garganta profunda*.

Menudo fastidio.

Me cambié de postura dos o tres veces más antes de ver aparecer a Diego. Llegaba desde el fondo de la barra, como era de prever, e iba acompañado de la chica a la que le había roto el coño en su magnífico todoterreno.

Y al ver a la chica comprendí que algo no era como había creído.

Vestía unos shorts vaqueros, como Sonia. Y lucía una espléndida melena castaña, como Sonia. Hasta la camiseta blanca de manga larga —muy inusual para la temporada, ya calurosa— era igual a la de Sonia.

Pero la chica no era Sonia.

Ya hubiera querido aquella chavala tener los grandes ojos azules de mi medio hermana y sus labios gordezuelos. Aunque en tetas la ganaba por goleada, había que reconocerlo. Era una chica bastante guapa, cierto, pero no le llegaba a Sonia ni a la sombra de los tacones.

Tuve una corazonada y, sin poder evitarlo, eché a correr hacia la mesa donde Helena esperaba acompañada… Y mi corazonada se confirmó. ¡Joder, la persona que estaba detrás de Helena, y tapada por ella, era mi medio hermana!

Había estado allí todo el tiempo y no lo había sabido al no tener la valentía de acercarme a la mesa. ¡Idiota de mí!

Llegué junto a Sonia y la abracé con todas mis fuerzas. La profesora y ella misma me miraron sorprendidas.

—Hola, hermanito —soltó con guasa ante tal muestra de cariño—. Vale, vale… yo también te quiero… pero no me aprietes tanto, que me vas a asfixiar.

No me dio tiempo para explicaciones. El dandi se había acercado a la mesa y nos presentó a la chica que le acompañaba.

—Mira, Helena… —dijo—. Mientras esperaba en la cola del baño me he encontrado a tu sobrina Luna… Como hace tanto que no nos vemos, hemos aprovechado para tomar un chupito y ponernos al día.

«¡Hijo de la gran put…!», blasfemé para mí. ¿Se estaría creyendo Helena la trola de su marido? Menuda gilipollez. Además, me fijé en la tal Luna y la examiné a conciencia. Ni en la cara ni en su atuendo quedaban rastros del polvazo que le acababa de echar su tío político. Ni siquiera un mechón de pelo fuera de lugar ni un poco de lápiz de labios corrido. Eso indicaba que el encuentro no había sido casual. Un aquí te pillo, aquí te mato.

Estaba claro que el polvo había sido preparado de antemano. Apostaba a que el dandi disponía en su coche de útiles de maquillaje para que su querida sobrina se arreglara bien después de mamarle la polla y luego clavársela. El cerdo del dandi se estaba follando a la sobrina de la profesora de forma habitual. Y los cuernos de esta relucían bajo la luz de los focos del disco bar.

—Hola, tiita, ¡Cuánto tiempo! —dijo la chavala, de una edad parecida a Sonia, y se sentó con nosotros.

Después de los parabienes del reencuentro familiar, la conversación comenzó a decaer. Una ronda de mojitos más y nos fuimos todos juntos para casa. Por suerte, Helena, menos mareada que el resto, se atrevió a conducir el todoterreno hasta dejarnos en la puerta.

Luego se perdieron en la noche y Sonia y yo, después de un día de sexo y copas, nos fuimos a dormir cada uno a su cuarto.

—Buenas noches, hermanita… —le dije al despedirme.

—Buenas noches, hermanito… —replicó ella y me propinó un piquito en la mejilla antes de empujar la puerta de su cuarto.

Por suerte, el tontaina de Juan aquella noche durmió con unos amigos. No veía yo a Sonia haciendo mamadas después del día que habíamos tenido.

Según se cerraba su puerta, la miré con distintos ojos. Después del mal rato que me había hecho pasar en el disco bar, me daba cuenta de que quería a aquella *tontita* con la misma fuerza con que la quería la mañana anterior, mientras desayunábamos.

Y la quería más de lo que pudiera reconocerme.

ÚLTIMA TARDE CON HELENA

FRAN

El día de la segunda prueba aparecimos sonrientes y cogidos de la mano. Por dentro, nuestras sonrisas no eran tan felices como parecían desde fuera. La humedad de la mano de Sonia indicaba el estado de nervios en que se hallaba.

Y yo sabía que los nervios no se los producía el saber que iba a mantener una última sesión de sexo con su «hermanito», un tío al que tres semanas atrás hubiera estrangulado si tan solo le hubiera rozado una teta.

Eso estaba ya más que superado.

Sus nervios, a todas luces, eran provocados por la cercanía a su pasaporte para el viaje de fin de curso. Se debía sentir acongojada, cualquier contratiempo podría quebrar los planes que tantos esfuerzos nos habían llevado hasta el momento.

La profesora nos recibió radiante, como siempre. Era el último día, ¿qué podía salir mal? *Todo,* fue la respuesta que encontré en mi cabeza. Solo faltaban de tres a cuatro orgasmos. Casi nada. Pero ese «casi nada» era la diferencia entre el éxito y el fracaso.

Si algo se torcía, no habría una segunda oportunidad, según palabras de la propia Helena. La profesora tendría que esperar un año más antes de recomenzar el experimento desde cero. O quizá algo más, la falta de financiación y de medios solía ser un problema bastante habitual.

Por fuerza tendría que estar nerviosa.

Pero se mostró tranquila y, tras darnos la mano como siempre, nos condujo hacia el laboratorio sin mayor preámbulo.

Me fijé en su atuendo, como en cada cita. Los únicos cambios con el último día se apreciaban en su pelo —que llevaba suelto— y en la falda, que en esta ocasión era azul marino. Las medias color crema transparente, que me volvían loco, seguían envolviendo sus bonitas piernas.

Una vez en el laboratorio, Helena se dirigió al ordenador mientras nosotros pasábamos al vestidor a cambiarnos.

Con las batas cubriendo lo más que podían, que no era mucho, Sonia se acercó a mí y me señaló la entrepierna.

—Fran —dijo asustada—. ¿Has tomado la pastilla?

—¡Joder! —blasfemé agarrándome el pito con las manos—. Te juro que sí, antes de salir de casa. Y esta vez con un montón de agua. ¿No te venderían pastillas de pega, verdad…?

El rostro le mudó de color y tragó saliva agobiada.

—¿Dónde las compraste? —pregunté preocupado—. ¿No lo harías por Internet?

Me miró al borde del infarto. Y entonces me eché a reír.

—Jajaja… ¡que es coña…!

Me agaché para evitar la colleja que iba directa a mi cabeza.

—Te voy a matar… so bobo…

—Jajaja… tranqui, que todo va a ir bien —le dije con un abrazo—. Confía en mí…

—Sí, menuda confianza te tengo, hermanito…

Nos miramos y sonreímos. Mi entrepierna y la suya se hallaban unidas transmitiéndose el calor. Mi erección comenzaba a tomar forma y le guiñé un ojo, cómplice. Ella abrazó el tronco de mi pene con una mano y lo apretó cariñosamente.

Abrazados, hicimos una serie de respiraciones de yoga para calmar la ansiedad. Después, Sonia se santiguó y me pidió que saliera por delante.

—Te sigo…

Pero yo me quedé parado.

—Joder, Fran —se quejó mi medio hermana tropezándose conmigo—. Se hace tarde, ¿a qué esperas?

No pude hablar. Simplemente le señalé la parte baja de su bata con gesto de terror. Pero ella puso expresión de fastidio.

—Venga, no empieces otra vez con tus bromas, que no tenemos todo el día…

Pero yo seguía paralizado y señalándole la parte alta de sus muslos.

—Que no… que no es coña… —dije aterrorizado y por fin se dio cuenta de que no bromeaba.

Bajó la mirada y se llevó las manos a la boca para detener un grito. Un arroyuelo de sangre le bajaba piernas abajo, partiendo de la ingle.

*

Al descubrirlo, mi medio hermana corrió avergonzada hasta colocarse detrás del biombo. Se taponaba el flujo de sangre con la parte inferior de la bata. Con voz temblorosa me pidió que le acercara el bolso. En él, explicó, llevaba un equipo de emergencia para ocasiones inesperadas.

Como esta, precisamente.

Jamás había tenido que utilizarlo, aseguraba, pero estaba claro que ese día nos había tocado la lotería.

—Pero, Sonia, ¿cómo es posible? —le dije desde el otro lado del biombo—. ¿No dijiste que no esperabas la regla hasta la próxima semana?

—Joder, pues claro… —sollozaba—. ¡Esto no me puede estar pasando! Si yo soy super regular… El Karma me está castigando por follar por dinero. ¡Me he convertido en una prostituta…!

Me pareció que no era momento para filosofar.

—Déjate de Karma ni de gilipolleces —repliqué—. A ver, dime, ¿no habrás tomado la píldora del día después hoy mismo?

—¡Pues claro que no! ¡Tan tonta no soy…!

—Ufff, menos mal, imaginaba que podrías haberte acojonado por lo de la corrida que te eché dentro el otro día.

—Pues acojonada sí que estoy, que conste… —dijo sorbiéndose las lágrimas—. Pero no me atrevo a tomarla hasta que no acabe todo este embrollo.

—Bueno, no pasa nada —dije yo—. Pensemos en algo…

Guardamos silencio un instante. Me sentía el hermano mayor en ese momento. Tenía que buscar soluciones, al tiempo que la animaba y protegía.

Pero lo único que me daba vueltas en la cabeza era que yo había estado en lo cierto desde el principio: el hilo que separa el éxito del fracaso es tan frágil que puede romperse en cualquier momento.

Y a nosotros se nos acababa de romper.

Al minuto ella volvió a hablar. Pensé que se le habría ocurrido alguna solución, pero…

—Fran… ¿No se te ocurre algo?

—Estoy en ello… —respondí decepcionado.

«Una mierda se me ocurre —estuve a punto de decirle—. Menudo fraude de socio te has buscado, hermanita». Pero me rompía el corazón oírla llorar. Y si le decía que no tenía ninguna solución, iba a llorar de lo lindo. Estaba seguro de que sus sollozos iban a resonar en toda la Facultad de Sociología.

En lugar de decirle la verdad, se me ocurrió tirarme un farol:

—Mira, Sonia, follar con la regla no es para tanto —inventaba sobre la marcha—. Tengo amigos que lo hacen con sus chicas cuando llevan calentón y se encuentran con el semáforo en rojo, y ninguna se ha muerto hasta la fecha, por lo que yo sé. Te lavas bien el conejito y seguimos con el plan.

Guardó unos segundos de silencio.

—Ya lo sé… —respondió con voz grave—. Mis amigas también lo hacen cuando tienen el tomate, pero a ellas no les pasa lo que a mí —volvió a sollozar bajito.

—¿Qué es lo que te pasa? —me interesé—. ¿Te sangra más que a otras?

—No, no es eso —hacía pucheros al hablar.

—¿Entonces?

—Pues es que me… duele mucho… —su llanto era ya incontrolable—. Esa parte se me pone muy sensible y me duele tanto que no puedo ni ponerme un tampón… Tú me dirás cómo voy a introducirme tu pollón durante tanto tiempo… Y lo de correrme ya ni en sueños…

Me mordí la lengua. Vaya situación. Esto sí que no me lo esperaba.

—¿Qué vamos a hacer? —habló ella ante mi mutismo—. La profesora lleva un rato esperando. Se debe estar dando cuenta de que nos pasa algo.

¡Joder!, me había olvidado de la profesora. Ahora sí que me acojoné. Esto ya no tenía solución.

De pronto, observé la carita llorosa de mi medio hermana aparecer por encima del biombo y volvió a preguntar:

—¿No se te ocurre nada… más?

—Pues la verdad es que no… —dije desolado.

Cerró los ojos y dos lagrimones surcaron sus mejillas hasta desembocar en las comisuras de sus labios.

—¡Aunque…! —casi grité de repente al tener una idea que tal vez funcionase.

Y sus ojos volvieron a abrirse, esta vez con un brillo de esperanza.

—¿Aunque, qué…?

*

Un escalofrío me recorrió por completo. De pronto sabía lo que tenía que hacer. Me sentí como el supermán que podía salvar a la chica. Me erguí todo lo alto que era poniéndome de puntillas y solté orgulloso:

—¡Claro que sí, hermanita! —sonreí pletórico—. ¡Claro que tengo la solución para que no te pierdas ese viaje!

Salió corriendo del biombo; había sacado de algún sitio una bata médica y apretaba con ella su entrepierna.

—¿¡Lo dices de veras!? —Me abrazó como un ciclón, esperanzada—. ¿No lo dirás para que deje de llorar, no?

La agarré por los hombros y acerqué mi cara a la suya.

—A ver, Sonia. No te engaño. Pero escúchame un segundo. Voy a salir ahí fuera, y quiero que tú te quedes aquí dentro y no salgas por nada del mundo. No abras la puerta ni mires al laboratorio. ¿Me has entendido? Pase lo que pase confía en mí…

Sonia afirmaba bajando y subiendo la cabeza.

—Pero dime que vas a hacer, porfa —insistió curiosa.

—Lo siento, pero no puedo, luego te lo explicaré todo.

Se quedó callada y con la mirada perdida. Temí que se estuviera volviendo chalada. Aquel viaje de los cojones la estaba trastornando.

—Repite lo que te he dicho, por favor —le pedí sacudiéndole los hombros.

Ella hizo un esfuerzo y repitió mis palabras sin siquiera mirarme. Me temí que no estaba confiando en mí. Pero no había otra salida.

—Me quedo… aquí dentro… —balbuceó con la mirada baja—. Pase lo que pase… confío en ti…

—¡Eso es! —La abracé de nuevo—. Y ahora lávate y ponte la ropa, déjalo todo en mis manos.

LA VOYEUR

SONIA

Cuando Fran salió del vestidor, mis piernas me temblaban como un flan. Me di cuenta de que mi medio hermano sospechaba que me estaba volviendo loca por el maldito viaje. Y puede que tuviera razón.

No sabía que plan tendría, pero estaba segura de que iba a cagarla. Así era Fran, qué se le iba a hacer. Pero ahora él no tenía la culpa. La culpa era mía y solo mía. Tendría que confiar en él y, en último extremo, no responsabilizarle de nuestro fracaso.

Iba a seguir su consejo de asearme y vestirme antes de sentarme a esperar.

Pero mi instinto curioso lo impidió.

Me acerqué a la cristalera que separaba el vestidor del laboratorio. Solo un estor de lamas impedía el contacto visual entre ambas salas. Me reacomodé la bata médica entre las piernas a modo de compresa improvisada y con ambas manos separé algunas lamas para poder observar el exterior. Al no poder abrir la puerta —por orden expresa de Fran— no podría oír nada. Pero al menos podría verlo todo por la cristalera si no le obedecía del todo.

Y en eso de «no mirar» no pensaba acatar la orden de mi hermanito.

Lo primero que vi fue a Fran y a Helena hablando en susurros junto a la mesa del ordenador. La profesora se había llevado la mano a la boca, mi medio hermano la estaba poniendo al corriente de mi situación.

Helena se giró consternada hacia la máquina, tapándose la cara con las manos. Debía de estar pasando tan mal momento como yo, pensé. O peor. Su situación era terriblemente delicada. Este revés supondría el fracaso de su tesis al completo y, con ella, de un montón de años de trabajo.

Fran la sujetó por los brazos y la detuvo a medio giro. La hablaba sin parar, susurrándole al oído. Debía de estar exponiéndole el plan que a mí no había querido explicarme.

La profesora se echó las manos a la cabeza. No parecía que el plan de Fran la estuviera gustando demasiado. Pero Fran gesticulaba exageradamente al hablar y no parecía rendirse. Por

fin, vi que Helena afirmaba con un movimiento de cabeza, aun con gesto de desagrado.

Había aceptado, no me cabía la menor duda.

Y esperé a que comenzara el siguiente acto, con la curiosidad de saber qué era lo que mi medio hermano le había propuesto a la mujer.

*

La acción no se demoró ni un segundo. Y los dos comenzaron a moverse, cada uno dentro del papel que le hubiera tocado en aquel teatrillo.

Fran se echó a un lado y comenzó a menearse el pollón de forma impúdica.

«¿¡Cómo!?», me alarmé. No entendía semejante reacción. ¿A qué venía ahora comenzar a masturbarse? ¿Se había vuelto loco?

Desde la distancia vi que su pene crecía y crecía hasta golpearle el abdomen con el glande, que brillaba rojo y saludable, grueso como la cabeza de una seta. El glande que me había trastornado desde el primer momento en que lo vi.

Pero, si Fran se había vuelto loco, la profesora no era para menos. Sobre todo, cuando Helena se bajó la cremallera de la falda y se la sacó por los pies

«¿Pero qué co-ños…?», balbuceé atragantándome.

Me había quedado de piedra. ¿Iban a ponerse a follar en medio de aquel lío? Estuve a punto de aporrear el cristal, pero recordé lo que había dicho Fran: «pase lo que pase… confía en mí».

Tenía razón, era mejor esperar y confiar.

La profesora continuó desnudándose. Tras la falda, le siguió el resto de la ropa. De una patada lanzó sus zapatos contra un rincón. Después, se bajó los pantis y se los quitó, apoyándolos con mimo sobre una silla.

Las bragas le siguieron y quedaron sobre las medias. La blusa, sin embargo, solo se la desabotonó, y el sujetador lo soltó por las copas dejando al aire sus bonitos pechos. Estos eran firmes y de un tamaño ideal, con unas areolas rosadas que estaban pidiendo a gritos ser succionadas por una boca hambrienta.

A continuación, se echó las manos por encima de la cabeza y se recogió el pelo. Una goma apareció mágicamente entre sus manos y en unos segundos tenía formada la coleta que le

habíamos conocido en días anteriores.

En ese tiempo, Fran se había situado a los pies de la camilla y seguía meneándosela con la mano derecha, los ojos apretados para concentrarse. Con la izquierda se masajeaba los testículos.

Continuaba sin entender lo que pasaba, pero ahora ni me lo planteé. Seguiría confiando y a la espera.

Una vez desnuda por la parte inferior, Helena se dirigió a la camilla donde yo había tenido un par de los mejores orgasmos de los últimos tiempos. Luego, poniéndose el casco en la cabeza, se tumbó sobre ella, abrió las piernas y dejó a la vista su espléndida vulva. Aquel era el coño de una mujer hecha y derecha. No estaba depilado al completo como el mío, pero estaba arreglado de una manera tan perfecta, con un jardincillo sobre el clítoris, que debía de volver locos a los hombres.

Y mi hermano era un hombre como cualquiera. Incluso mejor que muchos, por lo que había comprobado en los últimos días. Su erección parecía palpitar entre sus dedos

La profesora se escupió en una mano y lubricó los labios vaginales con su propia saliva, en un gesto femenino que yo había ejecutado decenas de veces a la espera de la verga de mi macho. Luego hizo lo propio en la entrada de la vagina y le hizo un gesto a Fran.

Estaba preparada.

Para entonces ya no me quedaba duda sobre lo que estaba ocurriendo en el laboratorio.

La profesora, para evitar que fracasara el experimento, había tomado mi lugar. Un hormigueo recorrió mi bajo vientre. En los próximos minutos iba a ver a aquellos dos «amantes casuales» pasárselo en grande, mientras yo miraba los toros desde la barrera.

¡Me había quedado en el papel de… *Voyeur*!

Lo di por bien empleado. Si yo me había quedado sin viaje, al menos que la profesora no se quedara sin tesis.

Mi medio hermano acudió a la llamada de la profesora. Se agachó hacia su vulva, le levanto ligeramente los muslos y empezó a lamerlos suavemente. Al cabo de un tiempo, atacó el coñito con una lengua voraz y empezó a chupar con ansia. Helena se retorcía de placer, tapándose la boca con las manos.

Levantó Fran las suyas y acarició los pechos de la profesora mientras lamía sin parar. La profesora dijo algo. Fran respondió introduciendo varios dedos en la vagina de Helena. ¡Conté tres! Yo con dos ya andaba justa… ¡Menudo pedazo de coño se gastaba la mujer!

Volvió Fran a lamer y a succionar aquel chochazo hasta que la profesora volvió a hablar.

Mi medio hermano se incorporó, introdujo los dedos de nuevo en su vagina, y se dejó caer sobre la boca de Helena, comiéndosela con ansia. Ella le abrazó por encima de los hombros y se dejaba hacer, entregada. En pocos segundos empezó a estremecerse de los pies a la cabeza.

Se estaba corriendo como una perra, tirándole del pelo a Fran y abriendo la boca por la falta de aire, mientras los pitidos de triunfo del ordenador llegaban ahogados a través de la puerta cerrada.

Sé muy bien lo que es un orgasmo femenino. Por los míos, claro está. Pero no solo por ellos. He visto correrse a muchas de mis amigas en múltiples situaciones. Pero aquel orgasmo debía de ser brutal. La profesora había perdido el control de sus piernas y sus caderas, y se estremecía una y otra vez… ¡durante minutos!

Joder con mi medio hermano.

¡Qué pedazo de polvo la estaba echando…!

Conmigo no se había comportado nada mal, pero aquella mujer estaba volando sobre las putas nubes. ¿Cómo lo hacía…?

¿Tan macho era mi hermanito sin que yo lo hubiera detectado hasta ahora?

No, espera…

De pronto lo comprendí.

No se trataba de que Fran fuera un tío «muy macho». Lo que pasaba es que ella era una tía… «muy hembra». Una mujer «super orgásmica». Si es que ese término existía.

Fuera como fuese, la mujer lo estaba gozando más con un polvo que yo en una tarde entera. Por un momento la envidié.

Cuando la tormenta pasó, esperaba que se tomaran un descanso y me asusté al pensar que me pillarían espiando. Tal vez se acercarían al vestuario a tomar un respiro y me encontrarían medio desnuda. Iba a salir corriendo hacia el biombo, cuando observé que ninguno de los dos se movía ni un ápice de sus posición.

Al contrario, la profesora se acomodó en la camilla, estirándose la blusa que había quedado algo arrugada.

¿Por qué no se la quita y ya está?, pensé.

Quizá no quería sentirse desnuda si a mí se me ocurría salir, cavilé. Si eso ocurría, sería normal que se sintiera, digamos, vulnerable. Al fin y al cabo, se estaba tirando a quien creía mi «novio». Era comprensible que se mostrara cohibida.

Mientras tanto, mi medio hermano había empezado a masturbarse de nuevo. Pasaron varios minutos y seguía con ello, pero dando cabezazos negativos cada vez que la profesora le hablaba. ¿Un nuevo gatillazo? Comprendí que, finalmente, era cierto que me habían timado como a una imbécil. Las pastillas azules que me habían vendido debían de estar caducadas o algo parecido.

Por eso, aunque terminaban por funcionar, lo hacían con retardo.

Después de una tensa espera, Helena le hizo una seña a Fran para que se acercara. Se movió él hacia la cabecera de la camilla y la profesora, sacándose el casco de la cabeza, se bajó al suelo y se situó en cuclillas ante él. Le agarró con fuerza el miembro y se lo introdujo en la boca, empezando a masturbarlo con una mano mientras lo mamaba con una fuerza irresistible.

«Hala, bestia —pensé para mí—, que se lo vas a arrancar».

Al mismo tiempo, Helena se masturbaba a la vista de Fran. Al acuclillarse, había entreabierto las piernas en el ángulo adecuado para permitir a mi medio hermano ver cómo se tocaba. Helena sería lo que fuera, reconocí, pero sabía cómo estimular a un hombre.

En pocos minutos, el miembro de Fran se hallaba en su apogeo. Desde mi posición lo veía rozar su abdomen, pidiendo guerra.

La *Viagra* y la experiencia de la profesora habían funcionado.

Helena se situó de nuevo y esta vez mi medio hermano no falló. La penetró con una fuerza implacable y, acercando su cara a la de ella, comenzó a comerle la boca como en la ocasión anterior. Ella le abrazó de nuevo por el cuello y empezaron a moverse como poseídos.

Lo que pasó a continuación no es fácil de contar, pero he de explicarlo de todos modos.

En la siguiente hora, la profesora experimentó siete orgasmos con una cadencia de entre cinco y diez minutos entre ellos. No solo fue una apreciación mía, sino que lo corroboró el ordenador que no dejó de pitar ni en uno solo de ellos.

En lo que respecta a mi medio hermano, solo obtuvo uno, y fue el que marcó el punto y final de la sesión. Y, pulcramente, se derramó íntegramente sobre los pañuelos que la profesora había preparado para limpiarnos.

Para mayor detalle, intentaré explicar cómo se produjo este «milagro».

Fran empujaba su miembro con fiereza dentro de la vagina de Helena una y otra vez. Cada cierto tiempo, ella empezaba a sufrir convulsiones, perdía el control de las piernas y del cuerpo, que le temblaban como una hoja, y sus ojos se ponían en blanco, cuando no se cerraban por completo. Parecían, más que orgasmos, auténticos «terremotos». Cada uno de ellos duraba tanto tiempo que parecían no acabar nunca.

Cuando terminaban, la profesora se quedaba desmadejada. Parecía haber muerto en el asalto. Fran, sin embargo, no se salía de su interior, sino que quedaba a la espera, besuqueándole los pezones o lamiéndole los labios. A continuación, Helena parecía revivir, le devolvía el beso con una sonrisa y el ciclo volvía a repetirse.

«Joder —me quejé para mí—. ¿Por qué no había podido tener, aunque solo hubiera sido, uno de aquellos orgasmos? ¡Qué mal repartido está el mundo!».

DOS PRIMOS RECONCILIADOS

SONIA

Tras la corrida de Fran, todo terminó, y la profesora se levantó perezosa. No me extrañó, debía estar baldada después de aquel festín. Y con el coño en carne viva.

A continuación, se limpió con los pañuelos de papel y se dirigió hacia la silla donde se encontraba su ropa interior. Se la colocó despacio, con esmero. Fran, a su lado, conversaba alegremente. A saber de qué hablarían aquellos dos afortunados seres, me pregunté.

Cómo los envidiaba, aquel tipo de compenetración en el sexo era complicada de conseguir en tan solo un par de polvos. Aunque, ¡que par de polvos! Más de un par, en cualquier caso, si contábamos los orgasmos de ella.

Cuando se hubo vestido, la profesora se levantó, abrazó a Fran y lo besó suavemente. Él se echó hacia atrás y le hizo un comentario. Supuse que lo había hecho para no ensuciarle la falda con el miembro que aún goteaba. Ambos miraron hacia su entrepierna y rieron.

Finalmente, Helena se sentó en la silla del ordenador, levantó las manos en señal de victoria y empezó a teclear con alegría. Fran se volvió hacia el vestuario y al entrar me encontró como me había dejado: semidesnuda y con la bata entre las piernas.

—¿Por qué no te has vestido? —me preguntó a modo de saludo. Luego añadió las buenas noticias—. Todo ha ido muy bien. Tendrás tu viaje, te lo prometo.

En lugar de responderle feliz, como me pedía el cuerpo, le señalé con un dedo acusador.

—Tú lo sabías y no me dijiste nada…

Juntó las cejas extrañado. Desde luego no se esperaba aquella reacción por mi parte, a sabiendas de que les había estado espiando por la cristalera.

—¿Saber qué…? —dijo con gesto de sorpresa.

—Tú sabías que la profesora es… *multiorgásmica*…

El muy vanidoso no se arredró, sino que sonrió abiertamente y decidió vacilarme.

—Y de las de verdad, no como tú… —dijo burlón.

Se le veía muy subidito. Pero en ese momento le quería tanto que le hubiera dejado que se comportara como quisiera. Hasta que me tirara del pelo, como a él tanto le gustaba.

—¿Pero… cómo te has enterado de que lo era… y cuándo? —insistí rebajando el tono. En ningún momento había querido iniciar una discusión, pero ahora me había puesto melosa al saber que estaba ante «mi» macho, mío y de nadie más—. ¿Y por qué no me lo contaste?

Las preguntas se amontonaban, pero Fran no entraba al trapo. Lo veía diferente, muy seguro de sí mismo.

—Joder, Sonia, ayer me pajeé en la ducha, ¿también tendría que habértelo dicho?

Reímos al unísono.

—No, por supuesto, mientras no lo hagas en mi ducha… —sonreí sonrojada. Reconocía que tenía razón, todos tenemos derecho a guardar algún secreto—. Pero esto era distinto. Podría haber afectado a nuestro trato. Deberías habérmelo dicho, y lo sabes… Así que desembucha…

Me miró y por fin confirmó mis sospechas, confesando de plano.

—En fin —dijo—, en realidad es una historia muy larga, hay algo que no te he contado... y que no debería contarte. Lo haré solo si me prometes que no le dirás a la profesora que me he ido de la lengua.

—Ostras, Fran, me tienes en ascuas… —respondí—. Yo así te prometo lo que quieras. Pero habla ya que me va a dar algo…

—¿En serio? —me presionó —. ¿Lo prometes? Quiero oírtelo decir…

—Que sí, bobo, que te lo prometo…

*

Entonces Fran me contó con pelos y señales lo que había pasado entre ellos el día anterior, mientras yo les esperaba en el laboratorio creyendo que Helena le estaba haciendo unos inocentes tests.

Y me explicó que ella se había enamorado de su pene, que se lo había mimado como a un niño, y que le había seducido para que la follara como un animal. Y follándola fue cuando se dio cuenta de que la mujer tenía un «don» especial. Era insaciable y se corría en pocos instantes con tan solo penetrarla y moverse un par de veces dentro de ella.

¡Menudo par de asquerosos! Me sentí como una novia engañada, con un par de cuernos

como un castillo. Aunque, siendo honestos, Fran no tenía por qué darme explicaciones. Éramos medio hermanos, no novios, podía tirarse a quien le saliera de las narices.

—Has prometido que no lo vas a comentar con Helena —me recordó al terminar la historia.

—Está bien… —acepté—. Pedazo de guarros…

Reímos a coro y seguimos cada uno a lo nuestro.

—Oye, «cielo», me alcanzas esos calcetines? —me dijo mientras yo me abrochaba los zapatos.

¿Había oído bien? ¿Me había llamado «cielo»? Joder, como había crecido la autoestima de mi medio hermano en pocos días.

Se los di, y mientras se los colocaba, me contó otro secreto.

—Por cierto —prosiguió—. Helena me ha dicho que ella y Diego están buscando su primer hijo.

—Vaya, ¿ya la llamas «Helena»? —pregunté alucinada—. Qué confianzas os habéis tomado, ¿no? Antes no la bajabas de su título, «profesora» por aquí, «profesora» por allá…

Ignoró mi comentario y prosiguió.

—Y también me ha dicho que no están casados, que solo son novios.

Me hizo gracia este chisme y solté un chascarrillo.

—Y hablando de su novio… ¿Cómo es que se «enamoró» de tu… pollón? ¿Es que el de Diego es pequeño?

En realidad era capaz de entender lo del amor a un pene como el de Fran. Yo había pasado por una situación parecida cuando lo tuve en mis manos por primera vez. Me había impresionado un montón. Pero no me había colgado de él como la profesora. O eso creía.

—Ni idea, no esperarás que le pregunte eso… —replicó—. Imagino que la pobre no ha catado nunca un «magnífico» instrumento como el mío —rió bajito—, y se excitó como nunca en su vida. Por cierto, lo de «magnífico» lo ha dicho ella, no yo, te lo juro.

No pude evitar reír. Me gustaba ese apodo… «magnífico instrumento».

—¿Y el cambio de color? —curioseé—. ¿Tuvo algo que ver con ese repentino amor por tu pilila?

Rió también y luego me contó lo que Helena le había confesado sobre el color de su piel.

—Se trata de un síndrome de nombre raro. No es grave, pero cuando se excita mucho, le

suele pasar, se pone roja como la grana. No le ocurre todos los días, claro. Lo de excitarse tanto, me refiero. Así que no suele tener problemas.

Le miraba sorprendida.

—Vaya —dije con sorna—. Pues sí que te ha contado cosas de su vida. ¿Cuándo lo ha hecho? Porque no habéis parado de follar en las últimas dos horas… Ni para fumar un cigarro.

Fran volvió a reír antes de explicármelo.

—¿Has visto que la abrazaba y la besuqueaba mientras le estaba dando lo suyo? —preguntó.

—Ufff, como para no verlo…

—Pues en esos momentos nos hablábamos —dijo—. Es una tía muy maja. Y la excita mucho que le digan cosas mientras la follan, especialmente cochinadas. «Zorra», «putón verbenero», «te voy a reventar el coño»… y cosas así, ya sabes. Aunque también le gusta la «charleta» de cualquier tipo, no como tú que me hiciste callar el primer día, ¿recuerdas? Pues ha sido entonces cuando me ha contado cosas sobre su vida y yo lo mismo sobre la mía, entre metida y sacada.

No pude evitar reír a carcajadas al recordar aquella primera tarde en la que descubrí que mi medio hermano poseía un don especial, aquel instrumento portentoso con el que le había dotado la naturaleza. Y, que de una forma natural, sabía manejar a la perfección.

¿Cómo confesarle ahora que no necesitaba tantas clases como le había hecho creer en su momento? ¿Que las «prácticas» habían sido solo una excusa para disfrutar de aquel pedazo de monstruo moviéndose en mi interior, dándome un regusto que Juan no había conseguido en los dos años que llevábamos saliendo?

Afortunadamente, todo eso era pasado. Al final mi plan había salido bien. Y si la confianza entre la profesora y Fran había ayudado, pues bienvenida fuera.

—Olvídate de todo —me pellizcó una mejilla como a una niña pequeña—. Y disfruta del éxito de tu plan.

Tenía razón. Una vez consciente de que todo había acabado, me relajé y me sentí tranquila. Después de lo torcida que había empezado la tarde, parecía que al final no acababa tan mal.

Ni mucho menos.

—Y… de la pasta, ¿no problem? —me atreví a preguntar por fin—. ¿Habéis hablado del tema mientras le dabas lo suyo?

Soltó una carcajada y me dio un nuevo pellizco en la mejilla.

—Eso es, hermanita. De la pasta, no problem… —respondió satisfecho—. Tendrás tu viaje.

Me guiñó un ojo y nos abrazamos.

EL NOVIO DE LA PROFESORA

FRAN

Media hora más tarde salíamos del laboratorio, con los pies saltarines por la alegría y con un abultado sobre en el bolsillo.

En esta ocasión, en lugar de darnos la mano, al despedirnos de Helena lo hicimos con dos besos, como estupendos amigos que ya éramos. No en vano habíamos compartido bastantes horas de sexo en la última semana. ¿No es algo para lo que sirve el sexo, entre otras cosas: para hacer amigos?

Sonia y yo caminábamos a paso relajado en dirección al metro. Se había colgado de mi brazo y nos apretujábamos el uno contra el otro para mantener el calor. Había refrescado mucho desde por la tarde.

—Estoy pensando… —dijo tras un largo silencio—. ¿Habéis intercambiado teléfonos tú y la profesora?

—Bueno, en realidad no —respondí—. Obviamente no teníamos a mano un bolígrafo en esos momentos. Pero me ha pedido que le susurrara mi dirección de correo mientras la follaba. Y la ha memorizado en su cabeza, dice que tiene una memoria prodigiosa.

Reímos a coro y comenzamos a bajar las escaleras del metro.

Algo nos detuvo a media escalera, sin embargo.

—¿Sonia?

Nos volvimos a la par y nos encontramos con el hombre al que menos nos hubiera gustado ver aquella noche.

*

Solo con descubrir que se trataba de Diego, el novio de Helena, se me revolvió el estómago. Nos las habíamos prometido felices y ahora venía el muy idiota a romper un momento de celebración

que era únicamente nuestro, de Sonia y mío.

¿Cómo se atrevía aquel tipejo a meterse de por medio?

—¿Puedo hablar contigo un segundo? —dijo el dandi ante nuestro mutismo.

Iba a responderle de malos modos, pero Sonia lo imaginó y me sujetó por un brazo.

—Espera… yo me encargo de él.

Subió los escalones que la separaban del tipejo y se situó a su lado, dándome su perfil. Luego comenzaron a hablar.

—¿Tú dirás? —preguntó mi medio hermana.

A pesar de que no estábamos tan separados, el novio de Helena comenzó a hablar en un tono tan bajo que no conseguía escuchar más que murmullos, sin entender las palabras. Sonia, no supe por qué, le imitó y su voz, antes alta y clara, dejó de serme inteligible.

Un par de minutos de cháchara bastaron para ponerme de los nervios.

¿De qué coño tenían que hablar aquellos dos?

El tipo debía de estar insistiendo en algo —se le notaba por los gestos de las manos— y ella le negaba repetidamente. Por fin, pareció que Sonia había cambiado de opinión y le dijo un claro «sí» con un movimiento de cabeza.

Entonces se volvió hacia mí y elevó el volumen de la voz.

—Fran, vete a casa… Yo voy ahora, no tardo. Diego me llevará en su coche o me pillaré un Uber.

Se me llevaron los demonios. El objetivo de aquel tipo era más que claro. Lo había sido desde el momento en que conoció a mi hermana: quería follársela costara lo que costase.

Lo que no entendía era por qué ella le seguía el juego. Mucho más teniendo en cuenta que estaba con la regla y eso parecía cortarla totalmente. Una sospecha cruzó mi cabeza. ¿Sería otra de sus trolas lo de que le dolía la penetración cuando estaba en «esos días»? ¿Sería tan solo vergüenza lo que la había cohibido para ejecutar las pruebas sobre la camilla? Y, para más inri, ¿tal vergüenza se le pasaría si estaba al lado del tipo adecuado?

Desde luego, el dandi estaba como loco por metérsela. Y ella no había tenido sexo en todo el día, así que podría estar deseando que se la metieran. Podría estar super cachonda tras presenciar una escena porno de primera y en directo. Pero… ¿con aquel tonto del culo? ¿En serio? Jamás podría entender a las mujeres. ¿Cómo alguien como aquel bobo podía tener tanto éxito con las chicas, sabiendo que hoy en día son ellas las que eligen?

Ni idea.

Finalmente, y a regañadientes, acepté la orden de Sonia.

—Vale, me voy… —dije casi sin fuerza—. No tardes mucho, ¿vale…?

—Vale… —respondió y se alejó con la mano del dandi en su espalda, como si la estuviera conduciendo hacia algún lugar.

Al matadero, imaginé en algún rincón oscuro de mi cabeza.

Bajé las escaleras hasta el andén del metro y, cuando estaba a punto de pasar la barrera de entrada, me volví súbitamente. A la carrera, y de tres en tres, subí los peldaños de la escalera dispuesto a seguirlos. La curiosidad y los celos habían hecho mella en mí.

Para mi desgracia llegué tarde.

Cuando me planté en la cima de las escaleras, el todoterreno del dandi ya arrancaba y se perdía entre el tráfico. Mi medio hermana se hallaba sentada en el asiento del copiloto, con la espalda apoyada en la puerta, y miraba hacia Diego charlando con expresión desenfadada.

No me pareció que se sintiera llevada al matadero.

*

No tenía mucho más que hacer. Madrid es lo suficientemente grande como para no encontrarles en una vida entera. Así que, rumiando mi derrota, me fui para casa.

Llegué sobre media noche, me di una ducha rápida e intenté dormir.

Imposible.

Sobre las dos de la mañana miré el despertador. No había habido señal de Sonia hasta ese momento. Por una vez me lamenté porque Juan se hubiera ido con sus colegas a pasar unos días a la costa malagueña. De haber estado en casa, Sonia jamás se habría largado con el idiota del dandi. Ni loca se habría atrevido a no aparecer en toda la noche, como parecía que era su intención.

Miré mi móvil y observé el chat de *wasap* de mi medio hermana. Se hallaba fuera de línea. Deposité el aparato sobre la mesilla, pero al instante volví a cogerlo.

Y esta vez no pude resistir la tentación.

FRAN: Sonia, dónde estás? Has visto la hora que es?

Me arrepentí al instante de haber enviado aquel mensaje. Era una petición de socorro en toda regla, y se notaba a la legua.

Iba a borrarlo a la carrera para no quedar como un idiota, pero me sorprendió ver que Sonia entraba en línea y se ponía a escribir.

SONIA: «Escribiendo…»

SONIA: No tardo mucho, ahora te cuento…

Una inmensa alegría me invadió, mi medio hermana estaba viva y a punto de volver. Aunque por dentro me quedaba el resquemor de lo que pudiera haber ocurrido entre ella y el novio de la profesora. Habían tenido tiempo de sobra para hacer algunos numeritos dentro del coche o en cualquier otro sitio.

Al final el muy cerdo se habría salido con la suya.

Al menos era lo que me temía.

Bajé al salón y di vueltas por él a la espera de su llegada. El temblor de mis piernas era cada vez más acusado. De vez en cuando salía al hall esperando oír cualquier tipo de ruido que me anunciara que Sonia estaba al otro lado de la puerta.

Diez minutos después, el murmullo de la cerradura me anunció que llegaba. Por fin...

De un salto me dejé caer sobre un sillón y me crucé de piernas. Quería aparentar estar relajado, sin preocupaciones. «Y, por supuesto, muestras de celos ni de coña…», me repetía hasta que la vi aparecer.

Estaba tan guapa como la había dejado tres horas atrás. Ni su pelo ni su vestido anunciaban señales de sexo. Olisqueé el aire por detectar olores de macho extraño y tampoco los detecté.

Sonia arrojó su bolso sobre el sofá y me soltó una parrafada a modo de saludo.

—Ufff… qué sed tengo… Casi me muero por el camino… Voy a la cocina a por agua, ¿quieres que te traiga algo?

—Oh, no… gracias… estoy bien.

Y la vi salir meneando las caderas de esa manera que me volvía loco.

Maldita sea, me quejaba interiormente, estaba deseando que me contara lo que había pasado en las últimas tres horas, ¿por qué se enrollaba con excusas, como intentando retrasar su confesión?

¿Tan desagradable era lo que tenía que contarme? «Desagradable» para mí, claro, no para ella.

Por fin volvió de la cocina. Había tomado un vaso de los grandes y lo bebía como si llegara de cruzar el desierto. Un nuevo motivo de retraso para no ir al grano.

Me cansé de esperar y decidí ser yo el que rompiera el hielo.

—Bueno, ¿y qué tal con el dandi…? —pregunté intentando parecer desinteresado—. ¿Te ha dado mucho la lata?

—Pfff… ni te lo imaginas… —replicó—. Ahora te cuento, voy a por un poco más de agua…

Y se volvió a la cocina a paso ligero.

A punto estuve de liarme a patadas con los muebles.

*

Para mí estaba claro. Todas aquellas vueltas para no entrar en materia eran para ocultar lo evidente: el muy cerdo se la había follado, pero bien. Y seguramente la habría llevado a un hotel. Ni en cien años Sonia se habría dejado follar en el coche como había hecho Luna, la sobrina de la profesora.

Aunque a saber…

Me jodía reconocer que, en cuanto me lo confesara, no podría objetarle nada. Muy al contrario, tendría que poner buena cara y darle la enhorabuena. Casi tendría que aplaudir… ¡maldita sea!

En primer lugar, porque ella no era mía, sino del cornudo de Juan. Y, en segundo, porque cualquier reproche que le hiciera me lo tumbaría por mi aventura con Helena a sus espaldas.

Había que apretar los dientes y aguantar.

Cuando finalmente se sentó en el sofá frente a mí y se cruzó de piernas, una de ellas bajo el trasero, esbocé la mejor de mis sonrisas y la miré expectante. Me costaba mantener los labios distendidos, pero me obligué a ello. Tampoco osé preguntar nada, la dejé que ella se explayara a voluntad.

—Menudo gilipollas el tío ese… —comenzó tras apurar el vaso.

Me encantó el inicio de su explicación, parecía que en eso estábamos de acuerdo. Pero no tardaría en decepcionarme.

—Aunque… la verdad… cuando le conoces de cerca… —sonrió—. No parece tan mal

tío…

La bilis me subió desde el estómago hasta la garganta, donde quemó todo lo que pudo antes de volver a su punto de partida.

—Ah, ¿no…? —pregunté mordiéndome la lengua.

—No, recuerda lo de la otra noche… —dijo con voz calmada—. El tío es la mar de simpático y es el alma de la fiesta. Con él no hay forma de aburrirse.

Se me llevaban los diablos, pero no había otra que apretar los dientes y tragar.

—Sí, eso sí… —le reconocí.

—¿Verdad…? —se regodeó—. Es más majo el tío…

Para matarla, si no fuera por lo mucho que en ese momento la quería. A pesar de que al mismo tiempo la odiaba.

—Entonces… —me aventuré—. ¿Habéis triunfado?

Lanzó una carcajada y me miró con sorna.

—¿Qué…? —se burló—. ¿Me estás preguntando si me he dejado follar?

No entendí que mi comentario le hiciera tanta gracia, así que decidí contratacar.

—Pues no sé por qué te ríes… —solté con mala baba—. Ese gilipollas está como loco por metértela desde el día en que te conoció.

—Ya… ya lo sé… —replicó tan tranquila—. No creerás que soy boba…

No me gustaba como iba la charla, tenía que armarme de razones para quedar por encima. La mejor forma era contarle el secreto que aún no conocía.

—Pues eso espero, que no seas boba… —hice un inciso antes de proseguir—. Porque ha estado como loco por follarte de la misma manera que se folló a Luna, la sobrina de Helena, en su «maravilloso» todoterreno la noche del disco bar.

Sonia abrió los ojos y la mandíbula se le descolgó.

Ahora sí la había sorprendido, y me sentí henchido por pillarla por sorpresa.

—¿Qué dices…? —tragó saliva—. ¿Qué Diego se tiró a la chiquita esa… Luna…? No me lo creo…

—Pues créetelo, hermanita… —insistí—. Porque yo mismo fui testigo de cómo le daba rabo a la tontita con cara de buena…

Su expresión era de incredulidad.

—Te lo estás inventando…

—Ni de coña… —le dije mientras rebuscaba en mi móvil—. Mira esta foto, y busca la fecha arrastrándola hacia arriba.

Le pasé mi teléfono en el que se veía una imagen que no dejaba lugar a dudas. La chavala que mamaba aquella polla no era del todo visible, pero estaba claro que el coche era el de Diego y que él era el que cerraba los ojos y se mordía los labios mientras la muchacha le hacía el trabajito.

—No-me-jo-das… —dijo llevándose una mano a la boca.

—¿Qué te parece?

Se lo pensó un par de segundos, luego me miró y soltó algo que no esperaba.

—¿Y tú que hacías espiando a estos dos, so guarro…? —exclamó con malas pulgas—. ¿Tan salido estabas después de una tarde de «pruebas…», sin contar con el polvazo que le echaste a la profesora?

Me quedé cortado un instante, luego le confesé la verdad.

—No… no estaba salido… —tartamudeé—. Es que… pensaba que la chica eras tú…

Abrió mucho los ojos, atónita.

—¿Yo…? —pareció ofenderse—. ¿Pensabas que era yo la que se la mamaba a ese gilipollas?

Tosí un par de veces. Era el momento de entrar al grano.

—Pues, sí… lo siento… —me disculpé en modo acusación—. Como lo que habrá pasado esta noche… supongo…

—Esta noche… claro… —echaba chispas por los ojos—. Se la he mamado hasta dejarle seco, por supuesto… ¿No es eso…?

Me eché hacia atrás en el sillón para evitar que los rayos de sus ojos me fulminaran.

*

Sonia se enderezó, dejó libre la pierna que mantenía por debajo de su cuerpo y, sin siquiera mirarme, soltó sin miramientos:

—Mira, mejor me voy a por más agua…

Me fastidió el nuevo retraso.

—Joder, Sonia… —me enfadé—. ¿Es que no vas a contarme qué coños ha pasado esta noche entre ese hijo de su madre y tú…?

—Pues sí, ahora te lo cuento… —respondió con retintín—. Te voy a explicar con todo detalle cómo se la he mamado, si es lo que quieres… Pero por bobo y por celoso vas a tener que esperar un poco más…

Y balanceando sus caderas se largó hacia la cocina de nuevo.

Cuando volvió yo daba vueltas nervioso alrededor de los sillones.

—¿Qué...? —dijo al sentarse de nuevo en el sofá con el vaso de agua en la mano—. ¿Ya se te ha pasado el ataque de cuernos? ¿Podrás aguantar los detalles?

—Pues no, Sonia… —le reconocí—. No se me ha pasado el ataque de cuernos… Y, sí, estoy preparado para escuchar lo que sea… ¿Pero me vas a contar de una vez lo que has hecho durante *casi tres horas* con ese idiota o me vas a hacer esperar toda la noche?

Parecía dispuesta a comenzar, pero aún quería sorprenderme. Y vaya si lo consiguió.

—Te lo cuento, pero con una condición…

Me sorprendió su chantaje, pero lo acepté.

—Vale, acepto lo que sea… —resoplé con un profundo suspiro—. ¿Qué condición?

Y entonces soltó una bomba.

—Reconóceme que yo soy mucho más guapa que esa profesora pija de mierda…

Me quedé petrificado. ¿Había insinuado lo que me parecía? ¿Qué estaba tan celosa por mi relación con Helena como yo lo estaba por la suya con Diego?

Parecía que estábamos empatados. Al menos de momento.

—Está bien… Eres cien veces más guapa que esa creída… Y lo sabes… —acepté dejándome caer en el sillón frente a ella—. Pero dime la verdad de una puñetera vez, ¿te has acostado con ese tipo o no?

Tomo aire antes de responder. Luego soltó tajante:

—¡Pues no, joder, claro que no…! —confesó de golpe y la tensión de mi cuerpo desapareció de repente.

Aunque, ¿cómo saber que no era otra de sus trolas?

—Qué cara has puesto… —prosiguió ante mi silencio—. ¿Es que no me crees?

—Por supuesto que te creo, Sonia, ¿pero vas a contármelo todo desde el principio o saco las herramientas de tortura…?

Pareció que mi chiste le había gustado, su sonrisa se multiplicó y un gusanillo feliz me recorrió el estómago.

—Vale, te lo cuento… —repuso—. Pero como me entere que vuelves a ver a Helena, te juro que busco a ese idiota y me lo tiro en los baños del disco bar de la otra noche.

Joder, pues sí que estaba celosa, sí…

Y entonces, por fin, comenzó a relatar su aventura con el dandi.

*

—Cuando el tipo nos pilló bajando las escaleras del metro y subí a hablar con él —explicó—, pensé que ni de coña iba a acompañarle a tomar una copa, «solo una», como me pidió. Después, cuando casi empezó a rogar, pensé que era una buena oportunidad para vacilarle. Podía hacerle creer que «sí»… pero que al final sería que «no»… Humillarle era lo que más me apeteció en ese momento, y por eso me fui con él.

—Serás perra… —la interrumpí sonriendo—. Como todas las chicas, todas unas cabronas…

—A ver, hermanito, que estoy en la universidad desde los dieciocho… ¿Te crees que no he tratado con gilipollas como el dandi, e incluso peores? Me subestimas, querido…

—Ya veo… —le reconocí.

—Ni te imaginas la cantidad de profesores que te prometen sobresalientes por una simple paja. Por un polvo te juran que te dan matrícula de honor… jajaja… Y al final, qué remedio, tienes que aprender a torear…

Reí entre dientes. Que cabrita mi medio hermana, de tonta no tenía ni un pelo. No es que no lo supiera antes, pero ahora me sentía orgulloso de ella.

—El caso es que me llevó a un bar que no conocía. El muy idiota se debe de creer el mayor don Juan de Madrid y desde que llegamos se dedicó a darme chupito tras chupito para emborracharme. Yo, por supuesto, me mojaba los labios para hacerle creer que bebía y, en cuanto se despistaba, el chupito iba a la maceta que estaba detrás de mí. Menudo pedo se habrá pillado el pobre ficus.

Reímos a carcajadas la broma y luego prosiguió.

—Como vio que no conseguía emborracharme, cambió de estrategia. Me dijo que me acompañaba en el coche hasta casa y nos fuimos del bar. Pero el muy cerdo no tomó la salida correcta de la M-30. «Por error», dijo el muy *atontao,* como si yo fuera gilipollas. Y «casualmente» acabamos frente a un hotel para parejas, de esos que se alquilan por horas.

»Le dije que ni se le ocurriera meter el coche en el parking si no quería que le cortara el pito… Por supuesto, le enseñé la aguja que utilizo para sujetarme el pelo cuando me maquillo… Y casi le da un infarto…

La miré con orgullo casi de novio.

—Menudo peligro tienes…

—Ya te digo… Y me tenía que morder la lengua para no partirme de la risa.

—Sigue, *porfa*…

—Al ver que no había forma de llevarme a la cama por las buenas, me llevó a otro bar. Uno donde daban unos cócteles estupendos. Y en este caso sí que bebí, aunque los muy cabritos les ponen garrafón y es por eso que tengo tanta sed. Aun así, los combinados estaban riquísimos y me bebí dos en media hora. Ya empezaba a marearme y decidí volver a la estrategia de echarlos en algún lado, y a una papelera se fue el tercero.

»Mientras, el dandi pico y pala todo el rato… Intentando meter mano y yo sacudiéndole pellizcos cada vez que lo intentaba. Al final me cansé de tanta baba y, cuando estaba a punto de decirle que o me llevaba a casa o me largaba por mi cuenta, se encontró con un amigo y entre los dos me rodearon.

Esa parte de la historia no me gustaba nada, aunque la sonrisa de Sonia no le desaparecía en ningún momento, como si aquello fuera lo normal para una chica guapa.

—¿Acoso total?

—Ya te digo… El muy cerdo había visto que solo no podía conmigo y se había buscado ayuda. Me presentó al amigo y me pareció que este era más peligroso, como con más kilómetros. Antes de que me diera cuenta, ya tenía su mano en el culo bajo la falda.

El humo me salía por las orejas escuchando aquello. Ganas me daban de salir a buscar a semejante tipo.

—¿Y qué hiciste? —pregunté agobiado—. ¿Les contaste lo del semáforo en rojo…?

La sonrisa se le multiplicó por dos.

—Ni de coña… —negó tajante—. A ese tipo de capullos eso les estimula. Tirarse a una tía con tomate les pone no a cien, sino a doscientos. Ni loca se lo iba a contar… Habría acabado en el baño contra la pared por las buenas o por las malas.

—¿Entonces que hiciste…? —tragaba saliva esperando el desenlace.

¿Cómo estar seguro de que no había acabado contra la pared y con las bragas en la boca? Un gusanillo comenzó a bailar en mi estómago por la angustia, como si estuviera viendo la escena a dos pasos de ella sin poder hacer nada.

—Pues lo que hice fue optar por el plan «C».

—¿El plan C? —la miré pasmado.

—Sí, es el plan que utiliza una chica cuando el A y el B le fallan.

—¿Y eso de qué va…? —mi curiosidad era indisimulable.

—Pues muy sencillo. Les hice ver que tragaba con irme al baño con ellos y les detallé lo que les iba a hacer jugando con sus pistolas y con mi lengüita. En este caso, poner cara de putilla además suele funcionar muy bien…

Soltó una carcajada sin poder contenerse.

—Joder que par de ovarios, hermanita… —me estaba excitando sin poder remediarlo, pero intentaba disimularlo—. No sé cómo te atreviste…

—Pues ya ves… es una estrategia que nunca falla —replicó presumida—. El caso es que cuando les dices eso a unos tíos, los muy idiotas se emocionan y bajan la guardia. Se creen que ya han cazado a la paloma y se relajan. —dijo haciendo un inciso. Bebió agua y luego siguió describiendo el plan «C»—. Mientras, sin que se den cuenta, con el móvil vas llamando a un Uber.

—Joder… —resoplé—. Y si no te da tiempo a que llegue el Uber, ¿qué haces? Si te pillan los dos en el baño, no te libra nadie de comerte dos rabos…

De nuevo rió a carcajadas.

—Jajaja… ni de coña… para eso hay otro truco… —replicó.

—Ah, ¿sí…? —mi erección era indisimulable—. ¿Y de que va…?

—Sí, hermanito, sí… —ratificó orgullosa—. La trampa consiste en decirles que con los dos no te vas al baño, que te da mucho corte o algo así… Que mejor se la chupas uno por uno…

Mi cara de asombro era indisimulable.

—No-me-jo-das…

—Jajaja… pues sí… —me miraba como si fuera un imberbe, y yo comprendía que a su lado era solo eso, o incluso menos—. Y entonces es cuando empieza lo bueno: la discusión entre ellos por ver quién es el primero que se lleva la chica al baño…

En este caso el que soltó la carcajada fui yo. Me di cuenta de que había que ser una mujer para encontrarse en una situación semejante. Me sentí afortunado por no serlo.

—Si serás cabrona… —le demostraba mi orgullo y ella lo aceptaba sonriente—. ¿Y entonces…?

—Pues entonces, nunca falla, el Uber llega antes de que se decidan… Ni locos se ceden el turno por las buenas los muy salidos y la discusión se alarga…. —volvió a beber antes de proseguir—. Cuando el Uber llega, el teléfono te envía una alarma… y ese es el momento de salir corriendo…

Estaba viviendo el instante de agobio de mi hermana —y de otras chicas en situación semejante— y me tuve que secar una gota de sudor de la frente, aunque para ella parecía lo más normal del mundo.

—¿Y si te pillan por el camino…? —pregunté resoplando por la tensión.

—Jajaja… Cómo se nota que no eres una chica… Aunque te pillen de camino, delante de la gente del bar no te van a violar… Y, si estás en la calle, el chófer del Uber es un testigo cojonudo y tampoco se atreven… Así que eso fue lo que hice… A la carrera me subí al coche con ellos detrás preguntando adonde iba. Y mientras el Uber arrancaba, les mandé un besito con la mano… antes de ponerles un dedo a cada uno. Menuda cara de gilipollas se les quedó.

De nuevo soltó una carcajada ante mi cara de asombro.

—Ufff… ¡madre mía! —suspiré—. Qué difícil es ser mujer…

—Ni te lo imaginas… —rió con ganas.

Comprendí también que había que ser mujer para tomárselo a broma como ella hacía.

*

Una vez terminada su explicación, el silencio se instaló entre los dos. Había sido una jornada larga e intensa y los dos nos moríamos de sueño.

—¿Y ahora qué…? —le pregunté viendo la hora que era.

Sonia se levantó del sofá y se sentó sobre mis piernas. Luego me abrazó.

—Pues ahora a la camita a dormir. Hay que aprovechar que Juan no está en casa. Y dado que ya no tenemos que practicar… ni podríamos por culpa de lo mío… pues a roncar si te parece… Ya mañana podemos celebrar que el proyecto ha acabado bien y que puedo pagarme el viaje.

—Vale… —le dije acariciándole el pelo—. Apruebo la moción.

Ya en la cama y a punto de dormirse, Sonia me refrescó el compromiso tomado unos minutos antes.

—Recuerda que me has prometido no volver a ver a Helena, ¿vale? —dijo con voz mimosa —. Porque te juro que os estrangulo a los dos.

Sonreí feliz, saberla celosa me emocionaba sobremanera.

—Te lo prometo —respondí abrazándola en cucharita por la espalda—. Ni Helenas ni Diegos, que les den a los dos.

—Eso es… que les den… —replicó.

Y luego nos dormimos dulcemente.

EPÍLOGO

FRAN

Ni que decir tiene que no cumplí mi promesa, aunque mi relación con la profesora duró solo seis meses. Comenzó tras escribirme ella a mi correo, y empezamos a vernos con cierta asiduidad.

Siempre a escondidas y a espaldas de Sonia, por supuesto, que ni por lo más remoto podía enterarse de que me estaba tirando a la profesora si no quería perderla.

Lo normal es que nos encerráramos en el laboratorio y folláramos como leones, aún a riesgo de que nos pillaran. El riesgo le añadía morbo a nuestros encuentros. En algunas ocasiones estuvo a punto de sorprendernos su novio o alguno de sus alumnos, pero siempre librábamos por tablas.

Debo reconocer que al principio era ella la que me follaba a mí, más que al revés. Su superior edad y su experiencia para manejar jovencitos —por su profesión— le otorgaba una ventaja que a mí no me importaba concederle.

Luego la cosa fue cambiando. Yo iba tomando un papel preponderante a medida que se sucedían nuestros encuentros, y al final asumí el control.

Me volví una especie de tirano y cambié las reglas del juego, que ella aceptó de una manera sumisa y obediente.

Una de las cosas que más me gustaban era follarla en su casa. Sobre todo si su novio se hallaba presente y sin que sospechara que yo me escondía en el balcón, en el baño o en el cuarto de invitados. Luego le cogimos el gusto a follar en su cama, con él dormido a nuestro lado, y el juego subió de nivel.

Helena le emborrachaba o le daba algún somnífero y, cuando caía dormido, nos comíamos vivos en el otro lado de la cama, mientras el cornudo roncaba.

Lo que rompió la baraja al final fue el hecho de que abrazáramos el BDSM. Por suerte o por desgracia le cogimos el gusto a raíz de leer la novela del *Señor Grey*.

La ataba de mil maneras, utilizando cuerdas, esposas y otros juguetes, y luego la sodomizaba sin piedad mientras la castigaba a mano abierta o con diferentes tipos de látigo. Ella

disfrutaba como una zorrita y me pedía más mientras la estrangulaba sobre la camilla, la mesa o el mismo suelo de su casa o del laboratorio.

Nos pasamos tres pueblos, lo confieso.

Al final le cogimos miedo cuando comprendimos que las marcas que dejaban nuestras crecientes perversiones eran difíciles de disimular con cremas y trucos de maquillaje.

Cuando Helena mencionó por primera vez que deberíamos dejarlo, aduciendo que no deseaba seguir engañando a su novio, le sugerí que le siguiera algún día para ver lo que le hacía él a su sobrina Luna. Al principio no me creyó, pero cuando comprobó que no la mentía y que el muy cerdo le estaba poniendo los cuernos con la cría, volvimos a juntarnos y con mayor virulencia que hasta entonces.

Al final, cuando por fin se quedó embarazada como deseaba —supuestamente de Diego—, decidió perdonarle y cortamos nuestra relación de mutuo acuerdo.

Fueron días de vino y rosas, pero todo se acaba y ambos aceptamos el final.

La última mamada que me hizo fue apoteósica. En mi vida he visto en directo a una mujer tragar tal cantidad de leche sin desperdiciar una gota. Y eso que al principio me decía que le daba mucho asco.

*

Con Sonia, las cosas sucedieron de forma muy diferente. Después de nuestra experiencia con Helena, la relación entre los dos —antes inexistente— apareció y se consolidó.

Como no parábamos de follar y cada vez era más difícil burlar a Juan, la convencí para que cortara su relación. Le costó hacerlo por el tiempo que llevaban juntos, aunque reconocía que entre ellos ya no había amor, sino solo costumbre.

Al final me hizo caso y, tras volver del viaje de fin de curso, Juan se convirtió en historia.

La unión entre nosotros era como la de dos novios. Sorteábamos a mis padres —sus tíos— y dormíamos juntos la mayor parte del tiempo. De igual manera, hacíamos planes juntos y nos movíamos entre los mismos amigos y por los mismos lugares de ocio. Sin que nadie supiera que estábamos enrollados, eso sí. Para nuestros conocidos éramos unos hermanos muy «cariñosos» y nadie se extrañaba de que no nos separáramos nunca.

Pero, como los hermanos —o medio hermanos— no pueden casarse sin que se arme un buen lío, al final cada uno de nosotros terminó montándose una vida por su lado.

Ella se casó con un compañero de trabajo y yo hice lo propio con una antigua amiga del instituto. Con el tiempo ella tuvo dos hijos y yo ya voy por el tercero.

Hoy en día, una década después de la experiencia menos científica que se haya realizado en la universidad, Sonia y yo aún echamos de vez en cuando un polvo para no perder la costumbre.

Es raro que podamos vernos de forma habitual, nuestras vidas coinciden muy de tarde en tarde. Pero aprovechamos las reuniones familiares para buscar un rincón donde follarnos vivos. Una vez seguros de que nadie puede sorprendernos, nos disfrutamos mutuamente, con unos polvos rápidos pero más que interesantes.

El sitio más estrambótico donde lo hemos hecho fue en un túnel de lavado, mientras nuestros respectivos hijos tomaban un helado en el bar de la gasolinera. El vigilante del túnel nos descubrió, pero debió de suponer que éramos marido y mujer sin mucho tiempo en casa por culpa de los niños, y tan solo nos saludó y nos animó a que continuáramos con la faena.

No nos hemos reído tanto en nuestra vida.

En el futuro, es más que probable que estos encuentros se vayan distanciando, y que al final terminen por desaparecer. Si por un casual nos pillaran follando en un baño, uno de nuestros rincones preferidos para un polvo rápido, nuestra vida se iba a complicar de lo lindo.

Ambos lo sabemos y lo aceptamos con deportividad.

Pero, mientras estos momentos existan, seguiremos degustándolos como buenos «medio hermanos» y «amigos» que somos.

*

NOTA: Sonia me acaba de contactar por *wasap*. Me dice que tiene una duda tras hacerle una prueba de ADN a su segundo hijo. Que tenemos que vernos urgentemente. No sé si responder o si salir corriendo al otro extremo del planeta. ¿Vosotros que me recomendáis?

NOTA FINAL

Este eBook incluye contenido sexual explícito y no es apto para menores. Las historias son fantasía del autor, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Los personajes son todos mayores de edad y, al igual que el contenido, son ficticios.

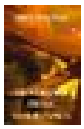
PD: Si te ha gustado esta historia, y no te importa hacerme un favor, te pediría que dejases **una reseña en Amazon**. Tu apoyo me permitirá seguir escribiendo historias interesantes para ti.

OTRAS NOVELAS DEL AUTOR EN AMAZON

El Profe
https://www.amazon.es/dp/B0CW1FVMQP



El verano de la mujer infiel
https://www.amazon.es/dp/B0CFX8199Y



El verano de la mujer infiel 2
https://www.amazon.es/dp/B0CGB33Y6Y



Cuatro hombres para Blanca
https://www.amazon.es/dp/B0CQK7JQRV



Cuatro hombres para Blanca 2
https://www.amazon.es/dp/B0D46S3PF9



Intercambio entre hermanas
https://www.amazon.es/dp/B0BSSDVMYK



Intercambio entre hermanas 2
https://bit.ly/42ppjjF



Historia de una mujer fácil
https://amzn.to/43i2Xkx



Historia de una mujer fácil 2
https://bit.ly/3qeMVbK



Andrea intercambiada por sorpresa
https://bit.ly/3R3qyxY



María, intercambiada en un coche

https://bit.ly/3DGzhDb

